This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

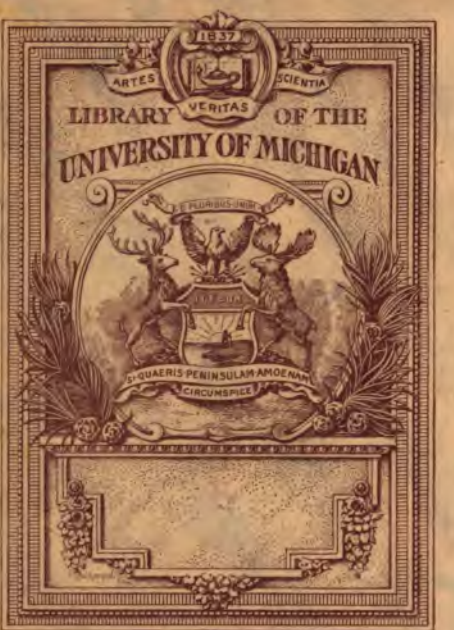
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 465016 DUPL


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

868
P437h

UN HIJO DEL PUEBLO

Y

EL LUGAREÑO.

UN

HIJO DEL PUEBLO

NOVELA DE COSTUMBRES

SU AUTOR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

MADRID
LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR
calle de Preciados, número 5

1888

Es propiedad de Miguel Guijarro.

PARTE PRIMERA.

EL TRIBUTO DE SANGRE.

CAPITULO I.

Al pié de una cruz de piedra.

> El amor es como las monedas: las hay falsas y de ley. El que da oro y recibe cobre en cambio, sufre la más sensible de las pérdidas: la felicidad.

Era una noche del mes de Mayo, de ese mes de las flores, de las alboradas poéticas, de los crepúsculos de oro, de las golondrinas, de las codornices, de los trigueros, de las niñas bonitas y de los sueños de color de rosa; mes que resplandece como las violetas de Jericó, como los lirios de Hermón, como las magnolias de la India, como los claveles de los Alpes cuando sacuden el rocío de la noche para recibir el perfumado beso de la aurora; mes en que las aves cantan y la tierra envía una sonrisa de amor á la naturaleza, porque derrama sobre ella la poesía de sus encantos.

170707

La luna, silenciosa espectadora de la noche, cruzaba por el firmamento vertiendo sobre los campos la radiosa luz de su frente.

La brisa, arrebatando los perfumes á las plantas, embalsamaba el ambiente.

Oíase en las movibles frondas de los árboles el melodioso canto del ruiseñor, y como un sarcasmo dedicado á los cantores de la selva, de vez en cuándo escuchábase á lo lejos el pausado silbido del buho y el lamento desgarrador de la corneja.

Serían las nueve de la noche; al menos el reloj de la torre del vecino pueblo así lo había indicado.

Un joven, de pié junto á una cruz de piedra, y con el brazo apoyado en el símbolo santo del Calvario, se hallaba en esa actitud reflexiva del hombre á quien preocupa alguna idea.

Su edad frisaba en los veinte años; era hermoso como Vandik antes de abandonar la casa paterna.

Su frente ancha y despejada, sus ojos negros y rasgados respirando amorosa melancolía, su nariz aguileña perfectamente delineada, y el moreno tinte de sus mejillas, todo en él indicaba uno de esos corazones serenos que laten al calor de un alma enérgica y generosa.

De vez en cuándo el solitario personaje que nos ocupa dirigía afanosas miradas hacia

una vereda, al término de la cual, á pesar de las sombras de la noche, se destacaba un grupo de casas situadas en la falda de un monte.

En el vecino pueblo se veían brillar algunas luces, anunciando que la hora del sueño no había sonado aún para todos sus habitantes.

Cerca del sagrado símbolo de la redención, y rodeada de tristes y elevados cipreses, se alzaba la modesta fachada de una ermita.

La luna bañaba con sus rayos clarísimos la santa puerta de la casa de Dios.

Al lado derecho, en el tosco pilar de sillería, sostén del piadoso edificio, veíase una capilla pequeña, dentro de la cual se hallaba la *Estrella del Mar*, teniendo en sus brazos el cadáver de su amado Hijo.

Una modesta lámpara alumbraba eternamente aquella escena dolorosa del sublime drama del monte de las Calaveras.

La caridad de los vecinos se representaba viva en la modesta llama de aquella piadosa luz que reflejaba sobre el pálido y doloroso rostro del Nazareno.

El joven que hemos visto apoyado en la cruz vestía uno de esos trajes mixtos que los hijos del pueblo usaban á principios del siglo, compuesto de una chupa de seda, calzón de alepín oscuro, redecilla y capa de cúbica.

A sus piés veíase un sombrero de los que por entonces se llamaban de medio queso.

Su rostro simpático, perfectamente afeitado, cuando un rayo de luz le alumbraba parecía hallarse poseído de uno de esos dolores morales en que tanta parte toma el alma.

A la claridad del sol se hubiera visto que la ropa del solitario mancebo estaba bastante raída, lo cual daba á entender que no debía ser muy rico.

El joven, que debía tener fijo el pensamiento en el pueblo, á juzgar por las miradas que hacia aquel punto dirigía, bajó el embozo de la capa, y exhalando un suspiro, murmuró en voz baja:

—¡Oh! ¡Cuánto tarda! ¡Si le fuera imposible acudir á esta cita!...

Como si esta lamentación tuviera el misterioso poder de una varita mágica, oyéronse las ligeras pisadas de una persona que venía por la vereda de la ermita.

El hombre de la cruz se irguió, dejando asomar á sus ojos un relámpago de alegría, y un segundo suspiro, acompañado de esta frase: «¡Es ella!» se escapó de su enamorado pecho.

Efectivamente, una aldeana, rubia como la Fornarina de Rafael y esbelta como Rebeca, apareció en la plazoleta que rodeaban los cipreses.

Aquella joven tendría á lo más diez y nueve años, y llevaba el pintoresco traje de las alcarreñas.

—¡Carlos!—dijo con voz medrosa dirigiendo sus hermosos ojos hacia la cruz.

—¡María!—contestó el joven.

—¡Ah! ¡Qué miedo he pasado!

—¡Miedo! ¿Y por qué?

—He vistò dos hombres á la salida del pueblo, y me pareció que me seguían.

—¡Bah! De aquí al pueblo sólo median cuatro pasos, y yo hubiera oído tu voz.

—En el caso de que yo hubiera podido gritar,—dijo riéndose la joven.

—Sin gritar y todo, creo que mi corazón me hubiera anunciado tu peligro.

—¿De veras?

—¡Te amo tanto!

Y Carlos pronunció esta frase con ese lenguaje que brota de un alma oreada por los perfumes del amor.

—Preciso es que confesemos que ha sido una locura.

—¿El qué, María?

—¡Toma! ¡El qué! Esta cita. Otras noches hablamos por la reja.

—¿Sientes haber venido?

—No; pero creo que no había necesidad...

—Te engañas,—repuso Carlos con sentido acento.—Tal vez mañana partiré del pueblo.

—Bien podía tu padre hacer un sacrificio,—repuso María con ese acento que demuestra el egoismo adoradó de la mujer.

—Mi padre es pobre.

—Tiene una viña y una huerta.

—A eso se reduce su fortuna. Es el pan de la vejez. ¿Cómo quieres que lo arrebate de sus manos? ¡Imposible! Bastantes sacrificios ha hecho para pagar los gastos de mi carrera.

—El padre de tu amigo Diego es rico,—repuso María.

—Sí, pero es avaro, que es sinónimo de pobre.

—Sin embargo, si le hablaras...

—¡Vana esperanza!

—Pero ¡caramba! tú no pones nada de tu parte para quedarte en el pueblo.

Y María golpeó con el pié en el suelo, demostrando la energía de su frase.

Carlos le cogió una mano, y dirigiéndole una mirada, que era la más clara manifestación de su amor, dijo:

—Tal vez mañana regrese al pueblo el sargento reclutador, y por consiguiente será preciso que nos separemos.

—¡Oh! ¡Maldita sea la guerra! ¡El corazón me dice que no volveré á verte!

—María, seis años trascurren pronto cuando la fe, luz vivificadora del alma, cuando la esperanza, crepúsculo eterno del corazón, no nos abandona, porque tú me amas, ¿no es cierto? Me amas como siempre, y durante mi ausencia seguirás amándome como nunca.

—¿Puedes dudarlo, Carlos mío?

María dirigió á su amante una de esas

miradas que trasportan el alma á un paraíso lleno de encantos indefinibles.

Carlos, después de contemplar un breve espacio el angelical semblante de su amada, le cogió las manos con cariñosa ternura, y le dijo:

—Escucha, María. Durante mi ausencia, es decir, mientras pago al rey y á la patria el tributo á que nace obligado todo español, procuraré terminar mi carrera de médico. Los hospitales de sangre serán mi universidad; yo lograré que se me admita como practicante, y cuando tome la licencia seré un médico. Entonces tú tendrás veinticuatro años, yo veintiséis, y este pueblo, donde volveremos á vernos para no separarnos nunca, será nuestro paraíso.

Carlos se detuvo como para tomar aliento.

María lloraba en silencio.

La brisa de la noche se había llevado las últimas frases del amante, esparciéndolas por los ámbitos del espacio.

La luna, reina de los amores nocturnos, seguía su curso, alumbrando la tierra con los poéticos rayos de su frente.

CAPITULO II

Juramento.

El silencio de la noche, el débil gemido del céfiro al quebrarse entre las frondosas ramas de los árboles, la quietud religiosa del campo, el misterioso fulgor de las estrellas, la impotente majestad del cielo, el canto armonioso de los ruiseñores, forman un conjunto inefable que vibra de un modo dulcísimo en las almas sensibles.

María, escuchando la melodiosa y apasionada voz de su amante, inclinó su frente purísima, como la magnolia de la India al contacto del sol.

Un suspiro se escapó de sus purpurinos labios, y dos lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Carlos mío!—exclamó con una voz que más bien parecía un gemido.—Yo tengo fe en tus palabras, porque ellas levantan un eco

dulcísimo en mi corazón. Comprendo como tú la felicidad que nos espera en lo porvenir; creo firmemente que me amas, que nunca mi nombre se borrará de tu memoria; pero no está en tu mano el impedir que una bala concluya con tu existencia; y entonces, ¿qué será de mí?

—¿Quién piensa en la muerte cuando es tan bella la vida? Ven, María, ven; encomendemos nuestro amor, nuestra felicidad futura á la Santa Virgen, protectora de los enamorados. Ella librará mi cuerpo del plomo y del hierro homicida; ella nos dará fe para esperar. Ven, María, ven.

Carlos condujo dulcemente á su amada hasta el muro de la ermita, y ambos se detuvieron junto á una pequeña capilla practicada en la tapia.

Aquella imagen de la *Rosa de Nazareth,* delante de la cual siempre ardía una lámpara, era en el pueblo de M... la protectora de los enamorados. Allí acudían los amantes á jurarse eterno amor; allí acudían las madres á llorar por los hijos ausentes y desgraciados.

La Virgen del Amor recibía los suspiros de los jóvenes, los juramentos de los amantes, las lágrimas y las oraciones de las madres, con la invariable sonrisa que el cincel del piadoso escultor había trasmitido á sus labios.

Corazones de cera, hermosas trenzas adornadas con bonitas cintas, prendas de ropa,

escapularios, rosarios, mortajas y otros mil ex-votos, veíanse acumulados en derredor de la santa escultura.

Nadie en el pueblo de M... ni en su comarca se hubiera atrevido á jurar en falso delante de la milagrosa Virgen del Amor; nadie hubiera osado pasar por delante de la modesta capilla sin descubrirse la cabeza y elevar su pensamiento á Dios.

Los ancianos recordaban otro tiempo, aquel en que trascurrió llena de ilusiones la primavera de su vida, y la nieve de las canas que enfría el calor de las pasiones les hacía ocuparse de la eternidad; es decir, pensaban menos en la tierra y más en el cielo.

La Virgen del Amor había sido su protectora en otros días, y esperaban que fuera su intercesora con el Juez infalible y recto que espera á las almas colocado á las puertas de la eternidad.

Las doncellas amorosas hacían promesas al pié de aquella tosca capilla, y más de una vez, viendo realizarse sus sueños de color de rosa, sus queridas esperanzas, iban desde sus casas hasta la ermita con los cabellos sueltos, los piés descalzos y un cirio en la mano, modesta ofrenda que dedicaban á su protectora.

Todos en fin, viejos, mozos, niños, hombres y mujeres, veneraban á la santa imagen, porque ni uno de los corazones sencillos que

habitaban en el pueblo de M... dejaba de serle deudor de infinitos beneficios.

La fe embellecía los sueños de aquel puñado de seres, agrupados con amor á la sombra del modesto campanario de su humilde ermita.

La Virgen del Amor era la estrella de M... La devoción era general. Un réprobo, un impío que se hubiera atrevido á profanarla, habría sido expulsado del pueblo con indignación por aquel puñado de ovejas, cuyo pastor de almas contaba sesenta años de virtud, cuya vida ejemplar sólo se ocupaba en ser el comentario vivo de las palabras de aquel Dios que predicó el sermón de la Montaña, y que muriendo más tarde en el Gólgota salvó á la humanidad con su preciosa sangre.

Pero volvamos á nuestros enamorados.

Carlos y María se detuvieron al pié de la santa imagen.

—Virgen del Amor, Madre Santa, cuyo nombre infunde consuelo á los pechos doloridos, gloriosa nazarena, esperanza del triste, estrella radiante que guías las almas en el tempestuoso golfo de la vida, perfumada violeta del Paraíso, yo llego ante tí, porque de tí lo espero todo. Castígame, Virgen mía, si mis labios te hacen ofertas que no siente el corazón. Ante tu santa imagen no debe nunca jurarse en vano: blasfemo y maldito sea yo si así lo hiciere. Esta joven que ves á mi lado,

llega también, como yo, á pedirte amparo y protección; los dos nos amamos desde niños, los dos nos hemos ofrecido mutuamente ser el uno del otro: nuestra esperanza se reduce á amarnos eternamente; infunde aliento en nuestras almas para que no se apague la fe en nuestro espíritu.

Carlos se detuvo y colocó una mano sobre los santos piés de la Virgen.

De sus hermosos ojos brotaban dos lágrimas.

María lloraba también, y como su amante, puso la mano sobre la bendita escultura, diciendo con voz conmovida:

—Madre y Virgen mía, lo que acaba de decirte Carlos es tan cierto como tu bondad infinita. Sirvan sus palabras como si hubieran brotado de mis labios, que yo te juro esperarle ocho años, sin que ni un solo día se borre su recuerdo de mi alma, su amor de mi corazón, su nombre de mi memoria; y si así no lo hiciere, castígame, Virgen pura.

Terminado este juramento, María acercó su frente hacia Carlos, y éste depositó en ella un beso respetuoso, diciendo:

—Yo doy el beso de esposo á la mujer que ha de compartir conmigo las penalidades y los goces de este valle de lágrimas.

Terminada esta sencilla ceremonia, Carlos descolgó de su cuello un escapulario, que entregó á María.

María á su vez dió á su amante una pequeña cruz de plata que pendía de un cordón de seda negro. Luego ambos á dos recogieron algunas flores silvestres de las que crecían alrededor de la ermita, y las esparcieron á los piés de la Virgen.

Por último, se arrodillaron ante la imagen de la Estrella del Mar, y oraron en silencio por espacio de quince minutos.

Carlos fué el primero que se levantó, esperando de pié al lado de María.

Cuando ésta hubo concluído su oración, los dos fueron á sentarse en las gradas de piedra de la ermita.

—La Virgen ha oído nuestros votos,—dijo Carlos.

—No podemos faltar á ellos,—dijo María.

—Tú serás mi esposa cuando regrese al pueblo; pero si pasan ocho años desde esta noche, eres libre.

—Dios no lo permita y la Santa Virgen del Amor libre tu cuerpo de las balas.

—Así sea. Ahora escúchame, María.

—Habla.

Carlos y María se cogieron las manos, y confundiendo las miradas, enviándose el perfume de sus almas, armonizando los latidos de su corazón, comenzaron el siguiente diálogo:

CAPITULO III.

Una escena íntima.

—Como sabes, partiré muy en breve, tal vez mañana,—dijo Carlos,—pero procuraré que todas las semanas recibas noticias mías. Diego, mi amigo, mi hermano del corazón, será el emisario de nuestro amor. Yo le escribiré, y él te leerá mis cartas cuando tenga ocasión.

—¿Y por qué no me escribes á mí directamente?—objetó María.

—Tú eres pobre como yo, vives de la modesta pensión que disfruta tu madre, y una correspondencia que debe durar seis años es muy cara.

María se quedó pensativa.

—Además, Diego es persona de toda mi confianza. ¿Qué importa que él sepa los secretos de nuestros corazones, los dulces lamentos de nuestras almas? Nada temas.

—Bien, haré lo que quieras.

Y María, enternecida, enjugó las lágrimas que se deslizaban de sus hermosos ojos.

—Vamos, no llores más; tus lágrimas nada pueden contra la suerte que me ha cabido, pero me causan un dolor inexplicable.

Y Carlos enjugó con respetuoso cariño los ojos de su prometida.

—Es muy tarde, Carlos; mi madre echará de menos mi presencia en casa. Volvamos al pueblo.

—Tienes razón.

Carlos ofreció el brazo á María, y ambos se encaminaron al pueblo, comunicándose el perfume de sus almas con sus dulces palabras, con sus amorosos suspiros.

Dejemos á los amantes seguir la senda que conduce al pueblo, y trasladémonos á la casa de don Pantaleón Nogales, padre de Diego.

Pantaleón era uno de esos ricos pobres que con tanta frecuencia se encuentran en los pueblos.

Dos terceras partes del término de M... le pertenecían, y sin embargo, para cenar freía la carne del cocido con unas patatas.

Era viudo. Malas lenguas, que nunca faltan en los pueblos y abundan en las grandes capitales, aseguraban que su mujer había muerto por el mal trato que le daba su marido.

Pantaleón tenía un hijo que, como hemos

indicado, se llamaba Diego, y era el escribiente, criado y cobrador de su padre.

Diego, en pago de estos servicios, recibía una peseta todos los domingos.

En cuanto á la ropa, jamás había llevado otra que la desechada por su padre, y don Pantaleón, como se sabe, era muy económico; tanto, que rayaba en miserable.

Diego tendría, en la época que vamos recorriendo, veinte años de edad.

Era alto, flaco y pálido; pero su semblante no carecía de cierta gracia, y sus ojos, vivos y grandes, daban á su fisonomía cierta distinción que se avenía mal con su raída chupa y mugrientos calzones.

Pero dejando detalles, entremos en la cocina del rico don Pantaleón, y encontraremos sentados alrededor de la mesa al padre y al hijo: acababan de cenar.

Una vieja, única criada de la casa, se hallaba á un extremo de la pieza rebañando un plato, porque la señora Marta era tan avara como su amo; condición por la que tenía en aquella casa cierta autoridad que más de una vez fué provechosa á Diego.

Marta había criado á sus pechos á Diego. Sabido es que no hay un avaro que no tenga un castigo. Diego era el castigo de su padre.

Pero sigamos adelante la narración de este cuento, que bien pudiera haber sucedido en la tierra de los hombres.

—Órdenes para mañana,—dijo don Pantaleón después de tomar el último sorbo de agua, cruzando los brazos sobre la mesa.

Diego se dispuso á oir.

—A Perico el vecino le dirás que si no paga antes de seis días el arriendo, se le quitarán las tierras. A don Anacleto le dirás que pago el trigo á veinticuatro y la cebada á catorce. A la señora Alfonsa que deje la casa, pues hay otro vecino que da tres duros más de arrendamiento.

—Señor,—dijo Diego con cierto miedo,—hace veinte años que la señora Alfonsa está viviendo en la casa, y...

Los ojos de don Pantaleón brillaron como los de la comadreja á la vista de una rana, y dijo:

—¿Quién te ha dado permiso para tomar la defensa de mis inquilinos y arrendatarios? Cuando tengas algo, dispondrás de ello á tu antojo; ahora mando yo, y punto en boca.

Diego palideció; pero dejando caer la cabeza sobre el pecho como si estuviera fatigado, repuso:

—Está bien.

—Tienes la mala costumbre de dejar á la memoria todos los encargos, y eso no me gusta. Veo que también te distraes con frecuencia, y eso me desagrada. Te encargué que no te quitaras las gafas, que leyeras mucho para que te dieran por inútil en la quinta

los reconocedores, y tú te empeñas en hacer lo contrario; mas gracias á Dios he logrado librarte, si bien me cuesta más de veinte doblones la bromita. ¡Lástima de dinero, que tú no lo vales por cierto, y que podía haberme ahorrado si hubieras tenido un poco más de prudencia! Pero no valen nada los mozos del día, y tú, sobre todo, vales menos que ninguno.

Diego exhaló un suspiro, como si las palabras de su padre le causaran una gran fatiga.

—Sí, suspira,—repuso Pantaleón,—hazte el víctima... el hombre interesante; pero confiesa conmigo, que eres bien inútil. ¡Imbécil! Por no seguir mis consejos me ha hecho gastar veinte doblones. ¡Y luego ahorre usted, haga usted sacrificios! Bien que la cabra tira al monte, y en el otro mundo está la que te llevó en sus entrañas, dejándote por herencia sus malas cualidades, su carácter derrochador.

Este nuevo insulto puso lívido el semblante de Diego.

—Padre,—exclamó con acento nervioso,—respetemos la memoria de los muertos; mi madre era una santa, una mujer sin igual, una...

Don Pantaleón soltó una ruidosa carcajada.

—Este chico es tonto, —dijo al acabar de reirse.

Diego se puso en pié.

—¿Adónde vas?

—A mi habitación, con el permiso de usted.

—Espera un poco.

Y el viejo sacó un legajo de papeles del cajón de la mesa, y entregándosele á su hijo, repuso:

—Toma esa escritura y sácame una copia, para que pueda mañana mandársela á la persona interesada.

—¿Para mañana?

—Sí, para mañana; tú tienes la mano ligera, y en tres horas lo harás si quieres.

—Está bien; mañana cuando amanezca estará hecha, aunque no me acueste.

—Por no dormir una noche no se muere un joven robusto á los veinte años.

—¿Tiene usted algo más que mandar?

—No; puedes irte.

Diego besó la mano de su padre, y dirigiendo la palabra á Marta, le pidió una luz.

—Anda con Dios,—le dijo ésta entregándole un velón de un solo mechero.—Yo no sé por qué te da tu padre que trabajar por la noche, cuando hay tantas horas de sol; eso es solo deseo de gastar aceite. La noche la hizo Dios para dormir. A ver si te dejas la luz encendida.

Pantaleón dedicó una sonrisa á la económica Marta.

Diego salió de la cocina.

Poco después, el hijo del primer contribuyente de M... se dejó caer en una silla, murmurando en voz baja:

—Esto no puede continuar así; es preciso romper de una vez las cadenas que me sujetan.

La habitación de Diego tenía una ventana que daba al campo, por donde hacía sus excursiones durante la noche.

Cerca de una hora hacía que Diego se hallaba meditando tal vez algún plan poco ventajoso para su padre, cuando oyó que llamaban á la ventana.

Sólo un hombre tenía la costumbre de visitarle durante la noche y por aquel sitio.

Este hombre era Carlos, su íntimo amigo, su hermano del corazón, como él le llamaba.

Pero Diego no amaba á nadie.

El duro trato que recibía de su padre había encallecido su corazón.

Jamás un beso ni una caricia había tributado el viejo avaro á su hijo.

Diego, pues, odiaba á su padre.

El único lazo que le detenía en la casa paterna era su madre; ésta había muerto, y Diego pensaba en emanciparse de una tutela insoportable.

Pero no adelantemos los acontecimientos.

Diego, persuadido de que á tales horas no podía ser otro que Carlos quien llamaba, abrió sin recelo y dijo:

—Entra.

Carlos saltó desde el campo á la habitación.

Diego cerró la ventana, y acercándole una silla y sacando de un cajón una mugrienta petaca de pita, repuso:

—Fumemos. Ahora no me ve mi padre, que fiel á su sistema de economías, no quiere que fume.

Y Diego se sonrió de un modo infernal.

CAPITULO IV.

El leal y el traidor.

—Diego, mañana abandono el pueblo.

Esta fué la primera frase que dijo Carlos, sentándose en la silla y tomando la palabra.

—Lo sé; me lo ha dicho el sargento que viene á recoger los quintos. ¿Y María?

—Acabo de separarme de ella.

—¿Se resigna por fin á esperarte?

Diego dirigió esta pregunta con voz agitada; pero Carlos era demasiado noble para desconfiar de su amigo, á quien llamaba hermano.

—María me ama con todo su corazón, y me ha jurado delante de la Virgen del Amor, nuestra patrona, esperarme ocho años.

Diego se estremeció, y se puso á cantar en voz baja:

Papeles son papeles,
cartas son cartas,
palabras de mujeres
todas son falsas.

—No quiero que dudes de la sagrada promesa que acaba de hacerme,—objetó Carlos.

—Tanto mejor para tí, que abandonarás el pueblo llevando el corazón lleno de esperanzas.

—Ellas alimentarán mi amor.

—Más vale así.

—Diego, ¿por qué te empeñas en dudarlo todo? ¿Por qué entras en el árido campo del escepticismo?

—Porque estoy amargado; porque esta vida me es insoportable; porque me ahogo, Carlos, me ahogo en este pueblo.

—¡Pues qué! ¿Deseas abandonarle?

—No sé lo que quiero, no sé lo que siento, pero todo me hastía. Mi padre me trata con una dureza incalificable; apenas me concede más derechos que los que se le otorgan á un niño de diez años, y tengo veinte. No soy dueño de nada...

—Vamos, Diego, no hay razón contra un padre.

—Sí, tú dices eso porque los tuyos se miran en tus ojos, porque te aman, porque recibes diariamente pruebas inequívocas de su amor. Esta mañana, sin ir más lejos, ha venido tu padre á ver al mío con el objeto de

que le prestara el dinero para librarte del servicio.

Carlos exhaló un suspiro.

—Sí, tienes razón,—dijo,—me quieren mucho; sus corazones quedan traspasados de dolor con mi ausencia. ¡Pobres viejos! Su soledad me entristece, y su amor llena mi alma.

Y Carlos se llevó las manos á los ojos para enjugarse una lágrima.

—Yo sé que mi padre—añadió Carlos—ha tratado de vender lo que posee para salvarme; pero yo se lo he prohibido. Sería en mí una falta de consideración exponerlos en su vejez á sufrir hambre, privaciones, y... ¡No, no, y mil veces no! Bastantes sacrificios han hecho para darme una carrera.

Carlos se pasó la mano por la frente, como si quisiera desechar tristes pensamientos, y luego dijo:

—Hablemos de otra cosa.

—Hablemos de lo que quieras; toda la noche es nuestra.

—Ya sabes que María, siguiendo la mala y rancia costumbre de nuestros mayores, no sabe escribir.

—Sí; no hace mucho propuse á su madre que yo la enseñaría, y se negó redondamente.

—Su madre es una buena mujer que no ha salido nunca de este pueblo.

—Sin embargo, tú le ocultas el amor que tienes á su hija.

—Porque conozco sus pretensiones, y porque además no ha llegado todavía el momento oportuno de que le pida la mano de María.

—Cierto que la señora Rita no se resignará á esperar por lo menos seis años.

—Se resignará María, que es lo que á mí me importa.

—María es hermosa; ninguna muchácha del pueblo puede ponerse á su lado, y si le saliera un buen partido, su madre no lo echaría á la calle.

Carlos se puso densamente pálido.

Lo que acababa de decirle su amigo le hacía daño.

No dudaba ni un momento de la fidelidad de su amada; pero creía á su madre muy capaz de obligarla á contraer matrimonio contra su gusto.

—Diego,—dijo Carlos después de una corta pausa,—tú eres mi amigo, mi hermano del corazón. Al abandonar este pueblo, sólo tú me inspiras confianza, pues no puedo encargar á mis padres lo que voy á confiar á tu amistad. Todas las semanas recibirás una carta mía, y espero te tomes la molestia de leérsela á mi prometida. Cuando me contestes me hablarás de ella diciéndome lo que piensa, recordándome su amor, su resignación.

—Así lo haré, puesto que lo deseas.

—Sí, Diego, sí. ¿Cómo quieres que vea

trascurrir seis años sin saber noticias suyas?

—¿Tanto la amas?

—¡Que si la amo! ¡Dios mío! No tendría palabras para expresarte mi amor. Júrame que más que amigo leal serás nuestro confidente, nuestro hermano, y partiré consolado.

Diego pareció vacilar un momento; pero observando la impaciencia de Carlos, dijo:

—Te lo juro.

—¡Gracias, hermano mío!

Y Carlos abrazó á Diego.

—¡Pues qué! ¿Ya te marchas?

—Mis padres me están esperando. Saben que mañana debemos abandonar el pueblo, y es una ingratitud privarles de mi compañía las pocas horas que me restan de permanecer á su lado.

—Haz lo que gustes.

—Vuelvo á recomendarte á María. Si ves que, hostigada por su madre, duda de que yo vuelva, anímala, dile que es imposible que la Virgen del Amor, á quien nos hemos confiado, me abandone. Volveré, Diego, volveré; el corazón me lo dice.

Diego apenas oía las palabras suplicantes de su amigo.

Sentado en el hueco de la ventana, con el cigarro en la boca, el rostro indiferente, se hallaba preocupado con el criminal pensamiento que le atormentaba hacía tiempo.

—¡Adiós, hermano mío! ¡Adiós, querido

Diego!—repuso Carlos conmovido.—Dame un abrazo y no me olvides, pues durante mi ausencia eres tú tan necesario para la felicidad de mi alma, como el aire que respiro para mantener mi vida. ¡Ah! No quiero que me taches de egoista; ya sabes que no lo soy. Si algún día necesitaras la sangre de mis venas, te la daría sin exhalar ni un gemido.

Carlos abrazó á Diego, dándole un beso en la frente; pero estaba tan profundamente afectado, que no advirtió que sus labios se habían impreso en una plancha de hielo.

—¿Nos veremos mañana?—dijo Diego.

—No sé las órdenes que habrá dejado en mi casa el alguacil; tal vez salgamos antes de amanecer. En tal caso, ya me doy por despedido.

Y estrechó cariñosamente la mano de su amigo.

Carlos y Diego se separaron. El primero siguió la calle adelante; el segundo permaneció abismado en sus reflexiones.

CAPITULO V.

La víspera de un día de luto.

Carlos llegó al extremo de la calle. Su casa era la última. A poca distancia de la puerta había una fuente de piedra toscamente labrada.

Pero si la fuente no era un monumento artístico, en cambio el agua brotaba fresca como el hielo, era clara, delgada, y abría el apetito.

Carlos bebió agua aplicando la boca al caño. Tenía tal costumbre de beber de aquel modo, era tan grata para él aquel agua, le recordaba la fuente tantas escenas de la infancia, que rara era la vez que al pasar no tuviera el pretexto de la sed para darle un beso.

En las grandes ciudades, los hombres conservan pocos recuerdos de la niñez. Se vive en tantas casas, se hacen tantas mudanzas,

que la memoria no conserva la mayor parte de esas escenas encantadoras, de esos episodios sencillos, inocentes, de la primera edad.

En los pequeños pueblos suele con frecuencia suceder á los hombres lo que á las perdices, que mueren en el sitio donde nacen, y para ellos no existe más mundo que el que abarcan sus ojos, ni más cielo que el que se extiende sobre sus cabezas.

Carlos, naturaleza privilegiada, alma sencilla, impresionable, tenía un inmenso cariño á todo cuanto le rodeaba. La jugosa higuera plantada en medio de su corral; la rústica parra, protegiendo con sus verdes pámpanos en los meses de la canícula los umbrales de la puerta; el viejo perro, tan cariñoso para los de la familia como gruñón para los mendigos transeuntes; todos estos objetos eran para Carlos otros tantos amigos á quienes iba á abandonar, á los que tal vez no volvería á ver nunca.

Y en medio de todo, por encima de todas estas afecciones, se hallaban sus padres, á quienes jamás había causado el menor disgusto, á los que amaba con todo su corazón, puesto que ellos le querían con toda su alma.

Carlos se hallaba la noche que nos ocupa en un estado de sensibilidad nerviosa tal, que con frecuencia se llevaba la mano al pecho para apretárselo y respirar mejor.

Bebió agua y entró en su casa.

La puerta sólo estaba entornada, porque los padres de Carlos eran tan queridos en el pueblo, que nadie hubiera osado inferirles el menor agravio. La madre se llamaba Ana; el padre, Antonio.

Ana y Antonio se hallaban esperando á su hijo en la modesta y limpia sala, que era la pieza principal de la casa; habitación que treinta años antes había amueblado Antonio para casarse, y cuyas blancas paredes habían visto nacer siete hijos de Ana y morir seis.

Carlos, que era el séptimo, fué el único que pudo salvarse de la tenaz guerra que la muerte hizo á sus hermanos.

Ana, sentada en un ángulo de la pieza, con el rosario entre los dedos, la vista en el suelo y el semblante pálido y conmovido, rezaba en silencio, mientras de sus enrojecidos ojos caían abundantes lágrimas, que después de surcar por el demacrado semblante, quedaban depositadas en la falda de su modesto vestido negro de alepín.

Antonio, con los brazos cruzados por detrás de la espalda, se paseaba á todo lo largo de la sala, exhalando de vez en cuándo profundos y entrecortados suspiros, como el que sufre una gran pena en el corazón, y no encontrando lágrimas para desahogarle, siente que va á estallar algo dentro de su pecho.

Un velón de bronce de dos mecheros con pantalla verde, pero que sólo tenía uno en-

cendido, alumbraba tristemente la habitación.

Cuando una mujer se halla poseída de ese sentimiento maternal, de ese amor infinito que raya en lo increible y supera á lo humano, amor que bien pudiéramos llamar santo, porque es el amor de los amores, llega á tener un instinto tan delicado, un corazón tan leal, que como los augures de la antigüedad, acierta los acontecimientos más inesperados tratándose de sus hijos.

Por eso Ana levantó la abatida cabeza, miró á su esposo, y dijo:

—Nuestro hijo viene; oigo sus pasos en mi corazón.

—Que venga en buen hora; tal vez mañana se marche para no volver más,—murmuró el padre.

—¡Calla, calla por Dios, Antonio, y no digas eso, que ni aun como un temor admisible en las circunstancias que nos rodean quiero darle cabida en mi pecho!

Y Ana fijó los llorosos ojos en la puerta por donde debía entrar su hijo.

Carlos apareció en ella, besó á su madre en la frente, á su padre en la mano, y dijo:

—He tardado mucho, ¿es verdad? Lo conozco; pero he ido á despedirme de los amigos, porque me han dicho que el sargento piensa salir muy temprano. Comienza á molestar el calor.

Mientras Carlos hablaba maquinalmente,

disculpando su tardanza, Ana le había cogido las manos y le contemplaba con amante y dolorosa actitud.

Antonio continuaba sus paseos sin mirar á su hijo, como temiendo demostrar el estado débil de su espíritu por la hermosa manifestación de las lágrimas.

—Siéntate aquí á mi lado,—dijo por fin Ana.—¡Pobre Carlos mío! ¡qué falta te voy á hacer!... ¡Oh! Los reyes, ya que tienen bastante valor para dejar todos los años á tantas madres sin hijos, debían permitirles que les acompañaran. Ellas harían que fuera menos penoso el servicio de las armas, irían más limpios, el rancho estaría más sazonado, más bueno...

—Pero eso es imposible, madre mía,—repuso Carlos sonriéndose.

—¡Buenos estarían los regimientos—añadió Antonio con sequedad—llevando detrás mil mujeres con los ojos llenos de lágrimas y los piés ensangrentados!

—Sí, sí, lo conozco, Antonio; eso es imposible, pero separarse de un hijo es muy doloroso.

—Mi padre sirvió al rey allá en sus mocedades, y después de cumplir como bueno, regresó á su pueblo, orgulloso y satisfecho de sí mismo. Eso haré yo, madre; y si bien ahora es muy triste la separación, pensemos en los nuevos goces del regreso, porque usted pedi-

rá á Dios por mí, y Dios no permitirá que una madre tan buena como usted pierda á su hijo.

Ana, que escuchaba á su hijo como á un oráculo; Ana, para quien Carlos era el joven más bello y más bueno del mundo, rompió en un lloro estrepitoso, y arrojándose al cuello de Carlos, exclamó con un grito de sublime dolor:

—¡Carlos de mi alma!

Antonio hizo un brusco movimiento, se llevó las manos á los ojos para enjugarse las rebeldes lágrimas, y como si se irritara con aquella muestra natural de debilidad, dijo:

—Vamos, vamos, basta de lágrimas. Cuando la cosa no tiene remedio, es preciso conformarse. Son las diez de la noche; Carlos tendrá apetito; es preciso que mañana tenga fuerzas para la marcha. Sírvenos la cena.

Antonio se hallaba tan inapetente como Ana, pero creyó que la cena pondría fin al eterno gemido de aquella madre, para la que no había consuelo en el mundo.

—Yo no tengo gana, padre,—dijo Carlos.

—Se come sin ella, hijo mío. Tripas llevan piernas, dice el refrán.

—Tiene razón tu padre; es preciso alimentarse cuando se dispone uno á hacer un viaje á pié.

Ana se levantó, puso el blanco mantel, el sabroso pan y tres cubiertos sobre la mesa, y entró en la cocina, saliendo á los pocos se-

gundos con una fuente cuyo grato perfume abría el apetito.

—Es el guiso que tanto te gusta: cabrito con alcachofas y guisantes. Come mucho. Dios sabe si lo volverás á probar en el regimiento.

Y Ana sirvió un plato colmado á Carlos.

—De seguro que no,—dijo Antonio.—En el cuartel todos se ven obligados á tener predilección por un plato de potaje. Estas cosas se quedan para esa colección de monomaníacas bienaventuradas, de locas pacíficas que se llaman madres.

Carlos no tenía apetito; pero violentándose un poco, comió una tercera parte de lo que le había servido su madre.

Ana, entre cortar pan, servir agua y arreglar los platos, lo dispuso de modo que no probó bocado.

Antonio y Carlos se habían apercibido de los recursos que empleaba para no cenar, pero nada la dijeron, porque muchas veces hasta el alimento más sano se convierte en veneno al entrar en el estómago.

Terminada la cena, rezaron en voz baja, primero dando gracias á Dios que cuidaba del diario alimento, luego por las almas de sus antecesores.

—Pronto darán las once, y es hora de que demos al cuerpo el natural y necesario descanso,—repuso Antonio.—Arregla, querida Ana, todo lo que tenga que llevarse Carlos en el

morral, porque mañana no tendremos tiempo para nada.

—Lo tengo todo arreglado,—contestó la madre.—Carlos encontrará en la silla de su alcoba un morral nuevo de lienzo, y dentro toda la ropa que tiene que llevarse; pobre equipaje, por cierto.

—El rey cuida de vestir á sus soldados,—añadió Antonio.

—Sí, cuando no los lleva hechos unos mendigos. ¡Pobrecitos de mi alma! ¡Ah! Los reyes viven en suntuosos palacios, derrochando el oro á manos llenas, y se cuidan poco de los infelices que exponen la salud y la vida por defenderles el trono. En cambio, los pobres padres que tienen un hijo en la guerra se acuerdan siempre del que anda por el mundo, lo mismo en los días calurosos de la canícula, que en las noches heladas del invierno.

—Vete á descansar, hijo mío,—dijo Antonio, deseando poner término á los lamentos de su esposa.

Carlos abrazó á su madre. Aquella buena mujer permaneció algunos segundos colgada del cuello de su hijo, llenándole el rostro de besos y lágrimas. Al separarse, hizo un gesto tan doloroso como si la hubieran arrancado la fibra más sensible del corazón.

Ana se dejó caer en su silla. Buena cristiana, esperándolo todo del Sumo Hacedor, sacó el rosario y rezó por su hijo.

Bien es verdad que no hacía otra cosa desde el momento que supo que su hijo había sacado el número 1.

Antonio abrazó también á su hijo, diciéndole en voz baja:

—Tu pobre madre no puede conformarse con que te lleven á servir al rey. ¡Te quiere tanto!... Pero en fin, éstos son trabajos de hombres; yo confío que durante el tiempo que el deber te tenga separado de nosotros, te portarás como un hombre honrado. Anda con Dios.

Cuando salió Carlos, Antonio, haciéndose superior á la pena que le destrozaba el pecho, dijo:

—A dormir, Ana: basta de lágrimas.

Ana se enjugó los ojos, cogió la luz y entró en la alcoba.

Corrióse la blanca cortina, y los esposos se acostaron; pero ¡ay! ni Antonio ni Ana pudieron durante la noche reconciliarse con el sueño. Eran padres, y la odiosa contribución de sangre les arrebataba el único hijo que tenían para llevarle á la guerra, de donde tan pocos regresaban á sus casas.

CAPITULO VI.

Amor de madre.

Carlos entró en su modesto cuarto, cuyos muebles se reducían á cuatro sillas, una mesa de pino y un catre.

Sobre la mesa se hallaba un tintero de barro barnizado, algunos pliegos de papel y cuatro ó cinco libros.

Carlos se sentó junto á la mesa, y dejó caer la frente sobre las manos.

Permaneció algunos minutos inmóvil. Su mente, llena de dolorosos pensamientos, necesitaba reposo; pero la vista del papel y el tintero le sugirió la idea de escribir á María.

—Esta carta será mi despedida; se la entregaré á Diego, y él se la dará á ella.

Y se puso á escribir una de esas cartas largas de enamorado en que nunca se acaba, y en que, después de llenar las cuatro cari-

llas, se advierte que no se ha dicho ni la décima parte de lo que se pensaba decir.

Dobló la carta y la guardó en uno de sus bolsillos; luego se acostó. Junto á la cabecera de la cama vió el morral repleto que había dispuesto su madre, y una sonrisa de agradecimiento asomó á sus labios.

Carlos se durmió, porque la juventud se hace siempre superior por naturaleza á todos los golpes del infortunio.

Su sueño fué un delirio de amor, un oasis de ventura en donde María era la estrella más resplandeciente, la rosa más perfumada.

Trascurrió silenciosamente la noche. Ana, que no había cerrado los ojos, se levantó antes de amanecer.

—¿Adónde vas?—le preguntó su marido, que tampoco se había reconciliado con el sueño.

—Voy á disponer el almuerzo para Carlos,—contestó.

Antonio se calló, y Ana, al salir de la alcoba, se dijo para sí:

—¡Pobre Antonio! Se quiere hacer el fuerte, el indiferente, y es delirio lo que tiene por su hijo. En toda la noche ha podido dormir, y le he oído suspirar más de mil veces.

Ana encendió luz, porque aún no era de día claro, y abriendo un arcón grande, sacó una pequeña cajita, que guardó con cierto recelo en el bolsillo.

Luego cogió la cesta y salió; pero en vez de dirigirse á la plaza, se encaminó á casa del rico avariento don Pantaleón, padre de Diego, como le llamaban en el pueblo.

Don Pantaleón madrugaba mucho, pues se acostaba temprano para ahorrar el gasto de la luz.

La vieja criada, tan miserable y flaca como su amo, se extrañó de ver tan temprano á Ana; pero como se la tenía en el pueblo por una buena mujer, no tuvo inconveniente en dejarla entrar, diciendo:

—Ahí en su despacho le tiene usted; acaba de levantarse.

Ana entró en la miserable habitación del millonario pobre.

Don Pantaleón, con las gafas puestas y sentado junto á la reja, se hallaba desayunándose, es decir, mojando un poco de pan en un vaso de vino. Esto era barato y calentaba el estómago.

—Buenos días, señor don Pantaleón,—le dijo Ana al entrar.

—¡Ah! ¿Es usted, Ana? ¿Qué ocurre?

—Usted extrañará esta visita tan temprano.

—No señora; estoy acostumbrado á que me busquen á todas horas. Todo el que necesita viene á mi casa, como si esto fuera un hospital ó un asilo de caridad. ¡Ya se ve! Como han dado en la manía de que yo soy rico... Más vale así.

Pantaleón era el tipo perfecto del avaro. Grosero, desconfiado, cometía cualquier acción baja, con tal que le reportara alguna ventaja.

Prestaba á un rédito crecido con buenas garantías. Jamás se le vió dar una limosna, por lo cual era odiado entrañablemente en el pueblo.

Ana procuró sonreirse y no dar oídos á las groseras palabras de aquel miserable.

—Pues yo también necesito de usted, don Pantaleón,—repuso.

—¿No lo dije?—exclamó el avaro, dando un puñetazo sobre la mesa.—Pues viene usted en mala ocasión; estoy sin un cuarto; de consiguiente, ya está usted despachada.

—Debo advertir á usted que si bien es cierto que vengo á pedir un poco de dinero, puedo en cambio darle una garantía.

Y Ana puso sobre la mesa la pequeña cajita de cartón.

—¿Y qué es esto?—preguntó con desprecio el avaro.

—Unos pendientes de diamantes que mi padre regaló á su mujer el día de su boda, y que yo conservo como un recuerdo de familia. Pero ¡qué quiere usted! mi hijo se va dentro de pocas horas á servir al rey, y quiero darle algún dinero para el camino.

Mientras tanto, Pantaleón había abierto la cajita y examinaba los pendientes con ojos codiciosos. Eran unas grandes arracadas, con

profusión de pequeños brillantes engarzados en plata.

—¿Y para qué quiero yo esta antigualla?—dijo volviendo á colocar los pendientes en la caja.

—Los diamantes, señor don Pantaleón, nunca son antiguos, usted lo sabe mejor que yo; esos pendientes se valuaron cuando me casé, y un joyero de Madrid daba por ellos diez onzas de oro, es decir, sólo el valor de las piedras.

—¡Diez onzas! Estaría loco indudablemente. ¡Diez onzas estos adefesios!

Y el avaro hizo un gesto como si le arrancaran un *colmillo*.

—Tengo la buena costumbre de no mentir nunca; he dicho á usted la verdad,—añadió Ana con la dignidad de la mujer honrada que se ve ofendida.

—¡Bah! ¡bah! Todos dicen que no mienten, y cuando les conviene lo hacen. ¿Quién sabe si esos diamantes serán pedazos de vidrio? ¡Se dan unos petardos!...

El semblante de Ana se cubrió de rubor.

—Señor don Pantaleón, yo soy incapaz de engañar á nadie, usted lo sabe, y no creo que tenga motivo para dudar de mi honradez. Los pendientes se valuaron en diez onzas, sin contar más que el valor de las piedras; algo pensaría ganar en la compra el diamantista. Soy una infeliz madre á quien le arre-

batan el único hijo que Dios le ha dejado; me roban la alegría y tal vez la vida, porque me será muy duro vivir sin tenerle á mi lado. Vengo, pues, á rogar á usted que me preste una onza y que se guarde en prendas los pendientes; póngame usted ahora las condiciones que guste.

Había tal dignidad, tan profundo dolor en las palabras de aquella madre, que el avaro se convenció de que Ana no le engañaba.

Dispuesto á hacer el negocio, volvió á examinar los pendientes detenidamente, y dijo:

—Prestaré á usted la onza. Si en el trascurso del año puede usted devolverme dos, volverá á llevarse su alhaja; si pasa el año sin cumplir el trato, serán míos los pendientes, perdiendo usted el derecho de recobrarlos.

Ana vaciló un momento, y dijo:

—¡Un ciento por ciento de rédito! ¡Ah! ¡Eso es mucho!

—¿Sí? Pues vaya usted á la casa de al lado á ver si lo hacen más barato. Usted no sabe lo que vale una onza en tiempo de guerra.

—En fin, ¡cómo ha de ser! Dios me ayudará para que de nuestra pobreza podamos ahorrar al año los treinta y dos duros, aunque no comamos. Lo que importa es que mi hijo se lleve algún dinero; á él le hará más falta que á nosotros.

Los ojos del avaro brillaron como los del gato en la oscuridad; su rostro, de pálido se

tornó lívido, y extendiendo el brazo, cogió con sus descarnados dedos la cajita, que ya le pertenecía, diciendo:

—Espere usted un poco.

Salió de la habitación y tardó como un cuarto de hora.

Cuando volvió á entrar entregó á Ana cuatro ochentines de oro, y puso sobre la mesa una cuartilla de papel.

—Firme usted ese recibo, por lo que pueda suceder,—le dijo.

—¡Recibo! ¿No se guarda usted la joya?

—Sí; pero no importa.

Ana firmó, y como si temiera ahogarse respirando el ambiente de aquella sala, salió precipitadamente.

—Creo que hé hecho un buen negocio,—dijo hablando consigo mismo el avaro.—Ella no podrá desempeñar los pendientes; y dentro de un año habré ganado doce por uno.

Pantaleón, que había olvidado el mendrugo de pan y el vaso de vino, continuó su desayuno.

Ana llegó á su casa y entró sin meter ruído, dirigiéndose como una flecha al cuarto de su hijo.

Carlos dormía tranquilamente.

Comenzaba á amanecer.

Ana estuvo contemplándole por espacio de algunos minutos con amorosa ternura.

Luego ató á la punta de un pañuelo las

cuatro monedas de oro, é introdujo el pañuelo doblado en el morral.

Inclinada sobre la frente de Carlos, con la boca entreabierta y el pecho palpitante, estuvo indecisa un segundo.

Quería darle un beso, y temía despertarle.

—¡Ah! No, no; que duerma, que duerma,—se dijo hablando consigo misma.—Eso le hace más falta que mis besos.

Y salió de la alcoba enjugándose las lágrimas.

. . . . . .

. . . . . .

A la salida del sol, el pregonero, de orden del señor alcalde, participó al vecindario que á las siete en punto se hallaran en la plaza de la villa, dispuestos para marchar, todos los mozos á quienes había tocado la suerte de soldado; advirtiendo asimismo que los quintos que habían venido de los pueblos inmediatos con el sargento reclutador, acudiesen también al mismo sitio y á la misma hora.

Aunque todos esperaban el momento de partir, la voz del pregonero arrancó no pocas lágrimas á la mayor parte de los vecinos, porque en los pueblos de corto vecindario las familias forman cadenas interminables de parentesco.

Todos son tíos, sobrinos, cuñados, y apenas se encuentra algún individuo que no se halle emparentado con otro.

Bien es verdad que muchas veces el parentesco es tan lejano, que no se ve, que no le alcanza un galgo, como suele decirse; pero esto no implica para que todos se interesen en la desgracia del prójimo, aunque no sea mas que por la costumbre de verse diariamente.

Los quintos fueron reuniéndose en la plaza, con sus morrales á la espalda y su palo en la mano.

Cinco mozos del pueblo y catorce de los inmediatos lugares se reunieron en la plaza. A todos había cabido la *suerte* de servir al rey, á quien no conocían, á quien no esperaban tratar nunca, y sin embargo, los unos cantaban y los otros gemían; se veían rostros alegres como unas Pascuas, y semblantes tristes como la Cuaresma.

La naturaleza ha creado caracteres tan variados, que suele acontecer en la vida, que hace reir á uno aquello que hace llorar á otro.

El sargento reclutador era un hombre de cuarenta años, que llevaba veinte de buenos servicios; brabucón, bebedor insaciable, Juan Tenorio con coleta empolvada, corbatín de suela y botines de paño negro.

Era, en una palabra, uno de esos veteranos contentos con la profesión de las armas, y que por nada del mundo hubiera cambiado las dos cruces de San Fernando que honraban su pecho.

Llevaba un destacamento de doce soldados para custodiar los diez y nueve quintos y otros tantos que debía recoger; bien es verdad que él tenía tal confianza en su valor, que miraba á los reclutas con la superioridad desdeñosa del perro de presa al débil gosquecillo.

En medio de la plaza se hallaba el grupo de los quintos, rodeados de sus padres, parientes, novias y amigos; en una palabra, todo el pueblo, incluso el señor cura y el médico, se hallaba en aquel sitio.

Era un día de dolor para aquellos honrados vecinos. ¡Cuántas lágrimas, cuántas tiernas caricias, cuántas dulces promesas y cariñosos consejos se oyeron allí!

El sargento Toledo, que éste era su apellido, dijo, abarcando con serena mirada aquella desolación universal.

—Si continúo mucho tiempo reclutando quintos, acabaré por tener una esponja en vez de corazón. ¡Qué diablos de cosas se les ocurre á estas madres cuando se les llevan los hijos!

El reloj de la torre lanzó al viento siete vibraciones. Jamás había parecido tan lúgubre, tan triste, el eco de aquella campana á los hijos de M...

—¡En marcha, señores!—dijo el sargento colocándose el fusil al hombro.

Los sollozos y los lamentos se redoblaron, pero todo el mundo se puso en marcha

hacia la salida del pueblo, en dirección á un camino vecinal que conducía á la carretera de Guadalajara. Fijemos nosotros nuestra atención en el último grupo.

Carlos caminaba con la frente levantada y esforzándose por sonreir; Ana marchaba á su lado: Con uno de sus brazos rodeaba el cuello de su hijo, mientras el otro le servía para llevarse el extremo del delantal á los ojos llenos de lágrimas como uno de esos cristalinos manantiales inagotables que brotan del hueco de una peña.

Al lado opuesto caminaba Antonio, grave, meditabundo, pero con los ojos secos; llevaba cogida una de las manos de su hijo, y sufría terriblemente, porque no quería que asomaran las lágrimas. ¿Qué dirían en el pueblo si le vieran llorar?

Diego, el amigo de la infancia de Carlos, también formaba parte de este grupo. Caminaba detrás sin despegar los labios. Su maligno y verdoso semblante ocultaba como una máscara de hierro el goce que por la ausencia de Carlos sentía su podrido corazón; porque Diego era un perverso, como verá el que continúe leyendo esta historia.

A la salida del pueblo se hallaba un grupo de muchachas. La decencia, el qué dirán, la mayor parte de las veces hipócrita, no les permitía acompañar á sus novios, y les esperaban allí para darles el último adiós.

María se encontraba entre aquellas jóvenes. Carlos la vió al momento, y la saludó con la mano, enviándole una sonrisa apasionada.

Notó que su novia tenía los ojos llenos de lágrimas y que se los enjugaba con el delantal, y agradeció en el fondo de su alma aquella muestra de sentimiento.

Continuó el doloroso calvario de los padres. Algunos quintos, para ahogar su pena, cantaban con toda la fuerza de sus pulmones:

No llores, madre querida,
porque á la guerra me voy,
que hay franceses en España
y yo soy buen español.

Al terminar una de estas coplas, la madre del cantor redoblaba sus lamentos.

Cuando llegaron á la terminación del camino vecinal, el sargento gritó con fuerte voz:

—¡Alto!

Y dirigiendo la palabra á los parientes de los quintos con la gravedad de un orador romano, continuó:

—Señores, aquí van á tener fin los *pucheros* y las lamentaciones. Con que hasta la vuelta. ¡Marchen!

Hubo un momento de verdadera confusión. Todos se abrazaban, todos todos se besaban, llenándose los rostros de lágrimas.

Antonio exhaló un suspiro, abrazó á su hijo, las lágrimas brotaron de sus ojos, y dijo:

—Anda con Dios, y sé hombre de bien.

No pudo hablar más.

A su lado había caído desmayada Ana, la buena, la santa esposa.

Carlos quiso correr en su socorro.

—Vete, vete, hijo mío,—exclamó el padre levantando el exánime cuerpo de su esposa.

Carlos abrazó á Diego, y entregándole rápidamente una carta, dijo:

—¡Adiós, hermano mío! Lee esta carta á María, y no olvides mis encargos.

Poco después el cordón de quintos y soldados desaparecía en un recodo del camino.

Ana continuaba sin sentido en brazos de su esposo, y rodeada de algunos vecinos del pueblo.

Diego mientras tanto estrujó con rabia la carta que acababa de entregarle Carlos, y sonriéndose como un condenado, murmuró en voz baja:

—¡Imbécil! La que tú amas será mía, ó he de poder poco. Si te mata una bala, te ahorrarás el disgusto de un desengaño, tanto más terrible, cuanto mayor sea la esperanza que abrigue tu confiado corazón.

Y rompió la carta en mil pedazos, dirigiéndose precipitadamente hacia el pueblo.

CAPITULO VII.

De tal árbol, tal astilla.

Ana fué conducida al pueblo en una camilla improvisada con dos estacas y una manta.

Como el desmayo se prolongaba demasiado, los vecinos, conmovidos ante el profundo dolor de aquella madre, fueron á buscar á las dos personas que podían devolverle vida al cuerpo y resignación al alma: el médico y el cura.

Ya hemos dicho que Ana y Antonio, modelos de honradez y de virtud, eran queridos por todo el pueblo.

Cuando logró retornarla á la vida, cuando un profundo suspiro de la paciente demostró que el desmayo había pasado, el médico, haciendo seña de que salieran de la habitación á los que rodeaban el lecho, dijo en voz baja al padre cura:

—Ahora le toca á usted, don Cándido.

Ana abrió los ojos. El sacerdote, sentado á la cabecera de la cama, se hallaba solo.

Antonio había salido también, pero para refugiarse en el vacío cuarto de su hijo, donde se encerró, dando rienda suelta á las lágrimas y los sollozos que le ahogaban.

—¡Carlos de mi alma!

Este fué el primer grito de la madre.

—¿Es posible, Ana, es posible—dijo el cura—que siendo usted una mujer tan cristiana tome con tan poca resignación las penas que Dios le envía?

—¡Ay, padre Cándido! ¡El corazón me dice que no volveré á ver más á mi hijo!

—¡Bah! El corazón es muchas veces un embustero que no sabe lo que se pesca. Carlos volverá, porque todos pediremos al Sér Supremo para que así suceda. Volverá, yo se lo aseguro á usted; y ¡quién sabe si el día menos pensado le veremos entrar por el pueblo montado en un caballo blanco, hecho un general y lleno el pecho de condecoraciones! Y si esto sucede, ¿qué mayor gloria para usted, y qué satisfacción la suya cuando se oiga llamar la madre del señor general?

Ana dirigió una triste sonrisa al sacerdote, y movió la cabeza negativamente.

—Eso es imposible, padre, imposible de todo punto.

—Hija mía, otras más verdes han madu-

rado. Carlos es un muchacho listo, con un talento natural que á nadie debe envidiar, y una letra magnífica. En cuanto al valor que se necesita para llegar tan alto en la milicia, siendo honrado y teniendo pundonor será valiente, no cabe duda alguna.

—Usted es muy bueno, y quiere llenar mi pecho de esperanzas. Hace usted bien, porque las necesito mucho para no morirme de pena.

Ana, advirtiendo entonces que no estaba su marido en la sala, preguntó:

—Pero ¿dónde está Antonio?

—Ha salido no hace mucho. Y á propósito de Antonio: debe usted procurar no entristecerle con sus lágrimas y suspiros, pues la marcha de Carlos le ha afectado bastante; y como los hombres no pueden llorar con tanta facilidad como las mujeres, suelen traer malas consecuencias las penas cautivas dentro del pecho.

Por lo que se ve, el sacerdote quería asustar á aquella buena mujer, procurándole por este medio la resignación que le faltaba.

Ana, pasado el desmayo, se levantó, ocupándose como de costumbre en las faenas de la casa.

Pasaron los días. Ana no olvidaba ni un momento á su hijo; pero observando que su marido estaba siempre triste y cabizbajo, procuraba manifestarse serena. Cuando los de-

seos de llorar la sobrecogían, se ocultaba en un rincón para que no la viera Antonio.

A los veinte días recibieron aquellos padres cariñosos la primera carta de su hijo. Escribía desde Zaragoza, participándoles que se hallaba bueno, que se habían incorporado al regimiento de Navarra, y que por un ordinario que debía pasar por el pueblo les enviaba una Vírgen del Pilar, bèndita, de plata.

La carta se leyó muchas veces. La madre llegó á borrar las letras con las lágrimas.

Al mismo tiempo Diego recibió también carta de Carlos. Dentro venía otra para María: las leyó apretando los dientes de ira. Las cariñosas frases que su amigo dirigía á su prometida le hacían daño. El miserable rompió ambas cartas, arrojando los pedazos al fuego.

—Escribe, escribe cuanto quieras,—se dijo;—todas tus cartas llevarán el mismo camino.

A la caída de la tarde encontró á María, que iba á la fuente: todas las tardes la veía en el mismo sitio.

—¿Has tenido noticias de Carlos?—le preguntó la joven.

—Carlos no se acuerda de su amigo ni de su novia,—respondió.—Los mozos que van á servir al rey corren muchas tierras: aquí encuentran una rubia, allá una morena, y entre las rubias y las morenas se pierde la memo-

ria. Eres muy tonta en ocuparte tanto del que no se acuerda de tí.

María llenó el cántaro. Una lágrima se escapó de sus ojos, y la joven se dirigió suspirando á su casa.

Diego permaneció un momento siguiéndola con la mirada. Estaba casi verde, la bilis le ahogaba, y llevándose una mano al pecho, murmuró en voz baja:

—Aún le quiere un poco... pero ella caerá.

Trascurrió otro mes. Antonio recibió la segunda carta de su hijo, en la que le participaba que le habían ascendido á cabo, que le querían mucho los oficiales de su compañía, y que su regimiento era de los destinados para la campaña de Portugal.

Ana lloró mucho al leer esta carta, porque preveía grandes peligros para su hijo.

Diego recibió también dos cartas. Carlos le reconvenía dulcemente por su indolencia.

Diego hizo con la segunda lo mismo que con la primera: la quemó; y como ya María estaba sin duda resentida de su silencio, se dispuso á poner por obra su pensamiento.

El dinero es un poderoso talismán, la llave maestra que más suavemente abre las puertas del corazón femenino. Diego, con la prudente paciencia del malvado que medita una empresa, había estudiado con detenimiento el carácter de María y el de Rita, su madre.

Rita era viuda de un honrado labrador, el cual durante muchos años sirvió en clase de mayordomo de campo en una de las casas más fuertes y más aristocráticas de la provincia. Cuando Mateo murió, su amo quiso recompensar á la viuda, en pago de los treinta años de servicios de su marido, con una pensión de ocho reales diarios.

Rita, pues, tenía, como familiarmente se dice, asegurado el plato; pero no podía extender mucho el brazo.

Viendo á su hija joven y bonita, soñaba con buscarle un buen partido. Tenía ambición, y una conciencia no muy estrecha.

Diego pensó en ganarse primero la voluntad de la madre.

En cuanto á María, era una muchacha como otras muchas, que á fuerza de oir que son bonitas acaban por enamorarse de sí mismas, que es el amor más fatal que puede sentir la mujer.

En los pueblos se ama muchas veces por rutina. Es preciso tener novio á los diez y seis años, y casarse antes de los veinte. Todas tienen su compromiso, su prometido. Van á la plaza á bailar, y una muchacha sin amante hace un papel desairado; así es que al primero que dice *envido* le contestan *quiero,* hasta que se presenta otro partido mejor.

Carlos declaró su amor á María, y fué admitido; pero ya lo hemos dicho antes de

comenzar la narración de esta historia: el amor es como las monedas, las hay falsas y de ley; el que da oro y recibe cobre en cambio, sufre la más sensible de las pérdidas: la felicidad.

Carlos había dado oro, y recibía cobre. Si no se hubiera marchado, tal vez María le hubiera sido fiel; pero la ausencia es muchas veces madre del olvido, y tratándose de ciertas mujeres, el refrán de *pobre importuno saca mendrugo* es una gran verdad práctica.

Diego tenía preparado el cerco á la fortaleza del modo siguiente: primero conquistar á la madre, tenerla por aliada; luego, herir el amor propio de María con el silencio de Carlos. Para conquistar la voluntad de Rita necesitaba Diego disponer de algún dinero. Era preciso pagar algunas meriendas, hacerla algún regalito, y probarla que hay mucha diferencia del hijo de un rico como don Pantaleón, al de un pobre labrador como Antonio, cuya fortuna se reducía á unas cuantas aranzadas de tierra, un ciento de olivos, la casa en que vivía, y un par de mulas viejas y flacas.

Diego era hijo de un millonario, pero nunca poseía un cuarto. ¡Era tan miserable su padre!

Todas las dificultades consistían en poseer un centenar de duros con que hacer frente á los acontecimientos.

Diego pensaba en la manera de adquirirlos.

Pedírselos á su padre hubiera sido una locura, trabajo perdido. Pantaleón ni para un remedio hubiera dado á su hijo una peseta, y mucho menos dos mil reales.

Diego se dijo:

—Lo que tiene mi padre es mío, no cabe ninguna duda, puesto que soy su heredero. Como sé que por más que le rogara no le ablandaría; como nunca me ha demostrado ese dulce y desinteresado cariño paternal; como me trata poco menos que á un perro, si tengo ocasión le robaré los cien duros, y si se muere del berrinche, tanto mejor; así como así, este modo de vivir es imposible que se prolongue.

Resuelto á robar á su padre, Diego esperó la ocasión. Se puso á espiarle, porque, como todos los avaros de aldea, don Pantaleón era una urraca: escondía su tesoro sin revelar á nadie el sitio. La desconfianza es la hija legítima de la tacañería.

Veamos cómo se presentó esta ocasión.

Diego se retiraba temprano, si bien algunas noches burlaba la vigilancia paterna, y saltando por la ventana, iba á reunirse con otros mozos del pueblo.

Don Pantaleón cenaba al oscurecer.

El padre y el hijo se hallaban sentados junto á una mesa, cuyos manteles, por lo

negros y manchados, demostraban cuando menos un mes de buenos servicios.

Los cubiertos eran de palo, y el cuchillo, con mango de cuerno, estaba roto.

La cena se reducía á un guiso de patatas y un plato de escarola.

El pan se compraba de un día para otro, porque el blando era demasiado apetitoso y menos sano, según el avaro.

Terminada la cena, Pantaleón dijo:

—Mañana es preciso que madrugues. Vas adquiriendo malas costumbres; te gusta mucho la cama, y la holgazanería no es la más á propósito para hacer fortuna. Bien es verdad que á tí te quita poco el sueño el que la casa prospere ó se la lleve el diablo. No sé á quién te pareces. Tu madre, que en santa gloria esté, era una hormiguita; yo, inútil es decirlo, todos me conocen; pero tú... no he visto un gandul más completo.

—¿Qué es lo que usted quiere que haga mañana?—repuso Diego, cansado de tan largo como intempestivo exordio.

—Quiero que bajes á Guadalajara á ver á mi escribano.

—Bien, iré adonde usted me mande.

—Te levantas á las tres, aparejas el caballo, y así no coges calor. Cuando termines lo que voy á encargarte, te vuelves sin perder tiempo.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer?

—Nada más que ver á don Cosme, mi escribano, y pedirle las escrituras.

Y don Pantaleón se puso á registrar todos los bolsillos, sacando por fin una peseta.

—Toma para los gastos de camino,—añadió;—ya me darás lo que te sobre así que vuelvas.

—¡Lo que me sobre! Usted se burla, padre.

—¡Pues qué! ¿Te parece poco?—exclamó el avaro, recogiendo la peseta que había dejado sobre la mesa.

—Hay que pagar un pontazgo de ida y otro de vuelta.

—A razón de cinco ochavos, son veinte maravedises.

—Tengo que comer.

—¡Ta, ta, ta! ¡No parece sino que te dispones á hacer un viaje á lo príncipe!

—Tengo que dar un pienso á la caballería.

—La metes en la cuadra de don Cosme, y le pides un pienso; y en ese caso, como el pobre animal tiene que andar cinco leguas de ida y otras tantas de vuelta, te aconsejo que se lo pongas abundante.

—Vamos, padre, con una peseta no se puede ir á ninguna parte.

—¡Cómo!

—Lo que usted oye. Soy un hombre, he cumplido veintidós años, y cuando se viaja es preciso llevar algo de sobra en los bolsillos por lo que pueda suceder.

—¿Y qué diablos quieres que te suceda?

Diego se revistió de valor y dijo:

—Yo no voy con tan poco dinero.

—¡Hola! ¿Te rebelas? ¿Te subes á las barbas? ¿Me echas roncas? Cuidado conmigo, porque ya sabes cómo las gasto, y de un silletazo te rompo la cabeza para que se te salgan esos humos de gran señor que hace tiempo te tienen trastornada la mollera. Coge la peseta, y no se hable más del asunto. Vete á dormir.

Diego se clavó las uñas en la carne, rechinaron sus dientes, cruzó un relámpago por sus ojos, y se puso en pié, dirigiendo una mirada oblícua al cuchillo que se hallaba sobre la mesa.

Pero de pronto su rostro se demudó, se puso horriblemente pálido, le temblaron las piernas, y cogiendo la peseta, salió de la cocina, diciendo:

—Buenas noches, padre mío.

Al llegar á su cuarto dejóse caer en una silla, murmurando en voz baja:

—¡Soy un cobarde! Entablo una cuestión, le irrito, y cuando se me presenta la oportunidad de demostrarle que tengo más fuerzas que él, me falta el valor.

CAPITULO VIII.

Donde se prueba la utilidad de tener un amigo boticario.

Diego se hallaba á oscuras en su cuarto. Pero ¿qué falta le hacía la luz, cuando su cerebro batallaba en medio de esas confusas tinieblas que tarde ó temprano producen el rayo con que el criminal despedaza á su víctima?

Así permaneció hasta que oyó los pasos de su padre por el corredor. Entonces se quitó los zapatos y se tendió en la cama.

Cuando don Pantaleón llegó delante de la puerta, asomó la luz y parte del cuerpo, y dijo en voz baja:

—¿Duermes?

Diego no respondió. Su padre repitió la pregunta.

El falso amigo de Carlos acababa de concebir una sospecha; por eso, fingiéndose dormido, dejó á su padre sin respuesta.

Apenas había desaparecido la figura de don Pantaleón de la puerta, Diego se levantó de la cama, y salió al corredor sin hacer ruído.

Su padre se hallaba al extremo opuesto. Diego, arrimándose á la pared todo cuanto pudo, siguió á su padre.

El avaro, con la mano colocada cerca de la luz en forma de pantalla, cruzó el zaguán sin recelo alguno, y llegó á la puerta de la cueva.

Allí se detuvo y reconoció cuidadosamente el terreno. Diego, pegado á la pared, sin perder de vista el menor movimiento de su padre, temía que le vendieran los latidos precipitados de su corazón.

Don Pantaleón comenzó á bajar la rampa de la cueva.

Diego tuvo un temor: que su padre le cortara el paso; pero se acordó al instante de que la cueva se cerraba por la parte de afuera con un fuerte candado.

Efectivamente, la puerta quedó abierta, y Diego penetró recelosamente en la cueva, aunque sin hacer el menor ruído.

La cueva se componía de tres galerías en forma de cruz. El avaro entró en la de la derecha. Diego le veía perfectamente, á favor de la luz.

De pronto don Pantaleón y la luz desaparecieron. Diego se quedó envuelto en la más profunda oscuridad, y tan admirado como el

paleto que por primera vez ve en el teatro trasformarse una casa pobre en un espléndido y brillante templo iluminado por luces de bengala.

Por un momento no supo qüé hacer: él mismo no podía explicarse aquella desaparición repentina. ¿Se habría tragado la tierra á su padre?

A derecha y á izquierda de aquel callejón subterráneo se hallaban grandes tinajas de barro empotradas en la pared, que antiguamente habían servido para encerrar vino.

Diego sospechó que su padre se había metido dentro de la última tinaja de la cueva.

Siguió adelante tentando con las manos, hasta llegar al extremo; y resuelto á saber por qué agujero había desaparecido su padre, pues indudablemente en él tendría su tesoro guardado, esperó á que volviera á salir.

De vez en cuándo creyó oir cierto sonido metálico. Este sonido, según todas las reglas acústicas, tenía su origen detrás de la enorme tinaja del frente, es decir, de la inmediata á aquella dónde se hallaba Diego.

—Esperemos, —se dijo.—Aquí hay un hueco entre la tinaja y la pared; no es fácil que me vea al salir.

Pero de pronto se le ocurrió que al salir su padre era indispensable dejarle caminar delante, y en ese caso se quedaría él encerrado en la cueva, produciendo la alarma,

como era consiguiente. Su padre entonces, viendo descubierto su escondrijo, lo mudaría de sitio, y todos sus planes se derrumbaban.

Se apretó las sienes como el que desea esprimir el jugo del cerebro para sacar una idea, un pensamiento salvador, y no se le ocurrió otra cosa que colocarse junto á la puerta de la cueva, desde donde, á favor de la luz que llevaba su padre, le vería salir por lo menos, si bien no con tanta claridad como hallándose cerca.

Así lo hizo.

Durante una hora estuvo esperando. Por fin vió un vivo resplandor en el techo de la cueva, como el que produce la luz de un quinqué saliendo por un tubo de cristal en el cielo de una habitacióu.

Su padre, según todos los cálculos, se hallaba dentro de la última tinaja; pero lo asombroso, lo admirable para Diego, fué ver que aquella tinaja daba vueltas como una puerta giratoria, hasta que por fin apareció su padre.

Entonces vió que la vasija de barro sólo era media. Al salir, su padre la hizo girar de nuevo, colocando una cuña en la base para que no se moviese.

Todo lo comprendió, y saliendo precipitadamente de la cueva, por temor que le sorprendiera, se dirigió á su cuarto y se acostó.

Poco después su padre volvió á introducir

la cabeza y la luz por la puerta, y preguntó:

—¿Duermes, Diego?

Diego respiró fuerte, como el que duerme con la tranquilidad de los justos.

La luz y el avaro desaparecieron, y Diego quedóse en la mayor oscuridad.

Durante toda la noche no pudo cerrar los ojos: el sueño es rebelde á los criminales.

Antes de amanecer se levantó, bajó á la cuadra, ensilló el caballo, y salió, tomando al galope el camino de Guadalajara.

El cetrino y maligno semblante de Diego tenía algo de la infinita alegría de su corazón, porque llevaba en el alma la esperanza de robar á su padre.

Una casualidad vino á favorecer sus criminales intentos. Los malvados tropiezan siempre con muchas casualidades: una de ellas los suele conducir al patíbulo. Cruzando una calle oyó que le llamaban. Detuvo el caballo, y en la puerta de una botica vió á un joven, en quien reconoció á un condiscípulo suyo.

—¡Calla! ¿Eres tú, Agustín? Yo te creía en Madrid.

—Esas son mis aspiraciones,—contestó el joven;—pero me he visto precisado á quedarme de mancebo en esta botica, y no me va mal. Supongo que continuarás en tu pueblo.

—Sí, estoy con mi padre.

—Pero, Diego, te encuentro muy pálido y muy flaco. ¿Cuándo engordas?

—Tengo poca salud,—contestó hipócritamente Diego, que en aquel instante acababa de concebir un pensamiento criminal.

—¿Y á qué vienes á Guadalajara?

—A recoger unas escrituras de mi padre.

—¿Sigue siendo tan económico?

Diego se sonrió.

—Di tan avaro...

—Hombre yo...

—Vaya, Agustín, voy á casa de don Cosme. Dejaré el caballo, y volveré á que echemos un párrafo.

—Ven cuando gustes. El principal se ha marchado á Madrid, y estoy completamente solo.

Esta noticia estremeció de alegría á Diego.

Dos horas después, Diego entró en la botica. Agustín el mancebo era un muchacho ingenuo, sin malicia, y no le fué difícil á Diego convencerle de que padecía unos dolores tan terribles de cabeza, que se pasaba á veces tres noches sin dormir, terminando con esta exclamación:

—¡Ah! ¡Si yo encontrara algún medicamento que me hiciera dormir, pero con un sueño pesado, profundo, de esos que no los interrumpe ni un cañonazo!...

—Nada más fácil,—contestó Agustín, satisfecho de poder ser útil á su amigo.

—¡Bah! Los boticarios y los médicos todo lo encontráis fácil.

—¿Que no? Pues como yo te prepare un compuesto de opio, con ocho gotas que tomes dormirás ocho horas sin que te despierte toda la artillería de Napoleón haciendo fuego á la vez.

—No lo creo.

—¿Quieres que hagamos la prueba?

Diego había logrado su objeto. Agustín cayó en las redes tendidas por su amigo.

—Pero ese medicamento será muy caro,— añadió Diego.

—¡Hola! ¿Eres también avaro como tu padre?

Diego se sonrió maliciosamente.

—Querido Agustín, si yo tuviera á mi disposición el dinero que tiene mi padre, ¿te parece á tí que permanecería en Marchamalo? Ya estaría en Madrid; pero el autor de mis días me tasa el dinero de un modo tal, que la mayor parte del año estoy sin un cuarto; hoy, por ejemplo, tengo por única fortuna una peseta. Ya ves que con eso no puede comprarse un medicamento que, según lo prodigioso que es, será caro.

—No es de los más baratos; pero eso no importa: somos amigos; ya me lo pagarás cuando tengas dinero.

—No me gusta deber.

—¡Eh! No seas ridículo. Voy á preparártelo. Ya me lo pagarás cuando quieras; y si no quieres nunca, lo mismo me da. Después

de todo, la cosa no vale la pena: es cuestión de veinte reales.

Y Agustín se levantó y se puso á disponer el preparado de opio.

—¿Y cómo se toma eso?—preguntó Diego.

—Se toma en píldoras y en líquido, como gustes.

—Prefiero en líquido: las píldoras me repugnan.

—Entonces, coges un vaso de agua azucarada y echas diez gotas, lo revuelves bien, y á dormir.

—Creo que te burlas de mi ignorancia.

—¿Sí? Pues allá veremos; y ve con cuidado en no poner mas que diez gotas, porque abusando de este compuesto podías despertar con la cabeza atontada.

—Pero entendámonos: si, por ejemplo, un día se me fuera la mano y pusiera veinte, ¿qué podía sucederme?

—Si se te va la mano, vacías el vaso y vuelves á prepararlo de nuevo: no puedes tomar mas que diez gotas.

—Lo tendré presente.

Agustín presentó á su amigo un pequeño frasco de cristal perfectamente cerrado.

—Vaya, gracias. Ya te mandaré con el ordinario los veinte reales.

—No me los mandes. Si algún día vienes, tú me los traerás, porque no pienso decir nada á mi principal.

Diego permaneció con su amigo una hora hablando de los tiempos pasados.

A las ocho de la noche regresó á su pueblo, entregó las escrituras á su padre, cenó y se acostó.

Tenía necesidad de descansar. El cuerpo y la imaginación habían trabajado excesivamente. Diego se sentía débil, y buscó en el sueño la reparación de sus fuerzas.

CAPITULO IX.

Donde Diego encuentra el alma de su padre.

Diego dedicaba todas las horas que le eran posibles á meditar y madurar su plan.

El primer inconveniente que entorpecía todos sus cálculos era que su padre se encerraba con llave y cerrojo en su dormitorio, y llevaba siempre encima la llave de la cueva.

Para quitársela necesitaba ocultarse en el dormitorio y esperar á que se durmiera; pero aun así, siempre se quedaría la puerta abierta: esto no convenía á Diego.

Lo que le pareció más sencillo fué mandar construir una llave para el candado de la cueva, y tenerla siempre á su disposición.

Para esto se necesitaba sacar un modelo con cera virgen y buscar un cerrajero.

Encargar este trabajo al del pueblo hubiera sido una imprudencia.

Diego sacó el modelo de la cerradura y le guardó cuidadosamente.

—Si yo fuera alguna vez á Madrid...—se dijo;—pero esto es muy difícil.

Mientras tanto, trascurría el tiempo, y Diego iba captándose las simpatías de Rita y de su hija María, que despechada por el silencio de Carlos y aconsejada por su madre, se hallaba muy próxima á admitir el amor con que le brindaba Diego.

—El hijo de don Pantaleón—decía Rita á su hija—será, á la muerte de su padre, inmensamente rico; Carlos, por el contrario, caso que vuelva y se acuerde de tí, no tiene un cuarto, y en este mundo, hija mía, el que no tiene nada, nada vale: piénsalo bien.

María pensaba muchas veces en los consejos de su madre, pero sin decidirse á aceptarlos. Diego, como acontece á todos los hijos que crecen á la sombra de un padre tirano, era disimulado, hipócrita, y se revestía de una falsa modestia.

Rita decía:

—El pobre Diego te quiere más que á las niñas de sus ojos. Eres una tonta: no encontrarás mejor partido en el pueblo. Si te casas con él, entre las dos le manejaremos á nuestra voluntad. ¡Es tan honrado!

María comenzó á creer que su madre tenía razón, y se sonreía de mejor gana cuando encontraba á Diego.

El recuerdo de Carlos fué borrándose de aquella memoria como un sueño, y un día otorgó á Diego el apetecido *sí*.

Rita abrazó á su hija con indecible gozo: había ganado la batalla.

Desde este instante, Diego y Rita se trataron con más franqueza.

Algunas veces el hijo del avaro contaba á su futura suegra, con las lágrimas en los ojos, la manera dura y cruel con que le trataba su padre.

—¡Ay, señora Rita,—le decía.—Si yo supiera que esta vida que paso había de durar muchos años, sentaba plaza de soldado. Cada día se vuelve más miserable. Tiene un carácter insufrible. Yo no sé para qué quiere tanto dinero como tiene, porque es inmensamente rico... ¡oh! pero mucho; y sin embargo, nunca puedo lograr que me dé una peseta. Cree que soy aún el niño de otros tiempos que nada necesitaba; no quiere persuadirse de que los mozos, cuando cumplen veintidós años, tienen compromisos y necesidades, porque si él me diera lo que legítimamente me corresponde, yo podría hacer de vez en cuándo algún regalito á María y á usted, á quienes tanto quiero.

Estas confesiones eran otras tantas esperanzas que acariciaba Rita en su corazón para el porvenir.

Según de voz pública se decía en el pue-

blo, don Pantaleón era un millonario. Rita se prometía que su hija tuviera coche casándola con Diego, aunque Diego al presente no pudiera disponer de un cuarto.

Iban mientras tanto trascurriendo los meses sin que á Diego se le presentara una ocasión favorable para visitar, según sus cálculos, el sitio donde guardaba su padre el tesoro. Mostrábase Diego tan humilde, tan sumiso, que don Pantaleón decía hablando de su hijo:

—Diego va sentando la cabeza; esto me gusta. Mañana, cuando yo muera, espero que no malversará los cuatro cuartos que le deje.

Una circunstancia inesperada favoreció los planes de Diego. El escribano don Cosme envió una carta al rico avariento, participándole una mala noticia.

Don Pantaleón se puso verde, trémulo; blasfemó, se dió, en una palabra, á todos los diablos, y despreciando un sol de Julio, montó á caballo, á pesar de los consejos fingidos de su hijo y de la vieja criada, y se fué á Guadalajara.

Dos días después regresó más irritado que había salido.

Un tuno, según él, le había engañado, robándole cuarenta mil reales.

Durante dos días don Pantaleón no había hecho otra cosa que beber agua. Cuando bajó del caballo apenas se podía sostener.

—¿Quiere usted que se llame al médico?—le dijo Diego.

—¡Al médico!—exclamó con enojo don Pantaleón.—¡Pícaro! ¡Infame! Tú quieres que me muera. ¿Para qué necesito yo al médico? Para gastar dinero inútilmente, pagándole las visitas y las recetas. No quiero médico, no tengo necesidad de ellos. Hacedme un vaso de agua azucarada, y mañana veremos.

Diego estuvo á punto de desmayarse de alegría.

El infierno patrocinaba sus planes.

Poco después, con el rostro compungido, entraba en la alcoba de su padre con el vaso de agua.

Don Pantaleón bebió con avaricia. Diego se sentó en una silla.

—Puedes irte á acostar,—le dijo el avaro.

—No; esta noche dormiré en ese sofá, por si usted me necesita.

—Haz lo que quieras,—añadió don Pantaleón bostezando;—pero creo que no te necesitaré para nada, pues tengo un sueño de todos los diablos.

Un minuto después dormía profundamente. Diego permaneció inmóvil un largo rato. Cuando la fatigosa y fuerte respiración de su padre le convenció de que estaba completamente dormido, cogió la luz y entró en la alcoba.

Quedóse contemplando el apergaminado rostro de aquel viejo, por cuya frente lívida corrían abundantes gotas de sudor.

—¿Habré puesto mucho?—se preguntó.—No, sólo doce gotas, dos más de las convenidas; y después de todo... hoy ó mañana es igual.

Y Diego se sonrió de un modo infernal. Volvió á dejar la luz sobre la mesa, y salió, dirigiéndose á la cocina.

—¿Cómo sigue tu padre?—le preguntó la vieja Marta.

—Se ha dormido como un cachorro. Dice que no quiere que nadie le moleste. Puede usted acostarse.

—Sí que lo haré, que estoy molida; pero créeme, Diego, tu padre nos dará un día un disgusto con esa vida que lleva; y luego, cuando está malo no quiere llamar al médico.

—Si mañana sigue peor le llamaremos aunque no quiera.

—Sí, tienes razón, le llamaremos; y si gruñe que gruña. Vaya, buenas noches.

Marta subió á su cuarto, situado en la cámara, y Diego entró en el de su padre.

Don Pantaleón continuaba durmiendo.

Diego le llamó, primero en voz baja, luego más fuerte, y últimamente sacudiéndole de un brazo con violencia. El avaro ni siquiera cambió de postura. Un ruidoso suspiro se escapó del pecho de Diego.

—El boticario tenía razón,—dijo;—no le despierta ni un cañonazo. Manos á la obra.

Lo primero que buscó fué la llave de la cueva. Estaba debajo de la almohada.

Una vez dueño del precioso talismán que debía abrirle las puertas del soñado paraíso, tuvo un pensamiento que le hizo sonreir.

—Para que el dinero no se asuste de ver una facha desconocida, ó por mejor decir, por si á Marta se le ocurre oir ruído y asomar la cabeza, bueno será que don Pantaleón me preste algunas prendas para disfrazarme.

Y Diego se puso un birrete negro de lana, las grandes gafas y el redingot de su padre.

—De este modo, visto desde lejos, yo no seré *yo* para Marta.

Y diciendo esto, salió de la habitación.

Afortunadamente llegó á la cueva, abrió el candado, y penetró en la rampa sin que ocurriera la menor novedad.

Diego avanzó por la derecha, y recto como una saeta encaminóse hacia la gran tinaja que cerraba el paso al final de la galería.

No tenía duda de que su padre había desaparecido detrás de la inmensa vasija de barro.

Probó á moverla, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; la tinaja permanecía firme é inmóvil, como si estuviera empotrada en el suelo y la pared.

Aquel obstáculo comenzó á desorientarle; por un rato permaneció indeciso y buscando

en la pared de alrededor de la tinaja alguna puerta secreta. Todo fué en vano: aquellas paredes húmedas, destilando agua, despidiendo un olor acre, eran sólidas, macizas.

Desesperanzado, maldiciendo su suerte, dejó la luz en el suelo junto á la tinaja, y al dirigir maquinalmente la vista á la tierra, observó un objeto que le hizo lanzar un grito de alegría.

Acercó la luz, reconoció la base de la tinaja, y dijo:

—Vamos, preciso es confesar que mi buen padre es un hombre ingenioso. Sólo el diablo pudiera haberme revelado este mecanismo.

Diego creyó oir una carcajada, y se levantó azorado. Aplicó el oído, y permaneció inmóvil.

En la cueva reinaba un silencio sepulcral; pero no le cabía duda: había oído una carcajada bronca, profunda, como si saliera de dentro de una de aquellas inmensas tinajas que le rodeaban.

Recordó que al nombrar al diablo era cuando había oído la carcajada. Un frío glacial heló su sangre, y sintió que el sudor inundaba su frente.

Por un momento tuvo intención de abandonar aquel sitio; pero reponiéndose, dijo:

—Sea quien sea, diablo ú hombre, si tiene la audacia de presentarse, nos veremos las caras.

Un silencio parecido al que reina en las tumbas fué la respuesta á sus palabras.

Se pasó la mano por la frente y se arrodilló en el suelo, inclinando el rostro hacia la tierra para reconocer mejor el objeto que tanto le había llamado la atención.

La tinaja estaba colocada sobre una plancha de hierro, y ésta sujeta á la tierra por dos cuñas de madera.

Diego arrancó las cuñas, y entonces, con indecible gozo, vió que la tinaja, con muy poco esfuerzo, giraba sobre un eje con la misma facilidad que esos grandes tornos de los conventos.

Había descubierto el secreto: la fortuna seguía favoreciendo sus planes.

Continuó haciendo girar la tinaja, hasta que se presentó delante de sus ojos un agujero de una vara en cuadro. Aquel agujero de la vasija debía, según sus cálculos, corresponder con otro practicado en el muro de la cueva; de modo que metiéndose dentro de la tinaja y haciéndola girar, debía encontrar irremisiblemente lo que buscaba.

Entró resueltamente con la luz en la mano, y con gran contento vió que aquella mole de barro cocido daba vueltas, llevándole á él dentro. Efectivamente, no se había engañado en sus cálculos: el agujero de la tinaja correspondía á otro practicado en la pared.

Diego penetró por aquella especie de tú-

nel que apenas tenía cuatro piés de elevación, por donde anduvo á gatas una distancia de veinte pasos.

Al terminar, encontróse con una habitación abovedada, bastante espaciosa.

—Indudablemente he llegado al fin de mi viaje,—se dijo.—¿Quién hubiera podido imaginar tanto ingenio en mi padre?

Y comenzó á reconocer el local con la luz, admirándose de encontrar una pequeña mesa con tapete de hule, y sobre la mesa un violín y dos candeleros de plata con sus velas puestas y á medio consumir.

Diego recordó entonces que había oído ruído lejano de música la noche que por la primera vez espió á su padre descubriendo el sitio donde el avaro tenía oculto el supuesto tesoro.

Reconoció el cajón de la mesa, en donde encontró un tintero de cuerno y un par de pistolas de arzón con adornos de plata: las pistolas estaban cargadas y cebadas.

Estuvo un instante contemplando aquellas armas, y dijo:

—Mi padre es hombre precavido, y muy capaz de matar al que quisiera robarle.

Y quitó el cebo y las piedras á las pistolas, añadiendo en voz baja:

—¡Quién sabe lo que puede suceder!... Bueno es evitar el peligro.

Dejó las pistolas en el cajón del mismo

modo que las había encontrado, y continuó reconociendo la cueva, hallando por fin en uno de sus ángulos lo que era la causa de todos sus afanes, es decir, el tesoro de su padre.

Veamos cómo tenía el dinero el avaro don Pantaleón Nogales.

Diego vió arrimados al muro, y cubiertos cada uno con una baldosa, diez enormes pucheros de barro, en cuyo vientre podía el que menos dar hospedaje á diez cuartillos de agua.

Con la luz en la mano, trémulo, conmovido hasta la médula de los huesos, contempló aquella batería de toscos pucheros, sin atreverse á reconocer lo que guardaban en su interior.

Serenóse un poco, y dijo:

—Manos á la obra.

Destapó el primero, y acercó la luz.

El brillo fascinador del oro herido por los rayos de la luz llegó á sus ojos hasta el punto de deslumbrarle: el puchero estaba lleno de onzas.

Diego no pudo contener un grito de gozo. Si todos aquellos cacharros se hallaban llenos de la misma moneda, su padre era el hombre más rico de España.

Antes de continuar el reconocimiento, sacó una onza del puchero y la estuvo examinando: era de Carlos III; y como entonces reinaba el inútil Carlos IV, ocupado en cazar en el Pardo mientras Godoy cazaba en el pa-

lacio de Madrid, las monedas, además del valor del oro, tenían el brillo de lo nuevo.

Diego se convenció de que eran onzas, y onzas buenas; según su cálculo, el puchero contenía cuando menos mil; es decir, que aquel miserable cacharro valía diez y seis mil duros.

Destapó el inmediato.

—¡Onzas también!—exclamó.—Pero ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que un hombre que posee tanto oro sea tan avaro, tan miserable, que no come por no gastar?

Diego continuó el reconocimiento.

De los diez pucheros, dos estaban llenos de onzas, uno de ochentines, seis de plata en varias monedas, y el último de alhajas de las que iban á empeñar los vecinos del pueblo y del contorno en los momentos de apuro.

Diego calculó á cuánto podría ascender la fortuna de su padre, y muy por encima, sin contar las grandes partidas de grano que poseía en las cámaras, sólo en la cueva había más de ciento veinte mil duros.

Como si la presencia del oro le causara vértigos, se sentó en el suelo y se llevó las manos á la cabeza para apretarse las sienes, permaneciendo en esta actitud más de un cuarto de hora.

Pensaba que nada más fácil que apoderarse de una buena parte de aquel oro, aparejar el caballo y escapar del pueblo, irse á Madrid, y romper por este medio la horrible tu-

tela de su avariento padre. Después de una terrible lucha desechó el pensamiento.

—Esto sería muy precipitado. Ahora no han de faltarme ocasiones.

Diego cogió seis monedas de cada puchero, y volviendo á dejar las cosas tal y como las había encontrado, salió de la cueva.

Cuando llegó á la habitación de su padre, éste dormía profundamente. Colocó la llave de la cueva debajo de la almohada, y se dirigió á su dormitorio.

Allí contó el dinero que acababa de robar á su padre.

—¡Soy un cobarde!—se dijo.—Después de tantas fatigas, cuando me he visto con las manos en la masa, he tenido miedo y he cogido una miseria, pues apenas llega á doscientos treinta duros. Bien es verdad que yo nunca me he visto con tanto dinero, pero ya me iré acostumbrando.

Diego guardó en el fondo de un viejo cofre su mal adquirida fortuna, y se acostó pensando en María.

Desde aquella noche, los planes del hijo de don Pantaleón tenían una base más sólida: la que proporciona el dinero.

CAPITULO X.

Parricida.

Don Pantaleón se despertó una hora más tarde que de costumbre. No se sentía bien.

Cuando la criada entró á preguntarle por la salud, le dijo:

—Me siento débil, y me duele bastante la cabeza.

—Eso es natural; hace muchas horas que no toma usted alimento,—repuso Marta.

—Puede que tengas razón. Tráeme el desayuno.

Marta entró un pocillo de chocolate y una rebanada de pan tostado.

—¡Chocolate!—exclamó con asombro don Pantaleón.—¿Qué despilfarro es éste, Marta?

—¿Va usted á reñirme? Yo lo he hecho porque como está usted malo...

—Pues que no vuelva á suceder: no estamos aquí para golosinas.

Y don Pantaleón se tomó el chocolate refunfuñando.

Marta creyó que ya que se había permitido el gasto de una onza de chocolate, estaba en el deber de no contradecir á su amo.

Don Pantaleón salió de casa, pero tuvo que volverse porque sentía mareos.

Algunos vecinos habían dicho:

—Don Pantaleón debe estar malo; tiene cara de muerto, y se va agarrando á las paredes. ¿Por qué no llamará al médico?

Por otra parte, su hijo había propalado por el pueblo la noticia de que su padre estaba muy delicado, pero que por no pagar al médico y no gastar en la botica no le llamaba.

Diego, exhalando suspiros y con el rostro compungido, tuvo buen cuidado de decir esto al médico y al boticario, añadiendo:

—Es tan terco ó tan económico, que cualquier día me va á dar un disgusto. No se puede con él. Yo ya estoy cansado de decirle que se cuide, pero todo es en vano. Muchas veces temo que se muera de hambre.

Diego iba preparando el terreno. Intentaba además probar si su padre le quería, aunque estaba casi convencido de que sólo amaba el dinero.

Así es que una tarde, después de terminada la miserable comida, Diego, exhalando un profundo suspiro, dejó caer la cabeza sobre el pecho con abatimiento.

Chocóle á don Pantaleón el suspiro y la triste actitud de su hijo.

—¿Qué diablos tienes?—le preguntó.

—Muchas cosas, padre.

—¿Y no puedo yo saberlas?

—Sí señor; pero es preciso que antes me ofrezca no enfadarse.

—¿Enfadarme? Luego tú crees que tendré motivos para ello.

—Muchas veces la verdad ofende.

—Habla, ¡con treinta mil de á caballo! pues no tengo yo la cabeza para andar con reticencias.

—Lo primero es pedirle á usted permiso para sentar plaza.

Don Pantaleón abrió los ojos cuanto pudo, y echando la cabeza hacia atrás, como el que siente un golpe dirigido al rostro, exclamó:

—¿Te has vuelto loco?

—No señor; estoy cuerdo, y muy cuerdo; por eso deseo sentar plaza en el banderín de América. He cumplido veintidós años; hace catorce que trabajo en todo cuanto usted me manda, como es mi deber; soy un hombre, y sin embargo, nunca dispongo de una miserable peseta. Los mozos del pueblo se me burlan, me llaman el hijo del rico pobre, y cualquier día sucederá una desgracia. Quiero por lo tanto marcharme del lugar: estoy resuelto á ello.

Don Pantaleón no quería dar crédito á lo

que oía. Su apergaminado rostro hizo multitud de visajes y gestos; santiguóse tres veces, y dando por fin un rugido, exclamó:

—Basta de conversación inútil. Usted no puede sentar plaza; usted seguirá como hasta aquí.

—Pero ¿no soy un hombre?

—Casi, casi.

—Entonces, soy dueño de mis acciones.

—Diego, ya te he dicho que no quiero hablar más de ese asunto.

—Está bien; pero si alguna noche dan las doce y no he venido, no me espere usted, porque estoy resuelto á marcharme.

—¡Diego, no me irrites, porque ya sabes cómo las gasto!—exclamó lleno de cólera el avaro.

—Un hombre tiene sus compromisos,—dijo Diego sin hacer caso de las amenazas de su padre.

—Pero, pedazo de alcornoque, ¿qué es lo que te falta?

—Dinero,—contestó con serenidad Diego.

Pantaleón se levantó de la silla como movido por un resorte.

—¡Dinero! ¿Y quién lo tiene?

—Usted, y yo lo necesito.

Don Pantaleón cogió una silla, colocándose en actitud amenazadora delante de su hijo.

—No me pegue usted, y tengamos la fiesta en paz.

—¡Que no te pegue! ¡Que no te pegue, cuando te rebelas, cuando me amenazas! Soy tu padre, y te romperé la cabeza de un silletazo como vuelvas á faltarme al respeto. En cuanto á dinero, ni un maravedí. Si quieres dinero, gánalo.

Diego tenía el rostro descompuesto. Una ola de sangre le subió del corazón á la cabeza; sus ojos, pequeños, hundidos y brillantes, se fijaron de un modo salvaje en el cuchillo que se hallaba sobre la mesa; pero de pronto, como si se tuviera miedo á sí mismo, salió precipitadamente de la habitación, dándose fuertes puñetazos en el pecho.

—¡El diablo te lleve, infame!—exclamó Pantaleón.—¿Qué mal bicho le ha picado hoy á ese bárbaro?

Y dejó la silla, sentándose en un viejo sillón con todos los síntomas del cansancio.

A la hora de la cena, don Pantaleón preguntó por su hijo. Marta le dijo:

—No tiene ganas, y se ha acostado.

—¡Hola! ¿Le dura la rabieta? Mejor; así no le hará daño.

Y continuó cenando.

Durante la cena dijo dos veces:

—No me siento bien, Marta; tengo la cabeza que parece una olla de grillos; estoy malo, pero no quiero que llames al médico. Después, ese pícaro de muchacho me ha dado un disgusto.

Como la noche anterior don Pantaleón no había visitado su tesoro, á pesar de hallarse débil y enfermo, cuando calculó que todos dormían en casa, cogió la luz y se dirigió á la cueva.

Diego, que desde las nueve de la noche espiaba la puerta de la habitación de su padre, le vió salir y le siguió cautelosamente, como el lobo que sigue su presa.

Cuando el avaro desapareció detrás de la tinaja, Diego avanzó con resolución hasta el fin de la galería.

Allí se detuvo. Su rostro estaba en extremo demudado; sus ojos despedían miradas siniestras. Diríase que aquel joven se disponía á llevar á cabo un crimen espantoso.

Después de unos segundos de vacilación empujó la tinaja, entró en el agujero, volvió á hacerla girar, y se encontró en la primera escavación del muro.

Una vez allí, se echó boca abajo, y fué arrastrándose como un reptil hasta llegar á la entrada de la pequeña cueva donde se hallaba el tesoro.

Pantaleón había encendido las dos velas y colocado sobre la mesa uno de los pucheros: indudablemente el que estaba lleno de onzas.

El avaro tenía el violín en la mano izquierda y el arco en la derecha. Sus ojos brillaban con indefinible gozo, y una seráfica sonrisa

entreabría sus delgados y descoloridos labios.

De pronto Pantaleón se arrodilló delante del puchero, se puso el violín en facha, y comenzó á tocar una melodía, acompañándola al mismo tiempo con algunas palabras cantadas, cuyo sentido no pudo comprender Diego.

Delante de la imagen de la inmaculada Virgen no hubiera estado el viejo avariento en actitud más seráfica.

Diego le contemplaba absorto.

De repente su padre se levantó, la melodía del violín trocóse en un rascado rabioso, furibundo, y se puso á bailar, dando saltos como un loco. Aquello era la hidrofobia de la música y del baile.

Diego se restregó los ojos, se pellizcó las mejillas para despertarse, porque no podía creer lo que veía.

Este baile sin concierto, especie de tempestad de los músculos, inconcebible en un anciano, fatigó como era de esperar á don Pantaleón, hasta el punto de hacerle caer en el suelo.

El avaro permanecía inmóvil. Su hijo le contemplaba con la misma inmovilidad.

Repuesto de su fatiga, comenzó á incorporarse el avaro. Su rostro daba miedo: era un cadáver en cuyos ojos se había reconcentrado un resto de fuego vital.

Don Pantaleón colgó el violín y vació el puchero de onzas sobre la mesa.

Diego, al ver que su padre contaba, oyendo el fascinador sonido del oro, sintió una alegría infernal y se incorporó, quedando en cuclillas junto á la entrada de la cueva.

Tenía en su semblante algo de la hiena que se dispone á saltar sobre su presa.

Cuando don Pantaleón llegó á la última onza, sus ojos tomaron un tamaño colosal, como si no cabiendo en las órbitas pugnasen por salirse del cráneo.

Después de un momento de vacilación, como el que duda en medio de un incendio si bajar por la escalera ó descolgarse por una ventana, don Pantaleón comenzó á contar las onzas otra vez.

—¡Doce! ¡doce! ¡doce!—exclamó con voz desfallecida.—¡Me faltan doce! ¡Me han robado! ¡Ladrones! ¡ladrones!

Y sacó las pistolas del cajón de la mesa, las montó, y quedóse en la actitud del que se halla rodeado de enemigos.

En aquel momento Diego se puso en pié, y cruzándose de brazos, entró en la cueva, diciendo:

—Buenas noches, padre.

Don Pantaleón retrocedió espantado hasta tropezar en la pared con la espalda, extendió el brazo, apuntó al pecho de su hijo, y dió con el índice impulso al disparador.

Cayó el gatillo, produciendo un sonido seco, infecundo.

Diego soltó una carcajada, pensando en su interior que había sido muy prudente al quitar el cebo y las piedras á las pistolas.

Don Pantaleón, irritado, bramando de ira al oir la carcajada de su hijo, hizo uso de la segunda pistola, que tuvo el mismo resultado que la anterior.

—Ya lo ve usted,—dijo Diego,—el diablo es mi padrino. Esas armas, cuya boca mortífera ha dirigido usted contra mi pecho, han sido impotentes. Es indudable que un buen genio me protege; y puesto que todos los vínculos de la sangre quedan rotos, puesto que me hallo convencido hasta la evidencia de que usted sólo ha sido mi padre en el nombre; puesto que soy más fuerte que usted, la partida es mía, y comienzo por exigirle á buenas la mitad del tesoro que aquí se halla escondido.

Diego sacó un cuchillo, y haciendo brillar la hoja ante los espantados ojos de su padre, avanzó hasta colocarle una mano encima del hombro.

Don Pantaleón cayó de rodillas. La extrema debilidad y el espanto que se había apoderado de su corazón, le tenían anonadado.

Respiraba con fatiga, como si se hallara atacado de un fuerte acceso de asma.

—¿Darte la mitad de mi fortuna, que tantos trabajos y privaciones me ha costado? ¡No, y mil veces no! ¡Mátame antes!—excla-

mó el avaro con una voz tan débil, tan fatigosa, que parecía la de un moribundo.

Diego colocó la punta del cuchillo sobre el cuello de su padre.

—Doy á usted un minuto de tiempo para decidirse; después, todo habrá concluído entre nosotros. Las consideraciones están de más: ni usted me quiere, ni yo le he querido á usted nunca.

—Dios te castigará, sí, te castigará, hijo perverso.

—¡Y usted se atreve á hablar de Dios!—añadió Diego.—¡Bah! Hace muchos años que vendió usted el alma al diablo. Pero el tiempo corre... Por última vez: ¿quiere usted partir conmigo su fortuna?

El cuerpo del avaro se estremeció como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

—Responda usted.

—No: primero la muerte.

Los ojos de Diego se inyectaron de sangre; un rugido feroz se escapó de su pecho, y agarrando á su padre brutalmente por el cuello, le derribó en el suelo.

Diego era un malvado. Todas las tacañerías y miserias de su padre no eran suficientes á disculpar tan infame proceder.

Un crimen nunca es disculpable, un parricidio es inconcebible; pero cuando este crimen, este parricidio es causado por uno de esos golpes de desgracia no premeditados,

rápidos; cuando la muerte es producida por un ataque que no se creía temible, entonces hay un fondo de disculpa, y carga la fatalidad con una gran parte de la infamia.

Pero Diego era un hombre malo, un perverso, un miserable: había meditado un plan, y lo iba á ejecutar con la sangre fría del más repugnante de los criminales. Por eso no hizo uso del cuchillo, y cogiendo á su padre por el cuello, le derribó en el suelo, procurando evitar las huellas de la violencia.

—La sangre compromete,—se había dicho;—es preciso que aparezca como una muerte natural, y el estado de debilidad en que se encuentra, y las noticias esparcidas por el pueblo de su falta de salud, favorecerán mis planes, quedando el crimen envuelto bajo el más impenetrable misterio.

Diego sintió cómo se estremecía el cuerpo de su padre bajo la terrible presión de sus manos; pero aquel cuerpo era tan débil, que pronto quedó inmóvil.

Entonces cogió una luz y tuvo suficiente valor para acercarla al rostro del anciano.

No respiraba: tenía un tinte arrebatado, como el que muere de un ataque cerebral.

—Tenía menos vida que un pájaro,—se dijo Diego.—Ahora es preciso conducirle á su dormitorio. Creo que esto es más difícil que lo que acabo de hacer.

Hay momentos en la vida en que se tri-

plican las fuerzas. Diego se hallaba en uno de esos momentos. Se cargó el cuerpo de su padre al hombro, aquel cuerpo caliente aún, cogió la luz y la llave de la cueva, apagó las bujías, salió del escondrijo, hizo dar vuelta á la trampa, fijó las cuñas; en una palabra, volvió á dejarlo todo del mismo modo que antes del terrible drama que acababa de tener lugar.

Parecía increible tanto valor, tanta serenidad en semejantes circunstancias.

Cuando Diego llegó á la habitación de su padre, creyó prudente dejarle en el suelo, al pié de la cama y en dirección hacia la puerta, como si hubiera querido pedir socorro.

Jamás criminal alguno dispuso las cosas tan serenamente. Luego se retiró del cuarto de su padre; llevaba la confianza de que el crimen quedaría impune.

CAPITULO XI.

La ausencia y la muerte.

A las seis de la mañana del día siguiente, Diego se presentó sereno en la cocina de la casa. Allí estaba Marta.

—¿Se ha levantado mi padre?—preguntó Diego del mismo modo que todos los días.

—Aún no ha resollado,—respondió Marta.—El caso es que no me atrevo á hacerle chocolate.

—¿Por qué?

—¡Toma! Porque ayer se enfadó mucho conmigo. Me dijo que era una derrochadora.

—No hagas caso; está malo, y es preciso cuidarle.

—Verás cómo gruñe.

—Si gruñe que gruña.

—Creo que dices bien.

Marta hizo el chocolate, y resignada á

sufrir otra reprimenda, subió al dormitorio de su amo.

Diego se paseaba mientras tanto por la cocina, esperando oir las exclamaciones de asombro de la criada.

Efectivamente, los gritos llegaron hasta él, y entonces, revistiéndose de un valor poco común, subió precipitadamente.

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia! ¡Si esto ya me lo esperaba yo! ¡Pobre señor! ¡Diego! ¡Diego!

Diego entró en la sala.

Allí estaba la víctima, tendida boca abajo, fría, rígida. Daba horror ver aquel viejo flaco y lívido con los ojos abiertos y el cabello erizado.

Diego se estremeció; pero dominándose inmediatamente, comenzó á gritar:

—¡Padre mío! ¡padre mío! ¡Oh! ¡Si ya me temía yo esto! Se empeñó en que no llamáramos al médico...

Marta se asomó á la ventana y llamó á una vecina. Diego corrió desatentado á casa del médico, y pronto todo el pueblo supo la repentina muerte de don Pantaleón; pero nadie derramó una lágrima, nadie interrumpió sus faenas ni perdió el apetito, porque el rico pobre, como se le llamaba en el lugar, era odiado por todos los vecinos.

El médico, resentido con el viejo avariento, pues muchas veces le había dicho que no

servían los médicos mas que para cobrar las visitas y matar más pronto á los enfermos, reconoció el cadáver bastante á la ligera, y dijo:

—Está muerto de un ataque cerebral. Si hace algunos días, cuando tuvo el primer síntoma, me hubiera llamado, con dos buenas sangrías se hubiera evitado la muerte; pero ahora todo lo que necesita don Pantaleón es misas por su alma, que buena falta le hacen.

Diego llamó al cura párroco.

—Padre,—le dijo con los ojos llenos de lágrimas,—usted sabe lo poco afecto que era el autor de mis días á hacer limosnas; pero yo, dueño de su mediana fortuna, quiero que su nombre sea bendecido y que Dios se apiade de él. Dispondrá usted un entierro de primera clase, se le dirán cien misas por el eterno descanso de su alma, y á cada pobre que lleve vela en el entierro se le darán cuarenta reales.

El bueno del cura salió de la casa mortuoria, diciendo que aquel joven era el mejor de los hijos.

Diego se vistió de luto, como asimismo la criada, y se rezó por espacio de nueve noches el rosario, asistiendo el cura y algunos vecinos: entre ellos se hallaba Rita, la madre de María.

Por muy empedernido, por muy perverso que tuviera Diego el corazón, no podía vivir

tranquilo en aquella casa donde tan terrible crimen había cometido; así es que pasaba la mayor parte del tiempo en casa de Rita, contratando el matrimonio para cuando terminara el luto.

—Yo no puedo vivir en este pueblo,—decía;—es preciso que nos traslademos á Madrid. Soy rico, y quiero disfrutar del mundo y que ustedes disfruten asimismo.

Una mañana cundió la noticia de que Rita y su hija se habían marchado; y como en los pueblos todo se sabe, se comentó la causa de tan inesperada separación.

—Dicen que se han ido á Madrid, donde se reunirá con ellas Diego para casarse. ¡Pobre Carlos! ¡Tanto como la amaba! ¿Qué dirá cuando vuelva?

Esto era lo que decían las muchachas. En cuanto á las madres, todas envidiarían la suerte de Rita, que iba á casar su hija con un millonario.

Diego, mientras tanto, iba realizando todo el grano existente en las cámaras, y en Guadalajara hizo un traspaso de los créditos de su padre con alguna pérdida.

Su único afán era reducir á oro toda su fortuna, y luego gozar, vivir como un potentado.

Algunos decían:

—Siempre sucede lo mismo: á padre avaro, hijo pródigo. Si don Pantaleón levantara la

cabeza, se volvía á morir, de fijo, viendo lo que gasta Diego y las comilonas que da á sus amigos.

Por fin Diego abandonó el pueblo, llevándose toda su fortuna. Nosotros vamos á dejarle en brazos de su destino caminando hacia Madrid, para encontrarle en otra ocasión.

Fijemos por un momento nuestras miradas en la última casa del pueblo, en el modesto hogar que habitan los padres de Carlos.

Cuatro personas se hallan reunidas en la humilde sala que ya conocen nuestros lectores: Antonio, Ana, el médico del pueblo y una pobre mujer, vecina tan caritativa, tan amiga de prestar un servicio á sus semejantes, que en el lugar la conocían con el honroso apodo de la tía *Paño de lágrimas*. Llamábase esta buena mujer Angela y era la esposa de un infeliz labrador. De este matrimonio había nacido un hijo, á quien en breve conocerán nuestros lectores.

Ana, la madre de Carlos, estaba muy enferma; tenía una de esas lesiones del corazón que la ciencia ha designado con el nombre de hipertrofia, hija de la exquisita sensibilidad, de la ternura maternal que abrigaba en su pecho.

La última carta de Carlos había hecho derramar muchas lágrimas á Ana; le participaba que iba á embarcarse para Canarias, de guarnición, pues aquellas plazas se veían

con frecuencia atacadas por la armada inglesa, en guerra entónces con España.

—¡Ya no le volveré á ver más!—había dicho aquella madre desolada, levantando los ojos al cielo y dirigiendo desde el fondo de su alma una plegaria al Todopoderoso para que librara á su hijo de los peligros que le amenazaban.

En vano Antonio y Angela procuraban tranquilizarla; para aquel corazón herido de muerte no había consuelo.

El médico apuraba todos los recursos de la ciencia, recetaba con buena intención, y estas recetas iban causando poco á poco la ruína de Antonio.

Llegó el invierno de 1804: fué cruel, duro, y Ana sintió terriblemente los efectos del frío.

Una mañana, Angela se hallaba á su lado, Antonio había salido; Ana cogió las manos de su leal amiga, y le dijo:

—Viviré poco. Hace cuatro años que se marchó mi hijo. El deseo de volverle á ver ha prolongado mi vida; pero este heróico esfuerzo es inútil: Carlos no llegará á tiempo para recibir mi último suspiro. Tú, mi buena Angela, á quien tanto debo; tú, que olvidas hasta tu casa por cuidar la mía, le verás cuando regrese; pero el pobre Carlos no me encontrará. No le escribas diciéndole que he muerto, porque la noticia le causaría una

gran pena; pero como quiero despedirme de él, voy á entregarte una carta, que le darás tan pronto como llegue. Ya sé que tú no sabes leer, ni tu marido tampoco: guarda bien mi carta; que nadie la lea mas que mi hijo. Eso es todo lo que espero de tu amistad.

Angela cogió llorando la carta, y ofreció cumplir el encargo de su amiga.

Al día siguiente, Ana sintió las primeras congojas de la asfixia: se ahogaba; el aire no podía penetrar en sus pulmones; el corazón, enormemente dilatado, no cabía en el pecho.

Todos los síntomas de la muerte aparecieron en su rostro.

El médico mandó que se la dispusiera.

Antonio sufría mucho: amaba á su mujer, y la veía morirse después de una lenta agonía, prolongada por espacio de cuatro años.

Aquella misma noche terminaron por fin los sufrimientos de la pobre madre. Murió al dar las doce en el reloj del pueblo, y al cerrarse sus ojos, al lanzar el último soplo de vida, sus labios apenas tuvieron fuerza para pronunciar un nombre: Carlos.

Antonio, tan pronto como espiró su mujer, abatido por la pesadumbre, cayó enfermo.

El cuerpo de Ana fué conducido al cementerio por el marido de Angela y otro honrado vecino. La amistad colocó una modesta cruz de madera para indicar en dónde se hallaba el cadáver de la pobre madre.

Antonio sobrevivió un año á su mujer.

Aquella soledad oprimía su corazón; no pudo soportarla, y murió.

La alegre casita de Carlos, única herencia que le quedaba, se cerró para no abrirse en mucho tiempo.

Angela quedóse encargada de las llaves, y el tiempo continuó haciendo pasar su rueda destructora sobre el humilde techo de aquella mansión donde el amor de los amores se había cobijado, donde se había representado uno de los más tiernos y dolorosos idilios del hogar doméstico.

PARTE SEGUNDA.

LA BATALLA DE BAILÉN.

CAPITULO I.

La vuelta del soldado.

El día primero de Abril de 1808 apareció el cielo tan puro, tan azul, el ambiente tan suave, tan perfumado como aquel en que por vez primera, á la voz del Hacedor, rompió el sol las tinieblas del caos.

Comenzaba á amanecer. Los pájaros cantaban en las arboledas, y las codornices primerizas en los sembrados; por eso un hombre, siguiendo el camino vecinal de Marchamalo, cantaba también con voz entera y entonación vibrante, con la melodiosa cadencia de las malagueñas, una copla tras otra, como si quisiera con los cantares aminorar la distancia que le quedaba que recorrer.

El caminante tendría de veintisiete á treinta años de edad. Era alto, bien formado, fuerte y robusto, y llevaba erguida con altivez la cabeza, como el que tiene la costumbre de no bajarla ni ante un peligro de muerte.

Su rostro, curtido por el sol y el viento de las montañas, era bello y varonil. Sus ojos negros y expresivos y su poblado bigote le daban la expresión marcial del militar.

Vestía el agraciado traje de nuestros soldados de principios del siglo: calzón blanco ajustado, polainas de paño pardo, casaca azul con vueltas blancas, y una gorra de cuartel, cuya manga encarnada descansaba graciosamente sobre su hombro izquierdo.

Veíanse en su pecho dos cruces, una de San Fernando y otra de Isabel la Católica, y las grandes charreteras de canalones demostraban que había llegado á sargento.

Por su pecho, en forma de bandolera, llevaba una ancha cinta de raso verde, á cuyo extremo colgaba un bruñido cañón de hojalata, á la espalda un zurrón de lienzo, y en la mano un palo de madera de abeto.

En una palabra, el viajero era un sargento del regimiento de Navarra, que habiendo cumplido, regresaba á su casa con su licencia y una hoja de servicios digna de Alejandro.

Creemos que nuestros lectores habrán reconocido á Carlos.

Caminaba con la firmeza del que está

acostumbrado á las marchas, y su rostro, tan pronto resplandecía de gozo, como tomaba un tinte de profunda tristeza; y era que unas veces la esperanza se aposentaba en su corazón, y otras el temor.

¡Tres años sin tener noticias de su pueblo, sin saber de sus padres, porque la guerra con los ingleses le había llevado á remotos países! Al divisar el modesto campanario de su pueblo, se detuvo, y se dijo extendiendo el brazo:

—¿Qué te espera allí, Carlos?

Esta pregunta, á la que no podía contestarse, le entristeció.

Un mundo de ideas, todas á cual más queridas, se agolparon en su cerebro: su madre, su padre, María, sus amigos de la infancia, la fresca fuente situada junto á su casa, la codiciada higuera del corral, y la frondosa parra, á cuya sombra tantas siestas del estío había visto pasar.

Dos lágrimas se agolparon á sus ojos: estaba solo, y lloró. Soldado valiente, había regado dos veces con su sangre el campo del honor en defensa de España, y aquellas lágrimas eran lógicas, sublimes: nadie se hubiera atrevido á ridiculizarlas.

Carlos se enjugó los ojos, y para ahuyentar sus temores emprendió de nuevo el camino, cantando la siguiente copla:

La vida es como el arroyo
que va á perderse en el mar:
hoy cruza campo de flores,
mañana seco arenal.

Carlos iba reanimando su fisonomía á medida que se aproximaba al pueblo. ¡Qué de encontrados afectos batallaban en su pecho!

Cuando llegó á las primeras tapias se detuvo junto á la fuente. La casa donde había nacido se hallaba cerca de aquel sitio: cien pasos más, y hubiera encontrado la puerta.

Carlos, que tanto afán tenía por llegar para dar á su madre un estrecho abrazo, se detuvo como si una voz secreta le anunciara las tristes nuevas que iba á saber.

Junto á la fuente, llenando un cántaro, se hallaba una muchacha que frisaría en los diez y ocho años.

Carlos se quedó contemplándola. La muchacha se ruborizó. ¿Por qué la miraba con tanta tenacidad aquel soldado que ella no conocía?

Llenó el cántaro é iba á marcharse, cuando Carlos, extendiendo el brazo en actitud de detenerla, le dijo con una entonación que tranquilizó á la joven lugareña:

—¿Es usted del pueblo, hija mía?

—Del pueblo soy, señor militar, y muy servidora de Dios y de usted.

—Gracias, joven. Pero cuando se tiene un palmito tan agraciado como el de usted, los

hombres que tienen su alma en su armario se dan por muy contentos sirviendo de rodillas á la que lo posea.

—¡Bah! Ustedes los soldados siempre tienen algo que decir á las pobres muchachas. ¡Ya se ve, como corren tanto mundo!...

—Mucha tierra he corrido, hija mía; ya ve usted, ocho años sin parar... pero puedo asegurarla que nunca he visto en un rostro dos ojos tan negros y de tanto gancho como los que me están mirando ahora.

—Con el permiso de usted, militar, que mi madre me está esperando.

—Si un poco de retraso no ha de causar á usted un disgusto, la rogaría que se quedara.

—¿Y para qué?

—¡Toma! Porque tengo necesidad de hacer á usted algunas preguntas.

—Pues comience usted cuando guste.

—Al momento, mi reina.

Carlos se sentó en el brocal de la fuente, y después de acariciarse el bigote, repuso:

—Yo estuve en este pueblo hace ocho años; y como ocho años tienen tantos días y pueden suceder muchas cosas, quisiera, puesto que usted conocerá á todo el mundo, me diera algunas noticias de ciertas personas que conocí entonces, y que hoy ignoro si viven ó han muerto.

—Pues si no es más que eso, nada más fácil, porque en los pueblos nos conocemos todos.

—Ante todo, quisiera saber qué se hizo una joven llamada María, una morenita casi tan hermosa como usted.

—María...—repitió la joven mirando al cielo como si buscara en su memoria.

—Sí, una cuya madre se llamaba Rita *Dos reales,* por mal nombre.

—¡Ah, sí! Ya sé quién es. ¡Toma! ¡Pues si esa que usted pregunta hace cuatro años que desapareció del pueblo!

Carlos se estremeció; sus labios se agitaron á impulsos de un movimiento nervioso, y repuso:

—¡Pues qué! ¿Se casó?

—No puedo asegurarlo. Sólo he oído decir que vive en Madrid con el hijo de don Pantaleón.

—¡Ah! ¿Se marchó con Diego?

—Sí; poco tiempo después de la repentina muerte de su padre.

—Vaya, pues si se marcharon juntos y se quieren, que Dios los haga felices y los conserve por muchos años.

Carlos hizo un esfuerzo sublime para demostrar que la noticia le era indiferente, pero una profunda herida se acababa de abrir en su corazón.

Diego, su amigo de la infancia, le había vendido; entonces comprendió el inexplicable silencio que tanta pena le causaba durante su ausencia.

El alma de Carlos era tan bella, que no podía concebir una infamia de tal naturaleza.

—Pues ya que por ese punto sabemos á qué atenernos,—repuso,—voy á continuar mis preguntas, porque ha de saber usted, mi reina, que junto á esa fuente aprendí á pronunciar el nombre de mi madre, y al partir para la guerra me dejé aquí prendas muy queridas.

—¡Ah! ¿Conque usted es del pueblo?

—¡Como que somos paisanos y en la misma pila bendita nos cristianaron! Pero la última pregunta, hija mía: ¿cómo está la pobre señora Ana y su marido el honrado señor Antonio?

Al oir esta pregunta, la joven hizo un movimiento de asombro.

La pobre muchacha no ignoraba que Ana tenía un hijo soldado, y comprendiendo la terrible noticia que iba á darle, procuró evadirse diciendo:

—Dispense usted, señor militar; yo no sé quién son esos que acaba usted de nombrar; pero si desea saber pormenores de todos los del pueblo, lo más seguro es ir á casa del señor cura, que vive junto á la iglesia.

Y colocándose el cántaro en la cadera, se encaminó al pueblo á buen paso.

Carlos no se atrevió á detenerla. Quedóse solo en la fuente pensando en María, que después de jurarle amor eterno á los piés de

la Virgen, faltaba tan infamemente á su promesa.

Pero el largo silencio de Diego había matado en parte las esperanzas amorosas del corazón del soldado. Exhaló un suspiro, bebió agua en la fuente, y dijo:

—¡El amor de los amores, el amor de una madre! ¡Ah! ¡Ese sí que no miente, ése sí que no engaña!

Y se dirigió hacia su casa.

La puerta estaba cerrada, y ¡cosa rara! siendo su padre tan cuidadoso y su madre tan limpia, ¿cómo encontraba derruído el emparrado, seca la parra, y derribado el poyo de la puerta?

Carlos no podía explicarse semejante abandono, pero lo tuvo por mal agüero.

Llamó á la puerta, y nadie le respondió.

Carlos se puso pálido; llevóse la mano al pecho, como si sintiera un agudo dolor, y llamó segunda vez.

El mismo silencio. Carlos se sentó en el derruído poyo, quitóse el morral, dejóle en el suelo, y se dijo:

—Habrán salido: esperaremos.

Trascurrió un cuarto de hora.

El silencio que reinaba en derredor de aquella casa era para Carlos sombrío, abrumador como el de las tumbas.

—¡Es muy extraño!—se dijo.—Aquí debe haber sucedido alguna desgracia.

Así trascurrió mucho tiempo, hasta que uno de esos oficiosos con buena intención, que no faltan en los pueblos, fué á casa del cura á decirle que un soldado, que según todas las probabilidades, debía ser el hijo de la señora Ana y el señor Antonio, se hallaba sentado en el poyo que había junto á la puerta de la casa deshabitada.

El cura párroco, que era un anciano bondadoso, se puso el manteo y se dirigió hacia el sitio indicado.

—¿Qué hace usted ahí, militar?—le preguntó con cariñoso acento.

Carlos levantó la cabeza.

—¡Ah! ¿Es usted, padre Anselmo?—dijo.—¿Qué he de hacer? Espero á mis padres.

Carlos tenía los ojos enrojecidos.

—Ven, hijo mío, ven,—le dijo el sacerdote;—tenemos que hablar.

El padre Anselmo se apoyó en el brazo del soldado.

—Hablemos, padre, hablemos todo cuanto usted quiera, porque esta soledad que rodea mi casa, este silencio, es para mí terrible.

El sacerdote exhaló un suspiro, y condujo al soldado hasta su casa, diciendo:

—¡Pobre muchacho!

CAPITULO II.

¡Solo en el mundo!

Cuando llegaron á la modesta habitación del cura párroco, el padre Anselmo indicó á Carlos que tomara asiento.

—Hijo mío,—le dijo,—por desgracia, y con gran pena de mi corazón, nada grato voy á decirte. Tus pobres padres...

El cura se detuvo. Carlos fijó una mirada profunda en el rostro del sacerdote.

—Padre capellán,—repuso,—antes que usted me dé la fatal nueva, ya mi corazón la sospecha; no andemos con rodeos: mis padres han muerto, ¿no es verdad?

—Sí, hijo mío; hace tres años dejaron de existir como buenos cristianos, amándote como siempre y pronunciando tu nombre al espirar. Tu buena madre, poco antes de morir, me dijo: «Padre, si algún día vuelve mi Car-

los, dígale usted que ni un solo instante le he olvidado, que he muerto amándole más que nunca, y que rogaré desde el cielo por su prosperidad y ventura. Dígale usted también lo que la buena Angela ha sido para mí durante la enfermedad; que le recomiendo la quiera como á una madre, como me quería á mí, porque difícilmente se hallará en el pueblo una mujer más buena, una amiga más leal, más cariñosa.»

Carlos, con la frente inclinada y los ojos llenos de lágrimas, oía la relación del sacerdote.

De vez en cuándo su pecho exhalaba profundos suspiros, y estas palabras se escapaban de su pecho:

—¡Solo en el mundo!... ¡Solo, cuando yo creía...

—Llora, llora, pobre Carlos,—continuó el sacerdote.—Las penas se desahogan con las lágrimas.

—¡Cómo ha de ser!—murmuró Carlos.—Cuando tomé la licencia, lleno mi corazón de alegría, soñé un porvenir de color de rosa; he llegado á mi pueblo andando noche y día; tanto era mi anhelo por abrazar á mis padres, por ver á mis amigos de la infancia; pero al llegar aquí, el infortunio me sacude un golpe terrible, y me encuentro como el pez fuera del agua. Todo ha desaparecido, todo, señor cura. Yo amaba á una mujer después de mi

madre, y esa mujer también faltó á su juramento. ¡Ah! ¿Por qué me respetaron las balas?

Este grito de desesperación fué el primero que exhaló el pecho de Carlos.

—Hijo mío, olvida á esa mujer; ella faltó á su promesa, ella abandonó el pueblo. ¿Quién sabe la suerte que le está destinada? Tú eres joven, lleno de vida y vigor, y no te será difícil encontrar otra que llene las necesidades de tu alma generosa.

Carlos guardó silencio, y después de una pausa, añadió el sacerdote:

—Tu buen padre consumió en la penosa enfermedad de su mujer todo cuanto poseía; sólo pudo conservar la casita donde naciste.

El sacerdote sacó una llave de un armario, que entregó á Carlos.

Poco después Carlos, abrumado bajo el peso del profundo dolor que oprimía su corazón, salió de casa del párroco.

Tenía necesidad de estar solo, de llorar, y se encaminó á su casa, abrió la puerta y entró.

El patio, antes tan limpio, tan cuidado, se hallaba lleno de yerba; dos ó tres lagartos fueron á esconderse espantados entre las grietas de la desmoronada tapia.

Carlos entró en la sala y abrió la ventana.

El licenciado dirigió en derredor suyo una de esas miradas que encierran un poema de ternura. Allí se encontraban los mismos mue-

bles, la misma cama donde él había nacido y muerto sus padres, la mesa donde aprendió á leer, la Virgen á cuyos piés aprendió á rezar.

Pero el tiempo destructor había pasado impasible por encima de aquellos objetos queridos; todo se hallaba en un estado de ruína fatal, y era que allí faltaba ese soplo restaurador que lucha con el tiempo, que le disputa su presa: el aseo de la mujer hacendosa.

Carlos se quitó el morral y la gorra, y cayendo de rodillas á los piés de la cama, prorrumpió en un amargo y doloroso llanto.

De vez en cuándo Carlos se levantaba, recorría la sala como un loco llamando á su madre, y cogiendo uno de los muchos objetos que le habían pertenecido, los cubría de besos.

Otras veces vaciaba sobre la mesa todo lo que contenía su morral, diciendo:

—Yo traía un regalo para cada uno de aquellos seres queridos, pensando demostrarles con ese recuerdo que los tuve presentes; pero ahora que me hallo solo en el mundo, ¿de qué me servirá todo esto?

Y Carlos se quedaba contemplando los objetos comprados en Madrid con los modestos ahorros del soldado, y que para nada le servían.

Entre estos objetos se hallaba una sortija de oro dedicada á María, y un rosario de filigrana para su madre.

Carlos había hecho tanto gasto de sensi-

bilidad en pocas horas, que se sentía fatigado y sin aliento.

Además, la última jornada había sido larga. El cansancio se apoderó de su cuerpo, y rindiendo tributo á la naturaleza, más poderosa y más exigente en la juventud, se quedó dormido con la frente apoyada en el borde de la cama.

Cuando despertó era de noche. Carlos vió sobre la mesa un velón encendido, una servilleta, una botella de vino, un pan, y tapada con un plato una cazuela que exhalaba un olor agradable.

Sólo la delicada mano de una madre hubiera sido capaz de colocar aquella modesta cena junto al fatigado viajero, respetando al mismo tiempo un sueño tan reparador como el mismo alimento.

Carlos no había comido desde el día anterior: sentía necesidad, pero sentía también vivos deseos de conocer la mano bondadosa que se había acordado de él.

Entonces advirtió que junto al pan se hallaba una carta.

El sobre decía: «Para mi amado hijo Carlos».

El soldado lanzó un grito de gozo, y cogió la carta. Era de su madre, y se puso á leerla á la luz del velón, olvidando los manjares y la debilidad de su estómago.

La carta decía así:

«Carlos de mi alma, hijo de mi corazón: Cuando recibas ésta habré dejado de existir, porque desde el momento en que te marchaste sentí la muerte en mi corazón.

»Cuando cerca de la carretera te envié el último adiós, en él se escapó toda la savia de mi vida, y enferma del alma, fué desde entonces mi cuerpo caminando rápidamente hacia la muerte.

»Voy á morir muy en breve. Dios me perdone, pero creo que deseo llegue mi última hora. Sólo el afán de verte ha prolongado mi agonía un año más; pero ahora ya veo que es imposible, pues ni aun puedo fingir una mejoría para tranquilizar á tu pobre padre, á quien con mis padecimientos estoy asesinando. Mi buen Antonio me quiere tanto, que no puede conformarse con la idea de perderme.

»Ahora, hijo mío, escucha una recomendación que voy á hacerte. Tú eres hombre honrado y pundonoroso; tu padre, aunque pobre, te enseñó lo suficiente para que pudieras pasar entre los hombres como un joven medianamente ilustrado. Con estas circunstancias, sólo Dios sabe el destino que reserva á la criatura, y si algún día tuvieras una posición desahogada, quiero que mires como á tu misma madre á mi buena amiga Angela del Peral. Ella es pobre, muy pobre; su esposo y su hijo son buenos: viven del módico jornal, cuando afortunadamente lo tienen;

pero Angela es tan rica en caridad, que halla siempre ocasión de hacer bien á sus semejantes, y sin embargo, ya te digo que es pobre, muy pobre, hijo mío.

»Por mucho que escribiera no podría explicarte todo lo que ha hecho por mí durante la enfermedad que me conduce al sepulcro. Ella ha sido mi único consuelo; con ella he hablado todos los días de tí, y muchas noches, después de disponer la cena de su marido y de su hijo, como el sueño era rebelde á sus ojos, venía á pasar conmigo esas largas horas creadas por Dios para el descanso y el reposo.

»Angela es una santa; yo la he llamado hermana, y espero que tú la llames madre. No te arrepentirás de ello, hijo mío, yo te lo aseguro.

»Ella te entregará esta carta. No sabe leer, y le tengo prohibido que la enseñe á nadie, porque si supiera los justos elogios que de ella hago, le daría vergüenza entregártela, y quiero evitarle este mal rato.

»Adiós, hijo de mi alma. Ruega por tu madre desde la tierra, como ruega ella por tí desde el cielo, y quiera Dios llegues á ser tan feliz como lo desea tu madre.—*Ana.*»

Carlos besó repetidas veces aquel lamento maternal, guardándolo en el bolsillo de pecho de su uniforme.

Entonces comprendió que la buena Angela era la que durante su sueño había dejado

sobre la mesa la cena y la carta; la única tal vez que en el pueblo se había acordado del pobre Carlos, del solitario licenciado.

Bebió un poco de vino, comió un trozo de pan, y deseando respirar el aire libre del campo, salió de su casa.

Eran las once de la noche. Todos los vecinos se hallaban entregados al descanso. Reinaba en el pueblo un silencio sepulcral.

Carlos se encaminó maquinalmente hacia la ermita de la Virgen del Amor.

La lámpara, alimentada por la caridad de los enamorados, ardía delante de la santa imagen, cuya pequeña capilla se hallaba llena de ramos y de cintas, cariñosas ofrendas que los amantes iban á depositar á los piés de su protectora en un rapto de amoroso entusiasmo.

Carlos rezó arrodillado.

—Santa y piadosa Virgen,—dijo, fijando en la imagen una de esas miradas que encierran un poema de ternura,—tú me has librado de los peligros de la guerra, y yo vengo á cumplir mi palabra; pero ella ha faltado á la suya. Yo te ruego que la perdones. Mi corazón no puede guardarle rencor después de haberla amado tanto.

Y cabizbajo y meditabundo, se dirigió hacia el pueblo.

CAPITULO III.

Los pobres y los ricos.

Angela y Romualdo formaban un matrimonio, sin más fortuna que su trabajo. Tenían un hijo que se llamaba Blas, el cual acababa de cumplir veinte años.

Las primaveras son siempre para los pueblos un motivo de placer y de dolor al mismo tiempo. De placer, porque asoman las amapolas entre el sembrado, anunciando la cosecha y el trabajo; de dolor, porque el rey pide los quintos, y es preciso darle los mozos más sanos y más fuertes que tienen la desgracia de sacar la bola negra.

Marchamalo daba todas las primaveras tres hombres al rey, y por término medio entraban en suerte ocho.

Por lo general, el 1, el 2 y el 3 iban al servicio. Había pocas exenciones. Todos los

mozos disfrutaban de la salud y las condiciones que la ley de reemplazo prescribía.

Blas, el hijo de Angela, había sacado el número 4. Sus padres lanzaron un grito de alegría: se había salvado.

Todo el mundo lo creyó así, y en la casa se celebró la buena suerte convidando á una merienda de callos á los amigos.

Angela, que había ofrecido dos velas al patrono del pueblo si su hijo salía bien, se fué á pié á Guadalajara, distante media legua del pueblo, compró las velas, y se las presentó al santo.

Así las cosas, llegó Carlos al pueblo, como hemos indicado en los capítulos anteriores.

Blas tenía, como todos los mozos, su novia. Se llamaba Rosa, y frisaba en los diez y ocho años. Era una muchacha trigueña y bien parecida, con los ojos negros, el pelo negro y la cintura delgada; se peinaba bien, y era limpia como el agua, pero tan pobre como su novio.

Ahora que recordamos, nuestros lectores han visto ya á la novia de Blas junto á la fuente cambiar algunas palabras con Carlos el día de su llegada.

Desde el momento en que Blas se creyó libre del servicio del rey, comenzó á formar planes risueños con su prometida Rosa.

El hijo del bracero en un pueblo comienza á carecer de todo desde la cuna. La costum-

bre de tantas y tantas privaciones forma en él una segunda naturaleza. Su cuerpo se robustece con el abandono: ni el frío le enerva, ni el calor le agobia. En *el Agosto,* desde las dos de la madrugada hasta las ocho de la tarde trabaja en la era. El sol es abrasador, el poniente le quema el rostro y le seca las fauces; pero no importa: tiende la parva, trilla, aventa el grano, lo mide y coloca en los sacos, masca el polvo mezclado con fuego, derrama sobre la cosecha de su amo parte de su vida, convertida en gotas de sudor, y recibe en cambio seis reales diarios, un pan, un rancho de garbanzos ó patatas y un poco de vino malo, por diez y ocho horas de ímprobo trabajo.

Pero el pobre canta y no desea; dos grandes fortunas del jornalero, que no posee siempre el potentado.

Así los hijos crecen avezándose al trabajo, á las privaciones; en el invierno rompiendo la helada tierra con el arado ó el azadón, en el verano recolectando el grano para formar esa masa sabrosa é indispensable, ese primer alimento de la vida que se llama pan, y que con tanta indiferencia nos llevamos á la boca todos los que no tenemos la costumbre de regar la tierra con el sudor de nuestra frente.

El niño del bracero crece, pues, careciendo de todo. Unas veces va descalzo, otras sin pantalones, y durante el invierno ve entrar

en su pobre albergue muchas veces á su padre con el azadón al hombro y el rostro melancólico, y le oye decir con un acento de sublime resignación.

—Hoy no he encontrado jornal.

La mujer y los hijos saben lo que significan aquellas palabras: un día sin pan, un día sin más amparo que la Providencia, un día largo, interminable, triste y doloroso como el hambre.

El hombre deja el azadón en uno de los ángulos de la cocina, y se sienta junto al apagado hogar; la mujer se levanta, dirige una mirada á sus hijos, suspira y sale de casa.

¿Adónde va? Nadie se lo pregunta. Aquella madre sale á la calle sin más confianza que la Providencia.

A veces regresa con un pan y algunas patatas. Entonces se come para matar el hambre. Otras veces vuelve llorando; nadie ha querido fiarle, y entonces los niños bostezan y los padres devoran en silencio su amargura.

Esta es la vida del pobre jornalero de los pueblos. ¿Cómo podría remediarse esa calamidad abrumadora que se llama la falta de trabajo? ¡Ah! En España, por desgracia, será muy difícil el remedio: los gobiernos tienen otras cosas más importantes adonde acudir.

Por fortuna la caridad, esa primera belleza del corazón humano, salva muchas víctimas de las garras terribles del hambre.

El que esto escribe, prefiriendo la paz de las aldeas al bullicio de las grandes ciudades, hace tiempo que se ha impuesto un destierro voluntario en un modesto pueblo de las cercanías de Madrid, y sabe por experiencia que los ricos, á muy poca costa, podrían hacer la felicidad de los pobres, que tan poco ambicionan.

Pero es cierto también que existen ricos que llevan el corazón forrado con una coraza impermeable, para que no lleguen hasta ellos los lamentos de los pobres; seres despreciables, á quienes todo sobra menos la caridad, ese perfume del alma que tan bella hace la vida; asquerosas criaturas, que tienen en el pecho la lepra del egoismo; ricos miserables, cuyo único goce se reduce á atesorar en la tierra, olvidando ¡insensatos! la fragilidad del cuerpo humano, y que todo el oro del mundo no es bastante para comprar á Dios un solo segundo de vida cuando está decretada la muerte.

Pero continuando la novela, diremos que Blas y Rosa pensaban casarse del mismo modo que se habían casado sus padres, es decir, para trabajar toda la vida, porque en los pueblos el hombre necesita una mujer propia que le lave la ropa, le condimente la comida y le asista si está enfermo. Se casa por una cuestión de economía. En las grandes ciudades puede alquilarse todo por temporadas,

hasta el amor, y el hombre suele pagar á veces muy caros esos alquileres.

Consignados los antecedentes de Blas y de Rosa, vamos á conducir á nuestros lectores á casa de la buena Angela.

CAPITULO IV.

Donde se prueba que el rey no pierde nunca.

Carlos salió muy temprano de su casa, y se dirigió á la de Angela. Era día festivo. Romualdo, sentado en el poyo de la puerta, estaba ocupado en construir un serijo de esparto. Blas arreglaba la cabezada de la burra.

Carlos se detuvo: el padre y el hijo levantaron la cabeza y miraron al soldado con marcadas muestras de curiosidad.

—Buenos días,—dijo Carlos quitándose la gorra.—¿No vive aquí la señora Angela?

—Aquí vive, señor militar. ¿Qué se le ofrecía á usted?—respondió Romualdo.

—Yo soy Carlos, el hijo de la señora Ana y el señor Antonio.

—¡Ah! ¡Diantre! ¿Quién te había de conocer? Pasa, pasa: en la cocina tienes á mi mu-

jer. Me alegro de que llegues á tan buena hora, pues almorzarás con nosotros.

Carlos entró en la casa. Romualdo continuó su trabajo, diciendo en voz baja:

—¡Pobre muchacho! ¡Qué disgusto tan grande habrá tenido cuando haya encontrado la casa sola! Muchas gracias debemos dar á Dios, querido Blas, por haberte librado del servicio del rey.

—¡Ya lo creo!

Sigamos á Carlos.

Angela oyó pasos, volvió la cabeza, y dijo:

—Bien venido seas, Carlos. ¿Has descansado? Vaya, siéntate, hijo mío, sin cumplidos, pues desde hoy debes tener esta casa por tuya.

Carlos se quedó mirando á aquella honrada y cariñosa mujer, á quien su madre tan eficazmente le recomendaba.

—He leído la carta de mi difunta madre, señora Angela.

—Sí. ¡Pobre Ana! ¡Cuánto te quería!

Carlos observó que Angela se enjugaba disimuladamente una lágrima.

—Ya sé que fueron ustedes muy buenas amigas.

—¡Toma! Nacimos en una misma calle: su casa y la mía se hallaban la una enfrente de la otra.

—En la carta se despide de mí. Tenía la

seguridad de no volverme á ver, y me cuenta todo lo que usted hizo.

—¡Bah! Ella hubiera hecho mucho más por mí en iguales circunstancias; en el mundo, hijo mío, los pobres debemos ayudarnos los unos á los otros.

—Dice usted bien; pero, por desgracia, no todos piensan del mismo modo.

—Tanto peor para el que se porte mal, porque después de esta vida queda otra.

Carlos se arrodilló á los piés de Angela, y le cogió una mano.

—¿Qué haces, hijo mío?

Carlos, con los ojos llenos de lágrimas, besó la mano de Angela, diciendo:

—Gracias, señora Angela, gracias por todo el bien que usted hizo á la santa mujer que me llevó en sus entrañas. Si algún día necesita usted hasta la última gota de sangre que hay en mis venas, puede disponer de ella, que yo se la daré con toda voluntad.

—Vamos, vamos, lo que yo quiero es que te tranquilices y que te vengas á vivir con nosotros hasta que pienses lo que vas á hacer con tu cuerpo. Nosotros somos pobres; pero afortunadamente, mi marido y mi hijo tienen ahora trabajo, no les falta el jornal, y por consiguiente, somos más ricos que el rey.

Carlos se levantó, enjugóse los ójos, y quitándose el morral, fué á dejarle sobre la mesa de la cocina.

—Dice usted bien, preciso es conformarse y pensar en el porvenir. Desgraciadamente, no tengo la costumbre de manejar el azadón; pero si no hay otro remedio, si no encuentro en qué ocuparme, soy fuerte y no me asusta el trabajo. El señor Romualdo y Blas me enseñarán lo que no sepa.

Carlos, mientras hablaba, iba sacando algunos objetos del morral.

—Señora Angela,—añadió,—yo traía este rosario de filigrana para mi madre; hágame usted el favor de aceptarle como un recuerdo de aquella que no existe.

Angela cogió el rosario, y después de mirarle con asombro, dijo:

—¡Es de plata!...

—Sí señora, de plata con cuentas de coral y la cruz de nácar.

—Esto es una joya.

—Tratándose de la piadosa mujer que recogió el último suspiro de mi madre, no digo yo de plata, de diamantes que fuera me creería muy honrado regalándosele. Además, aquí traigo dos pañuelos de pita y una petaca con el retrato de Fernando VII. Un pañuelo y la petaca para el señor Romualdo, y el otro para Blas.

Angela estaba absorta: todo aquello le parecía un cuento de hadas.

—¡Pero, muchacho! ¿has venido rico de la guerra?

Carlos se sonrió, y repuso:

—Cuando tomé la licencia me entregaron seiscientos veinte reales que me correspondían de mis ahorros; además, mi capitán don Ricardo Latorre, joven valiente y generoso que sirve al rey más por afición á las armas que por necesidad, pues es inmensamente rico, me regaló dos onzas para el camino. Como me vi dueño de tanto dinero, me dije: «Compra algo para tu madre y para los buenos amigos que dejaste en el pueblo»; y así lo hice.

Y Carlos, exhalando un suspiro, volvió á decir:

—También traía esta sortija para una muchacha que me ofreció esperarme; pero, según me han dicho, se ha marchado del lugar hace tiempo.

—¡Quién sabe si habrá sido un bien para tí!

—Tiene usted razón. ¡Quién sabe!

—Pero ¡qué cabeza la mía!—exclamó Angela.—Es verdad que, hablando de tantas cosas, se le va á una pobre mujer como yo el santo al cielo.

Y Angela salió de la cocina, volviendo á entrar á los pocos segundos.

—Toma, Carlos; tu madre antes de morir hizo que le quitara del cuello esta Virgen del Pilar, y me encargó que te la diera.

Carlos cogió el legado de su madre. Era la Vírgen del Pilar de plata que él le había

enviado desde Zaragoza; la besó, y se la puso al cuello para no separarse de ella nunca.

. . . . . .

. . . . . .

Aquella misma tarde, mientras los mozos y las mozas bailaban en la plaza, Angela y Carlos se fueron al pequeño cementerio del pueblo.

Una modesta cruz de madera indicaba el sitio donde descansaban los restos de Ana.

Angela y Carlos se arrodillaron junto á la cruz y oraron en silencio.

Después de esto, pasaron algunos días. Carlos dormía en la casa de sus padres. Angela cuidaba de su alimento.

—Tengo un hijo más,—decía la buena Angela á los que le preguntaban por Carlos.—Desgraciadamente, no permanecerá mucho tiempo en el pueblo, pues según dice, piensa trasladarse á Madrid á buscar una colocación.

Blas, por otra parte, se había hecho muy amigo de Carlos, y como la juventud es expansiva, le había confiado la sencilla historia de sus amores con Rosa, la muchacha que hemos visto por vez primera junto á la fuente.

Así las cosas, llegó el 24 de Abril de 1808.

Los franceses, vendiéndose amigos, se habían instalado en España. Murat era el rey de Madrid, y Napoleón pensaba el medio de acabar con la raza de los Borbones.

Una mañana se presentó en el pueblo un

pequeño destacamento mandado por un sargento. Venía á recoger los quintos.

En casa de Angela todo era contento, alegría, felicidad. Blas, que había sacado el número 4, y que por consiguiente se hallaba exento del servicio, soñaba en su próximo casamiento, y comunicaba á Carlos todos sus pensamientos.

La presencia de los soldados y los reclutas causó algún sobresalto á la población; pero todos los años sucedía lo mismo.

Blas y Rosa se encontraron por casualidad en la plaza. Era domingo, y comenzaron á hablar de los pobres quintos, que debían marcharse al día siguiente.

Todo el mundo tenía por cierta una guerra sin cuartel con los franceses, que traidoramente se habían apoderado de España, y á los que era indispensable arrojar de ella.

El hoñor nacional lo exigía, y los ánimos se hallaban dispuestos á efectuar el levantamiento, que comenzó en Asturias pocos días después.

De pronto se oyó el redoble del tambor.

Rosa y Blas suspendieron la conversación.

Una voz sonora y robusta, pero terrible al mismo tiempo para los enamorados, llegó hasta sus oídos.

He aquí lo que aquella voz decía:

«De orden del rey, á quien Dios guarde, mando que los tres mozos á quienes cupo la

suerte de soldado se presenten mañana á las seis de la mañana en la Plaza Mayor, dispuestos á marchar; advirtiendo, que como la Junta de Sanidad de Guadalajara ha dado por inútil al número 3, irá en su lugar á reemplazarle el número 4. Lo que participo á este honrado vecindario para su inteligencia. ¡Viva el rey!»

Un rayo del cielo, caído á sus piés, no hubiera producido más efecto á Blas y á Rosa que el bando que acababan de escuchar.

Rosa, pálida y trémula, se quedó mirando á su novio, que inmóvil y con los ojos inmensamente abiertos, no se atrevía á dar crédito á lo que acababa de escuchar.

—¿El 3 inútil?—exclamó por fin.—¿Inútil un mocetón que me lleva una cuarta?

—Eso no puede ser, Blas.

—¡Ah! Sí, sí que puede ser, querida Rosa, porque Tadeo es hijo del escribano, y habrá hecho una trampa para salvarle.

—Pero el rey no debe consentirlo,—repuso con ingenuidad la joven.

—El rey no sabe nada. El rey ignora que en los pueblos, como en las capitales, sólo van á servirle los pobres, porque los ricos siempre están inútiles. Pero esto es una infamia que no tiene remedio, y que me obliga á coger el fusil y á separarme de mi madre y de tí, á quienes tanto amo.

Y Blas, sintiendo que las lágrimas iban

á brotar á torrentes por sus ojos, se dirigió á su casa precipitadamente.

Rosa estaba tan aturdida, que ni le vió partir.

Cuando después de un momento se quitó el delantal de los ojos, en vez de encontrar delante de ella á Blas, vió á Carlos, que la miraba silenciosa y tristemente.

CAPITULO V.

El que siembra recoge.

—¿Lloras, Rosa?—le preguntó Carlos.

—¡Ay, señor Carlos! ¿Qué quiere usted que haga una pobre muchacha que ama con todo su corazón á un hombre, y el rey viene con sus manos lavadas y se le lleva?

—¿Conque tanto amas á Blas?

—¡Ya lo creo! Lo que nos sucede es una picardía. Estábamos muy confiados en que no *iba*... y ahora nos dicen de pronto que *va*.

—Sí, he oído el bando, y todo el pueblo se halla indignado contra el escribano y su hijo.

—Porque todo el pueblo sabe que se ha cometido una infamia con nosotros.

—Desgraciadamente, en estos tiempos que alcanzamos, esa infamia quedará impune.

—¿Y tendrá que ir Blas á la guerra?

—Sí, hija mía

—¿Y le matará una bala?

—Eso ya es harina de otro costal. No todas las balas dan en la carne; y la guerra, que es para unos la muerte, es para otros la fortuna.

—¡Bah! ¡Buena fortuna hará Blas en la guerra! ¡El, que no tiene valor para pegar á un perro! Sí; me dice el corazón que le matarán, y entónces yo me moriré de pesadumbre, y se morirá su madre y su padre, que tanto le quieren.

Carlos oía con placer á la ingenua lugareña, que tan sencillamente manifestaba los afectos de su corazón.

—La pobre Angela tendrá hoy un mal día,—dijo Carlos.

—Y mañana también,—repuso Rosa,—y siempre, hasta que se muera de pena, como se murió la madre de usted, ó vuelva su hijo, lo cual es muy difícil.

Estas palabras hirieron vivamente el corazón de Carlos.

—Vaya, Rosa, estoy entreteniéndote. Buenos días, y procura tranquilizarte, que Dios no olvida á los justos.

Carlos se dirigió á casa de Angela. Aquella madre sabía ya la fatal noticia, y sus ojos se hallaban rojos é hinchados de llorar.

Romualdo también lloraba, y Blas, sentado en el rincón más oscuro de la cocina, parecía una estatua; tal era su inmovilidad.

—Ya lo sabrás, Carlos,—le dijo Angela.—Está visto que los pobres perdemos siempre. He ido á ver al alcalde, á enterarme de todo; ¿y sabes lo que me ha dicho? Que los médicos habían dado por inútil á Tadeo, el hijo del escribano, porque es muy corto de vista. ¡Ah! ¡Qué infamia tan grande llevarse á mi pobre Blas, que es tan bueno, tan inofensivo, y ahora que tanto ayudaba á su padre! ¡Vamos, es una picardía!

Angela se cubrió el rostro con el delantal, y continuó llorando.

—Por más que llores, aunque viertas más lágrimas que gotas de agua trae el río, todo será inútil,—dijo Romualdo con voz agitada y bronca.—¡Valiente caso hace esa gente del dolor de una madre! Necesitan á su hijo para llevarle al matadero, le cogen, y buenas noches. Después de todo, bien merecido nos está lo que nos sucede; el pobre debe bajar la cabeza y decir amén á todo, y si no, haber nacido rico, ó robar hasta serlo, dejando á un lado los escrúpulos de conciencia.

—No digas eso, Romualdo, que Dios nos oye,—añadió Angela.

El aldeano se encogió de hombros, porque la amargura de su corazón era tanta, que sin saberlo, le conducía al ateismo.

—Pues yo le digo á usted, madre,—repuso Blas levantando la cabeza y descargando un terrible puñetazo sobre la pared,—que al mo-

zo más cariñoso, más sufrido, de carácter más tenaz: tanto le pinchan, tanto le inquietan á veces, que se torna bravo y terrible; y juro por mi nombre que he de vengarme del pícaro escribano.

—Pero ¡Dios mío! ¿os habéis vuelto locos? exclamó Angela.—¿Por qué dices eso, hijo mío?

—Porque si llego á ir á servir al rey, si me hacen esa mala partida, desertaré, vendré al pueblo y... ¡pobre entonces de Tadeo y de su padre!

—¡Jesús María! No digas eso, ni aun en broma, Blas. Tú serás siempre bueno, como lo has sido hasta hoy.

Y ante la idea de que su hijo realizara la amenaza, se puso pálida y temblorosa.

Carlos escuchaba en silencio el doloroso diálogo de la honrada familia, hasta que creyó oportuno tomar parte del modo siguiente:

—Si el hijo del escribano no es efectivamente corto de vista, Blas puede reclamar.

—¡Valiente caso harán de la reclamación de un pobre cavador!—repuso Romualdo.

—Yo no quiero reclamar. Todo el pueblo sabe que se me hace una injusticia; pero no es la primera, ni será la última. Perdería el tiempo inútilmente. Iré á servir al rey, pero me vengaré, y suceda lo que Dios quiera.

—¡Sólo esto me faltaba para aumentar mi amargura!

Y los lamentos de la madre crecían de un modo desesperado.

Romualdo se levantó y se puso á pasear; Angela continuó llorando; Blas, inmóvil. En cuanto á Carlos, contemplaba en silencio á aquella familia, acariciándose el bigote y sonriéndose como deben hacerlo los ángeles en el cielo.

Indudablemente en el noble y generoso corazón de Carlos se abrigaba una idea grande, sublime.

Aquella misma tarde Carlos fué al cementerio, se arrodilló junto al sepulcro de su madre, y rezó mucho.

Al levantarse dijo:

—¡Adiós, madre mía! Voy á separarme de la tierra bendita que cubre tus restos, pero el deber y la gratitud así lo ordenan. Pronto sabrás cómo paga tu hijo las deudas que tú dejaste en este valle de lágrimas.

Al oscurecer, Carlos se dirigía hacia el valle donde estaba la ermita de la Virgen del Amor.

Antes de llegar vió una amante pareja tan embebecida en su amorosa plática, que no repararon en él.

Carlos los reconoció: eran Blas y Rosa. Se detuvo, y se ocultó detrás de un árbol.

Trascurrió una hora. Carlos les espiaba sin ser visto. Blas y Rosa, arrodillados delante de la santa imagen, continuaron dulce-

mente entrelazados, poniendo en ella toda su confianza.

Los ojos de Carlos se hallaban humedecidos. Aquella escena le recordaba su despedida de María.

Cuando los amantes se levantaron, cuando les vió depositar el ramo de violetas á los piés de la Virgen, prueba de que iban á regresar al pueblo, se levantó y les salió al encuentro.

—Buenas noches,—les dijo.

—¡Ah! ¿Es usted, señor Carlos?—contestó Blas.

—Venimos de jurarnos amor eterno delante de la Virgen protectora de los enamorados,—dijo Rosa.

—Ya lo supongo. ¿Y estás tú resuelta á cumplir el juramento?—preguntó Carlos.

—Que me castigue la Virgen si falto á él.

—Eso me gusta. Pero, hija mía, todas las que juran no guardan fe al juramento.

—A ésas Dios las castiga.

Blas callaba.

—¿Y qué dices tú?—le preguntó Carlos.

—Yo... ¿qué quiere usted que diga? Que durante mi ausencia seguiré amando á Rosa, y cuando vuelva, si vuelvo, me casaré con ella.

Y se restregó los ojos para enjugarse las lágrimas.

—Vaya, tened confianza en la protectora

de los enamorados, y dormid tranquilos. Buenas noches.

—¡Qué! ¿No sube usted al pueblo?—le preguntó Rosa.

—A los enamorados hasta los pájaros les estorban. Id delante, que ya voy yo.

Carlos se quedó solo. La noche estaba serena, tranquila. La luz suave de la luna se quebraba entre las movibles hojas de los árboles; la brisa nocturna esparcía por el ambiente el saludable perfume de los montes.

Carlos se sentó sobre una piedra. Aquella soledad, muy parecida á la de su alma, le era grata. La vida de los recuerdos, á la que se hallaba entregado, descendió á su mente, y con los ojos del espíritu imaginóse ver seres queridos que no existían para él, pero que no los olvidaba nunca, que los tenía siempre muy presentes.

En estos dulces sueños de la imaginación, el alma parece abandonar al cuerpo y remontarse á otras regiones menos materiales que las que huella el pié del hombre en la tierra.

El tiempo trascurre con increible rapidez: la hora tiene apenas la duración del minuto.

Carlos soñaba despierto. Veía á su lado á la perjura, á la infiel amante, jurándole de nuevo amor eterno y disculpando con palabras amorosas su traidora conducta.

Los corazones generosos, siempre predispuestos al perdón, olvidan con facilidad los

agravios, cierran los ojos al pasado, y arrastrados por la sensibilidad, sucumben ante los halagos del presente.

Carlos llegó á creer en sus sueños que María era inocente. Si en aquel instante se hubiera presentado, si le hubiera dicho la más insignificante palabra para disculparse, la hubiera perdonado y amado con loco amor.

Pero ¡ay! allí sólo estaban él y la imagen de la Virgen, alumbrada por la modesta luz de la lámpara.

Serían las diez de la noche. Carlos abandonó el valle. Cuando llegó al pueblo, se detuvo delante de una casa cuya puerta se hallaba abierta.

Allí estaba alojado el sargento reclutador.

—Buenas noches, camarada,—le dijo Carlos, entrando en la cocina.

El militar, que estaba concluyendo de cenar, contestó:

—Buenas y felices, compañero. ¿Viene usted á echar un trago conmigo á la salud de la patria?

—¿Y por qué no?

—Entonces, tome usted asiento y bebamos.

Apurado el primer vaso de vino, Carlos indicó al sargento que tenía que hablar con él en secreto.

Los dos militares pasaron á un pequeño cuarto y permanecieron como una hora encerrados.

Cuando Carlos salió, el sargento, que le acompañó hasta la puerta, dijo estrechándole la mano:

—Hasta mañana, compañero.

—Hasta mañana, mi sargento,—contestó Carlos sonriéndose.

. . . . . .

. . . . . .

Al día siguiente, el redoble del tambor reunió á todos los vecinos de Marchamalo.

Entre ellos se hallaban Angela, Romualdo, Blas y Rosa.

La madre y la novia, llorosas y tristes como la Magdalena al pié del Calvario; el padre y el hijo, cejijuntos y taciturnos.

En algunos corrillos se comentaba la infamia que se había hecho á Blas, diciendo sin ningún rebozo que el escribano era un tunante.

Carlos conversaba amistosamente con el sargento; parecía alegre, casi indiferente á las lágrimas de la amiga de su madre. Nadie se fijó en que Carlos llevaba un morral puesto á la espalda y un palo en la mano.

Llegó el alcalde, acompañado del ayuntamiento, para hacer la entrega. El sargento hizo seña al tambor, y éste tocó un redoble.

Al último eco de la caja siguió un silencio sepulcral.

El alcalde se adelantó con un papel en la mano, y leyó en voz alta:

—Número 1, Juan Bautista Trillo y Grau.

—Aquí está,—contestó un mozo enjugándose las lágrimas.

El alcalde hizo seña con la vara de que se pusiera al lado del sargento.

—Número 2,—repitió,—Pedro Fender y Rubio.

—Presente,—contestó otro mozo de alegre semblante.

Y dando un salto, fué á colocarse al lado de su compañero.

—Número 3, exento por inútil. En su lugar,—repuso el alcalde,—número 4, Blas Centeno del Peral.

Blas iba á decir *presente,* cuando una mano cayó sobre su boca. Esta inesperada caricia le hizo volver la cabeza con mal humor, y se encontró á su lado á Carlos, que le miraba sonriéndose.

—Vuelve la tranquilidad al pecho, querido Blas. Si el escribano te ha jugado una mala partida por salvar á su hijo, yo por salvarte á tí iré á servir al rey en tu lugar.

Angela, que al comenzar el alcalde la lectura se había arrojado llorando en los brazos de Rosa, tan grande era su dolor, no había oído las palabras de Carlos.

Blas, por su parte, le miraba estupefacto.

—Señor alcalde,—dijo Carlos,—borre usted el nombre de Blas, y ponga en su lugar el mío, porque yo soy su sustituto.

—¡Cómo! ¿Vas tú á servir por él?—preguntó admirado el alcalde.

—Sí; pago una deuda sagrada, que mi madre me agradecerá desde el cielo.

—Pero ¿lo has pensado bien?

—¡Diantre!—contestó Carlos riéndose.—Pregúnteselo usted al señor sargento, que admite el cambio de buena voluntad.

—Y daría dinero encima—dijo éste—por tener á mis órdenes reclutas tan veteranos como mi camarada Carlos.

Mientras tanto, todo el mundo se había apercibido de tan inesperado acontecimiento. Blas, loco de alegría, corrió adonde estaban su madre y su novia.

—¡No hay que llorar, madre mía!—gritaba.—¡Basta de lágrimas, querida Rosa! ¡Ya no voy! ¡ya no voy! ¡Viva Carlos!

Angela creyó al pronto que su hijo había perdido el juicio; pero de este nuevo sobresalto le libraron las aclamaciones del pueblo entero, que rodeaba y abrazaba á Carlos.

Cuando Angela y Romualdo estuvieron completamente enterados del rasgo sublime de Carlos, cayeron de rodillas á sus piés, y besándole las manos y cubriéndole de lágrimas, quisieron demostrarle su gratitud; pero el gozo embargaba sus almas, y no encontraban palabras.

Carlos levantó á Angela, la abrazó respetuosamente, y dijo en voz baja:

—El que siembra recoge; así lo ha dispuesto la Providencia. Usted fué buena y caritativa con mi madre, y ella me manda que lleve á cabo este pequeño sacrificio. Sean ustedes tan felices como yo deseo; que se casen los muchachos, y cuando en las largas y heladas noches de invierno se hallen ustedes reunidos en familia alrededor del hogar, dediquen un pensamiento á este pobre soldado, á quien el rigor de la suerte dejó solo en el mundo.. Y tú, Blas, ven y dame un abrazo; en todos los actos de tu vida toma por modelo á tus padres, y ten la seguridad de que Dios no ha de abandonarte.

Carlos sacó del bolsillo una pequeña cajita que contenía la sortija que, lleno el corazón de ilusiones, había comprado para su prometida, y añadió:

—Toma; ya tienes sortija para el día que te cases; guárdala como un recuerdo de tu hermano del corazón.

Rosa, aunque doncella y joven, olvidando la reserva que se debía á su sexo, se arrojó en los brazos de Carlos y le dió un beso en la mejilla.

Blas no tomó á mal esta expansiva manifestación del agradecimiento.

Todos rodeaban á Carlos; todos los ojos se hallaban humedecidos, porque tanta generosidad conmovía hasta los corazones más indiferentes.

Carlos, agobiado, conmovido, hizo una seña al sargento, y dando un adiós general, se dirigió, en medio de los soldados, hacia el camino.

Algunos curiosos le siguieron. Angela, Rosa, Romualdo y Blas corrieron á la iglesia, y arrodillándose delante del altar de Jesús Nazareno, le pidieron con el fervor del verdadero agradecimiento que protegiera la vida del noble soldado que con tan sublime abnegación les devolvía la paz al espíritu y la tranquilidad al alma.

CAPITULO IV.

El 16 y el 19 de Julio de 1808.

Murat había triunfado en la sangrienta jornada del Dos de Mayo; la sangre española corrió por las calles de Madrid; los fusilamientos en masa tenían aterrada á la población, pero cada gota de sangre iba á convertirse en un torrente.

Los gritos de *¡Independencia!* y *¡Mueran los franceses!* resonaron amenazadores en todos los confines de la Península.

Los soldados de Napoleón ya no eran los aliados, eran enemigos implacables á quienes se les iba á hacer una guerra de exterminio, sin cuartel.

El coloso del siglo, el vencedor de Europa, había arrojado la careta; pero la orgullosa águila de sus victoriosas banderas iba á plegar las alas ante el soplo abrumador de la derrota.

Asturias fué la primera que lanzó el grito de independencia, y ondeando en sus montañas el pendón de la libertad, reunió á su sombra todos los que sentían arder en su pecho el santo amor á la patria para arrojar á los invasores, como antes los habia agrupado Pelayo para arrojar á los mahometanos.

En pocos días se levantó terrible y amenazador el pueblo español como si fuera un solo hombre. Por todas partes se alcanzaban victorias, se sufrían reveses; pero el entusiasmo y el amor á la independencia echaba más hondas raíces en el corazón de los españoles.

Los aguerridos generales de Napoleón, los soberbios hijos de San Luis, creyeron al principio, viendo nuestros batallones sin uniformar y sin armas regulares, que todo se reducía á dar un paseo triunfal por España; su confianza les costó cara.

Dupont, después de la toma de Córdoba, donde sus soldados cometieron actos de barbarie y vandalismo indignos de un ejército civilizado, soñaba con obtener de Napoleón el bastón de mariscal, sin advertir la terrible tempestad que se formaba sobre su cabeza, sin apercibirse de que en Cádiz el almirante Rosselly entregaba á los españoles toda la armada francesa anclada en el puerto. Pero preciso fué que despertara de aquel sueño halagador: el huracán bramaba en torno suyo, y las primeras ráfagas le azotaban el rostro.

No nos detendremos en describir la situación en que este lugarteniente del emperador se hallaba. Entremos de lleno en la madrugada del 16 de Julio de 1808.

El sol de la bella Andalucía va á iluminar nuestro cuadro; las claras aguas del Guadalquivir regarán el campo, cubierto de sangre y de cadáveres, por donde va á pasar nuestra imaginación.

Serían las cuatro de la mañana. La división del general español Reding, la mayor parte compuesta de soldados bisoños, cruzaba en silencio el Guadalquivir, á corta distancia del vado llamado del Rincón.

Una columna francesa, al mando de Ligier-Belair, se hallaba situada en Menjíbar.

Los soldados españoles cruzaban el río con el agua hasta los muslos, alegres y tranquilos, y aunque deseaban entrar en fuego, el mayor silencio reinaba en las filas.

El regimiento de Antequera, creado nuevamente y que aún no había entrado en fuego, ardía en deseos de probar sus fuerzas con los franceses. Formado de voluntarios y oficiales y sargentos del ejército, cruzaba el río con esa confianza que da la juventud y el valor.

Un capitán que tendría veintiséis años de edad, de rostro noble y hermoso y expresión bondadosa, caminaba al frente de su compañía, conversando en voz baja con un soldado

que ostentaba dos condecoraciones en el pecho.

—Has hecho muy mal,—decía el capitán.—Desde el momento que te incorporaron al nuevo cuerpo de Antequera; desde que supiste que yo mandaba una compañía, debiste buscarme; yo hubiera hablado al general Reding, y se te hubiera concedido el grado de sargento, que legítimamente tienes ganado.

—La guerra ha comenzado, y creo que no ha de faltarme ocasión donde hacer algo de provecho; lo único que deseaba era estar en la compañía que usted manda, y ya lo he logrado.

—Lo que yo no me explico, querido Carlos, es qué diablos de ventolera te ha dado para volver al servicio. Cuando nos hallábamos en Canarias contabas los días, soñabas con tu licencia absoluta, y á los dos meses de cogerla te vuelvo á hallar en el ejército de Andalucía.

—Esa es una historia muy larga, capitán, que ya contaré á usted en otra ocasión, porque parece que ya se va enredando la cosa.

Y efectivamente, las guerrillas avanzadas comenzaban á molestar al enemigo.

El día amaneció.

El capitán don Ricardo de Latorre, de quien tendremos ocasión de ocuparnos en el trascurso de este relato, estrechó familiarmente la mano de Carlos, y dijo:

—¡Buena suerte, Carlos! Espero que en el combate animarás con tu ejemplo á los reclutas de la compañía.

—Vienen aquí buenos muchachos, capitán; sobre todo, grandes tiradores adiestrados en Sierra-Morena, y cuando hacen fuego les gusta más la carne de los generales que la de los soldados.

—A tu puesto, pues, y ¡viva España!

El capitán fué á colocarse al frente de la compañía; Carlos entró en las filas.

En aquel momento pasó al galope, seguido de algunos ayudantes, el valiente y experto mayor general don Francisco Javier Abadía.

Carlos le oyó decir:

—Nuestros antepasados vencieron aquí á los moros, y nosotros venceremos á los franceses. Hay sitios de buen agüero.

El fuego se hizo general. Los tiradores, ocultos entre las matas, causaban grandes destrozos en las filas francesas.

El general Ligier-Belair, después de una tenaz resistencia, se vió desalojado de todas sus posiciones de Menjíbar, retirándose precipitadamente hacia Bailén.

Gobert, el general joven que tanta admiración y entusiasmo inspiraba á los soldados franceses, corrió desde Bailén á socorrer á su derrotado compañero.

Gobert dirigía el ataque al frente de sus

huestes en el célebre *Campo de Matanza*, campo de glorioso recuerdo para España, donde en 1212, un lunes 16 de Julio, los reyes de Castilla, Aragón y Navarra destrozaron las falanges mahometanas mandadas por su emir Mohamet-el-Nazar.

Carlos se hallaba con su compañía emboscado detrás de unos matorrales. De pronto la hermosa y militar figura del joven general Gobert apareció delante del punto de su fusil, hizo fuego, y el caudillo francés, inclinando el cuerpo hacia atrás, cayó del caballo.

Los que le rodeaban lanzaron un grito de dolor. Gobert había recibido un balazo en medio de la frente. Carlos le vió caer y se dijo:

—¿Habré sido yo su matador? En tal caso que Dios me perdone.

Y cargó de nuevo el fusil.

El campo quedó por los españoles. Dupont, en vista de este descalabro, comenzó á sospechar que no sería tan fácil la pacificación de Andalucía.

Aquella noche los oficiales de la división española comentaban la coincidencia extraña del Campo de Matanza, donde había muerto el general Gobert, recordando algunos eruditos la batalla memorable de las Navas de Tolosa, precisamente en 16 de Julio, y la terrible matanza de moros que dió el nombre de *Campo de Matanza* á aquel sitio.

Pero este combate no era mas que el prólogo del bochornoso drama que á Francia tenía reservadá la suerte en los campos de Bailén.

Tres días después, 19 de Julio, bajo un sol abrasador, los soldados españoles y franceses se disputaban la posesión de una noria, situada más abajo de una almazara ó molino de aceite.

La sed devoradora que abrasaba las fauces era más temible para los combatientes que las balas y las bayonetas de los enemigos.

Cuando un grupo de soldados conquistaba la noria, la defendía con la rabia de la desesperación. Mientras dos de ellos se cogían al árbol giratorio para sacar agua, los demás se arrojaban de bruces sobre el codiciado líquido, dejándose matar con tal de satisfacer la terrible necesidad que los volvía locos.

Los cadáveres iban formando montón en derredor de la noria. Un oficial español, con la espada rota, el rostro ensangrentado, el uniforme hecho girones, luchaba desesperadamente por llegar á la noria.

La sed le devoraba, y á juzgar por la rabia con que se defendía de tres franceses que le atacaban, podía creerse que prefería la muerte á abandonar aquel sitio, á tanta costa conquistado.

De pronto, uno de sus enemigos descargó sobre él su fusil. El oficial cayó al suelo; su

muerte era inevitable. Pero en aquel momento se presentó un soldado español; mató á uno de los tres de un tiro disparado á quemarropa, derribó á otro de un bayonetazo, y volviendo el fusil, descargó con la culata un terrible golpe al tercero.

Aquel soldado era Carlos, que defendía á su capitán Latorre.

—¡Animo, capitán, que aún estoy yo aquí!—le dijo.

El capitán no respondía: se hallaba, por decirlo así, enterrado bajo un monte de carne humana.

Carlos separó los cuerpos de los soldados muertos ó heridos, pero que no daban señales de vida, cargó con el cuerpo de su capitán, le condujo hasta el molino, y le dejó en uno de los oscuros ángulos de aquel local, donde se oían los lastimeros lamentos de otros heridos que allí se hallaban.

—¡Ah! ¡Me muero de sed, Carlos!—dijo el capitán.—Todas tus fatigas han sido inútiles; debías haberme dejado en la noria: ya habría acabado todo para mí.

—¡Animo, capitán! Dentro de pocos minutos habré dejado de existir, ó tendrá usted agua. ¡Qué diantre! Para salvar á usted he matado tres ó cuatro *franchutes;* para traer agua mataré una docena, si es necesario.

Y Carlos, armado de su fusil, salió precipitadamente del molino.

La lucha continuaba en la noria, que estaba entonces en poder de los franceses. Carlos reunió doce ó catorce soldados españoles, y colocándose al frente de ellos, desalojó á la bayoneta á los enemigos, ó por mejor decir, se dejaron matar antes que separarse de la noria.

—¡Ea, muchachos!—les gritó Carlos.—Bebed todo cuanto os dé la gana, y de prisita, antes que vengan otros perros rabiosos á disputaros la presa; pero reclamo un arcaduz lleno para mi capitán, que se halla gravemente herido en la inmediata almazara.

Y Carlos, cortando con el sable la tomiza que sujetaba á la cuerda uno de los arcaduces, lo llenó, diciendo:

—Ahora, el francés que quiera quitármele será preciso que me mate antes.

Y se dirigió á la carrera hacia el molino.

—Vamos, capitán, soy hombre de palabra,—le dijo aproximándole el arcaduz á la boca.

El capitán bebió con avaricia, respirando de vez en cuándo con indecible placer. Cuando quedó saciada su sed devoradora, fijó los ojos en Carlos de un modo agradecido, y cogiéndole la mano, le dijo:

—Desde hoy serás mi hermano; te debo más que la vida... no he de olvidarlo.

Carlos besó aquella mano que tan amorosamente estrechaba la suya, y dijo:

—Aún no lo he hecho todo: usted necesita un físico que le cure las heridas, y es preciso que yo le traiga.

Cuando Carlos salió, el fuego había cesado.

—¿Qué ocurre?—preguntó Carlos á un veterano que con la cabeza vendada se dirigía hacia el molino.

—Ocurre que concedemos una tregua á los franceses para que elijan entre ser degollados ó entregarse á discreción. ¡Oh! ¡Qué gran jornada!

—¿Y la ermita de San Cristóbal?

—¡Oh! La ermita ha sido hoy la niña mimada: en derredor de ella se ha batido bien el cobre; pero al fin quedó por nosotros, porque es justo que San Cristóbal prefiera á los españoles á esos franceses que ni creen en Dios ni en el diablo, y que lo mismo les importa saquear una iglesia que una bodega.

—Pero ¿crees tú que los franceses no habrán pedido esa suspensión para reponerse ó esperar algún refuerzo, y luego atacar con más coraje?

El cabo se llevó la mano al bigote para acariciárselo, y haciendo una mueca expresiva, contestó:

—¡Valiente caso harán Reding, Coupigni y Castaños de que los franceses quieran continuar la batalla, cuando la zorra tiene las dos manos cogidas entre los dientes del cepo de hierro! Por mucho que desee morder, no le

queda otro remedio que entregarse á discreción al alimañero. Además, los franceses no son tan tontos, y preferirán la vergüenza de entregarse á discreción, á ser degollados.

—En verdad, camarada, que me alegraría que esta memorable batalla tuviera el desenlace que esperas.

—¡Vaya si lo tendrá! Ya todos los muchachos se entretienen en cantar el *gori gori* á los soldados de Dupont.

—De modo que con un par de golpes como el de hoy,—añadió Carlos,—nos veremos limpios en España de esa polilla.

—Amigo mío, aún nos falta el rabo por desollar; pero poco á poco se irá matando el piojito, como dicen las viejas. De todos modos, no estarán mucho tiempo por aquí.

—¡La del humo!—exclamó Carlos.

—Camarada, toca estos huesos y recibe la enhorabuena, por haber salido de este fandango con el pellejo entero.

—Lo mismo digo.

Los dos soldados se estrecharon cordialmente la mano.

Carlos regresó á la ermita, donde se hallaba su capitán.

El cabo se encaminó cantando un aire andaluz hacia la noria, adonde estaba descansando su compañía.

. . . . . .

La batalla de Bailén arrancó á Napoleón

un grito de rabia. El gran ejército, los invencibles de Europa, firmaron en Andújar el 22 de Julio una capitulación deshonrosa, y más de veinte mil franceses depusieron las armas á los piés de nuestros bisoños soldados.

Dupont entregó su espada al general Castaños.

Más de dos mil franceses murieron en los campos de Bailén, y el número de heridos fué inmenso; y ¡cosa admirable! el ejército español sólo tuvo doscientos cuarenta y tres muertos y setecientos heridos.

Tan completa victoria tenía algo de *Las Mil y una noches:* parecía inverosímil. El ejército francés, con grandes generales, oficiales experimentados, soldados aguerridos, artillería completa, y sobre todo una diestra y valiente caballería, se vió vencido por el ejército español, mal vestido, peor armado, sin disciplina, sin la concordia y la unión que tan buenos resultados ofrece en el combate; pero no: los españoles que tan grande hazaña llevaron á cabo en aquel día memorable, careciendo de todo, lo tenían todo, pues luchaban por su independencia, por sus hogares profanados.

Un historiador tan eminente como parcial, Mr. Thiers, desfigurando los hechos, ha querido quitar á España en Trafalgar y Bailén gran parte de su gloria; pero todo su genio, toda su habilidad ha quedado tan

derrotada como Dupont en Andalucía, ante el sol resplandeciente de la verdad, que lo ilumina todo.

El frío de Rusia y el rudo valor de los españoles prepararon la tumba al coloso de Europa, al gran Napoleón: esa tumba se llama *Waterloo*.

CAPITULO VII.

Los hermanos de la Paz y Caridad.

Los franceses, cargados de botín, como bandidos que abandonan una casa después de despojarla, salieron por fin de Madrid el 26 de Mayo de 1813, seguidos de un numerosísimo convoy de coches, calesas, carrozas y acémilas.

El general Hugo, padre del célebre poeta francés del mismo nombre, mandaba el convoy. El rey *Pepe Botellà* abandonaba, con gran alegría de los españoles, el palacio de Madrid, en donde había soñado que una corona se ceñía á su frente.

Pero seremos justos, aunque no lo fueron con nosotros los historiadores franceses.

Desde el momento que José Bonaparte entró en España comprendió que sólo reinaría en el terreno que pisara, como monarca impuesto por la fuerza de las bayonetas.

Más de una vez escribió á su hermano Napoleón dándole cuenta de sus temores, y le decía: «La conquista de este país indómito nos costará muchos millones y muchos miles de hombres».

Pero Napoleón miraba la Europa como una gran herencia, y no pudiendo por sí solo administrarla en su provecho, quiso dar participación á su familia, olvidando que las naciones tienen sus límites formados por la naturaleza, y que los conquistadores que, escudados en su fortuna y renombre, se atreven á traspasarlos, tarde ó temprano regresan derrotados á su patria llorando en silencio su torpeza, maldiciendo su ambición.

Mas continuemos nuestra narración.

Multitud de curiosos contemplaban el desfile del interminable convoy, apostrofando en voz baja á los soldados que le custodiaban, porque á nadie cabía duda de que allí se llevaban los franceses las más preciosas joyas de los museos de España. Díganlo, si no, *El Paralítico* de Murillo, robado por el mariscal Soult, y vendido más tarde por su familia en cuatrocientos sesenta y cuatro mil reales vellón; *La Oración del huerto, La Escuela del amor,* y una *Sacra familia* de Correggio, que arrebató Murat á los museos de Madrid; *La Venus* del Tiziano, que se llevó José Bonaparte. Pero ¿á qué cansarnos en referir lo que tan escandalosamente, en

mengua del ejército francés, consignan las historias y recuerda con indignación Europa? Madrid, Zaragoza, Valladolid, Burgos, Toledo, el Escorial y otras muchas poblaciones fueron entonces saqueadas. Sólo Suchet, hombre honrado y de carácter justiciero, impidió en Valencia á sus tropas el saqueo de los templos y los museos; por eso en el corazón de los españoles queda aún un recuerdo de gratitud y admiración, de respeto, hacia aquel general francés.

—Vayan con Dios,—decía una vieja,—y no vuelvan más esos perros, que trabajo les doy, y no poco, si llegan á Francia con los huesos sanos.

—Muchas leguas les quedan que andar, abuela, y por el camino hay gente dispuesta á quitarles el apetito y el sueño,—repuso un manolo que picaba un cigarro con gran calma, mirando, ora á la navaja que tenía en la mano, ora á los franceses que pasaban por junto á él.

—Como no vuelvan más...—dijo un tercero.

—Y si no, que vuelvan,—añadió el manolo;—pero creo que no les quedará gana de semejante cosa, á calcular por lo bien equipados que se marchan.

—Dices bien, hijo mío,—objetó la vieja,—porque alguno de esos herejes se lleva á *París de Francia* hasta los chismes de cocina de sus patrones.

—¿Quién sabe si iremos nosotros por allá á recoger lo que nos pertenece?

—¡Dios te oiga!

. . . . . .

. . . . . .

Mientras las tropas francesas salían por la puerta de San Vicente, dirigiéndose al Guadarrama, paso que debía presentar no pocas dificultades al general Hugo, penetraban en Madrid las valientes partidas guerrilleras que acechaban la retirada de los franceses.

Una de estas guerrillas, compuesta de cien hombres, pertenecía al cuerpo de ejército del conde de La Bisbal, y estaba mandada por el comandante don Ricardo de Latorre.

Hicieron alto en la ronda de Atocha, y el comandante, echando pié á tierra, dispuso que se alojaran en las casas; lo que no fué difícil, pues los vecinos se disputaban á los soldados, deseosos de obsequiar á los valientes del ejército de Andalucía.

Carlos, en cuyo pecho se veía la cruz de Talavera y de San Fernando, y en sus hombros las charreteras de sargento primero, se acercó al comandante y le dijo:

—¿Tiene usted algo que mandar?

—Sencillamente que te vengas conmigo; tengo grandes ganas de abrazar á mis padres, y deseo que te abracen también y te conozcan.

—Estoy á las órdenes de usted,—dijo.

El comandante y el sargento tomaron á buen paso la calle de Atocha, y en la de la Magdalena entraron en una casa de lujosa apariencia.

El portero, que se hallaba en su garita, se quedó mirando á los dos militares.

Ricardo le miró también sonriendo, y como notara el asombro que su presencia causaba, le dijo:

—¡Qué viejo estás, mi buen Roque! Se conoce que los años enturbian tu vista.

Roque dió un salto, un grito, y se arrojó al cuello del comandante, exclamando:

—¡Es el señorito Ricardo! ¡Ah! ¡Qué alegría para la señora! ¡Qué alegría para el señor!

—Ante todo, querido Roque, supongo que mis padres estarán buenos,—preguntó Ricardo.

—Buenos, señor, pero con el alma en un hilo desde el día que usted se marchó.

—Entonces, dispénsame si te dejo; arriba me esperan.

Don Luis de Latorre, rico propietario, y doña Clara de Arévalo, su esposa, no tenían más hijo que Ricardo. El lector puede calcular la inmensa alegría de aquellos padres viendo entrar por las puertas de su casa al hijo querido que tantas lágrimas les costaba, y á quien más de una vez lloraron muerto.

Cuando el amor paternal estuvo saciado de besos, de lágrimas, de caricias y preguntas, sólo entonces se apercibió doña Clara de que no estaban solos.

Carlos, de pié junto á la puerta, mudo espectador de la interesante escena, hacía esfuerzos para contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

—Pero ¿quién es ese militar?—preguntó la madre.—¿Viene á buscarte tan pronto?

Carlos se sonrió de un modo tranquilizador, mientras el comandante, cogiéndole una mano, dijo:

—Perdona, querido Carlos; te había olvidado; bien es verdad que en mi vida me he visto en más peligro de ser víctima que ahora mismo.

Y adelantándose, añadió:

—Aquí tienen ustedes á mi hermano del corazón, á mi salvador, al hombre á quien más gratitud debo, después de mis padres. Sin su valor, sin su abnegación, hubiera muerto en Bailén ó en Talavera, pues en ambas partes me salvó la vida de un modo prodigioso. Es un valiente soldado, que por no separarse de mí se quedó modestamente de sargento. Con menos de lo que él ha hecho llevo yo los galones de comandante y otros son generales.

Ricardo parecía que se gozaba en narrar las bellas cualidades del sargento. Don Luis

y doña Clara le escuchaban con gran gozo.

El padre estrechó cordialmente la mano del soldado que había salvado á su hijo; pero la madre, más agradecida, le abrazó y le besó en la frente, diciendo:

—Que Dios le pague á usted en el cielo el bien que ha hecho á mi hijo, y ojalá que yo en la tierra tenga ocasión de demostrarle mi eterno agradecimiento.

—¡Ah, señora! —exclamó Carlos.—¿Qué mayor recompensa para este soldado, para este huérfano que vive solo en el mundo, que el placer que experimenta en este instante? Pues si bien es verdad que en Bailén y Talavera presté algún socorro á mi valiente capitán, en cambio él ha sido un hermano cariñoso para mí, y estoy recompensado de sobra.

Después de estas explicaciones, doña Clara rogó á su hijo que se retirara del servicio.

—Aún quedan franceses en España, madre mía, y no debo envainar mi espada hasta que desaparezcan completamente.

Los ruegos de la madre, apoyados por los de su esposo, lograron por fin convencerle para que pidiera una licencia de tres meses.

Don Luis era rico y persona influyente, y no le fué difícil conseguir de la nueva Junta provisional lo que deseaba.

En la licencia se incluyó también al sargento Carlos Peralta.

La vida del campamento llena de priva-

ciones y penalidades, se trocó como una decoración encantadora de magia.

Ricardo y Carlos eran cuidados como dos príncipes, y en más de una velada el bondadoso hijo de Marchamalo entretenía á los padres de su comandante contándoles los peligros que había corrido su hijo y las penalidades de la guerra.

Doña Clara lloraba; don Luis decía:

—Afortunadamente, la guerra terminará pronto, y Ricardo tomará la licencia absoluta. Es rico, y puede disfrutar con lujo de la vida. Además, ama á una joven, rica como él: ¿Para qué necesita ser militar?

Así las cosas, trascurrió un mes. Una mañana Carlos se dirigía al Prado, sin objeto, y sólo por dar un paseo, cuando el quejumbroso eco de una campanilla le impresionó por sus tristes y pausadas notas, y volvió la cabeza: eran los hermanos de la Paz y Caridad, con sus capas blancas y sus bandejas de plata, que recorrían las calles de Madrid pidiendo limosna para el alma de un reo de muerte que se hallaba en capilla.

Uno de los hermanos llevaba una tablilla barnizada de blanco, donde se leía en negros y gruesos caracteres: «*Limosna para hacer bien por el alma de Diego Nogales, natural de Marchamalo, de edad de treinta y dos años, sentenciado á morir en la horca, por homicidio y robo, convicto de ambos crímenes.*»

Carlos no pudo contener un grito, y creyendo que aquello era una fascinación de los sentidos, se restregó los ojos y volvió á leer la fatal tablilla.

No se había equivocado: era Diego, su amigo de la infancia, á quien iban á quitar la vida al día siguiente. ¿De qué terrible drama se había hecho el protagonista?

Cuando Carlos logró serenarse un poco, oyó á lo lejos la campanilla de los hermanos de la Caridad, que se alejaban, y echó á correr hasta alcanzarlos.

Entonces, sacando algunas monedas, las dejó caer en la bandeja, diciendo:

—Hermano, ese hombre que va á morir en expiación de sus crímenes fué en otro tiempo amigo mío, pues nacimos en el mismo pueblo. ¿Cómo podría yo verle?

—Eso no es difícil. Hay tres modos de ver á los reos cuando se hallan en capilla: ó por un pase de la primera autoridad de Madrid, ó por influencias con el alcaide de la cárcel, ó entrando con los hermanos de la Caridad.

—Gracias,—contestó Carlos.

Y regresó á su casa precipitadamente.

Ricardo le vió entrar tan conmovido, que le dijo:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

El comandante Latorre estaba enterado de la sencilla historia de los amores de Carlos y María.

—Mi comandante,—le dijo,—necesito un pase para ver al reo que está en capilla; porque ese reo, porque ese infeliz á quien van á quitar la vida es mi falso amigo Diego Nogales; yo quiero saber qué ha sido de María, de esa desgraciada, porque necesito llevar algún consuelo al alma de ese hombre que va á morir, y que indudablemente se acordará de mí en su última hora.

Carlos estaba pálido, trémulo, y sus ojos enrojecidos brillaban de un modo febril.

El comandante mandó enganchar el coche, llamó á su padre, y los tres partieron á casa del capitán general.

Una hora después, el coche se detenía delante de la puerta de la cárcel de Villa.

Carlos entró en el sombrío portal con el pase en la mano; se lo entregó al alcaide, y después de leerlo, dijo:

—Está bien, entrará usted; ahora está solo; acaba de salir el confesor; pero le prevengo que el reo es un hombre de quien no conviene fiarse mucho; bien es verdad que lleva esposas en las manos y grillos en los piés.

—Pero ¿qué delito ha cometido ese desgraciado?—preguntó Carlos, deseando saber algunos pormenores.

—Según he podido inquirir, su historia es bastante larga en proezas penadas por el Código. Aficionado al juego y al vino, derrochó en poco tiempo una bonita fortuna que le ha-

bía dejado su padre. Cuando se le concluyó el último ochavo, no pudo conformarse con las privaciones que causa la pobreza, y entonces se hizo espía de los franceses, siendo, según se dice, causa de que perecieran algunos desgraciados; y por último, la justicia le echó el guante cuando se hallaba con las manos en la masa, como vulgarmente se dice: se le cogió en una casa robando, después de asesinar á un viejo criado y su mujer.

—Pero ¿es eso posible?

—¡Y tanto! Como que él mismo ha declarado el hecho; aunque no le hubiera sido fácil negarlo, porque la sangre que manchaba sus manos y su cuerpo le acusaba.

Carlos se llevó la mano á la frente; sudaba, se sentía enfermo, y pidió al alcaide un vaso de agua.

Mandó el alcaide que se lo trajeran, y cuando le vió algo más sereno, le dijo:

—Mucho se interesa usted por el reo.

—Fuimos amigos en otro tiempo, cuando él era un buen muchacho; somos hijos del mismo pueblo. Pero dispense usted si continúo molestando su atención.

—Puede usted preguntar lo que guste.

—¿No es casado el reo?

—No señor; pero esta noche se casa en la capilla, á ruegos del confesor y de los hermanos de la Paz y Caridad.

—¡Que se casa esta noche! ¿Y con quién?

—Con su querida; con una mujer que, según parece, vivió muchos años con él, y de la cual tiene dos niñas, que la mayor tendrá cinco años.

—¿Y sabe usted por casualidad el nombre de esa mujer?

—Sí señor; se llama María.

Carlos se llevó una mano al corazón.

El alcaide continuó:

—La pobre ha venido muchas veces á verle, acompañada de sus dos hijas; deben estar en la mayor miseria. Además, María, según creo, está bastante enferma del pecho, tiene una palidez que parece una muerta, y un semblante triste y melancólico. Basta verla para conocer que sufre mucho, y que la vida no es larga en aquel cuerpo. Según he podido saber, tuvieron otros hijos, pero sólo les viven as dos niñas últimas. Pero vamos á la capi-la; ahora está solo, y podrá usted hablar con el reo con más confianza.

Carlos siguió al alcaide, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

CAPITULO VIII.

El reo en capilla.

Carlos entró en la capilla, siguiendo al alcaide. Dando frente á la puerta se hallaba un altar enlutado, y una imagen de Cristo en la cruz, alumbrada por dos cirios verdes. Del techo colgaba una lámpara de cristal sujeta por una cadena de bronce; á la derecha, arrimado á la pared, un banco de madera barnizado de negro, y una mesa; enfrente una cama.

Para formarse una idea de lo que oprime el espíritu esa mansión que la caridad y la religión ofrecen en las últimas horas de su existencia á los reos de muerte, es preciso verla.

El Cristo, inmóvil, pálido, silencioso, con la frente cubierta de gotas de sangre y la abierta herida en el costado; aquellos cirios

verdes, de luz trémula é indecisa; como un alma que se escapa del cuerpo, como una vida que se acaba; el fúnebre altar y la voz del sacerdote agonizante que reza en un ángulo de la capilla por el alma del reo, oprimen el corazón, y el espíritu, acobardado, olvida por un momento los deleznables goces del mundo.

Porque allí la muerte se aproxima á la vida; porque allí se ve á un prójimo, á un hermano en miserias y amarguras, que aplanado bajo el peso de sus remordimientos, cuenta en su mente uno á uno los granos de arena que se escapan del reloj de su vida, para caer en el fondo insondable de la eternidad.

Carlos no vió á Diego al entrar. Llamóle la atención el negro reclinatorio y la dolorosa imagen del Mártir del Calvario; pero el alcaide le hizo una seña, indicándole que mirara hacia el banco; y efectivamente, entonces se apercibió de que allí había un hombre tendido boca abajo.

—¿Duerme?—preguntó Carlos en voz baja.

El reo oyó esta pregunta; se incorporó, y se quedó mirando con aspecto feroz á los importunos que se atrevían á interrumpirle en su meditación sobre la muerte.

Carlos estuvo contemplando un momento á su antiguo amigo. Le reconoció al instante. Tenía el mismo rostro; había cambiado poco; sólo le encontraba algo más grueso,

pero con esa carne fofa que se adquiere en los presidios y los calabozos, y ese color amarillento y sucio, producido por la falta de aire.

Diego se sentó en el banco con algún trabajo, produciendo el hierro de los grillos y las esposas un ruído desagradable.

—¿Qué se ofrece?—preguntó con fingida indiferencia y entonación tranquila.

—Buenos días, Diego,—repuso el alcaide.—Este militar trae un pase del capitán general para ver á usted.

—¿Me trae el indulto?—preguntó precipitadamente el reo.

—No.

—Entonces, nada tenemos que hablar; quiero estar solo, quiero dormir: el que duerme olvida.

Y se dejó caer en el banco, exhalando un bronco suspiro.

—¡Pobre Diego!—dijo Carlos avanzando hacia el banco.—¿Es posible que ya no conozcas á tu hermano del corazón, á tu amigo Carlos, que viene á abrazarte y á llorar contigo tu desgracia?

Al oir este nombre, al escuchar aquella voz, Diego, á pesar de sus grillos, se puso en pié de un solo salto, y como si una fuerza superior á su voluntad le impulsara.

—¡Carlos! ¿Eres tú el de Marchamalo?—exclamó.—¿A qué vienes? ¿Por qué te has acordado de este miserable?

Carlos abrazó á su amigo, y añadió:

—Vengo, pobre Diego, á enjugar tus lágrimas, á consolar tu amargura, ya que me sea de todo punto imposible devolverte la libertad.

El alcaide comprendió que los dos amigos querrían estar sólos. Salió de la capilla, encargando á los dos calaboceros que estaban de guardia junto á la puerta que no se separasen de aquel sitio, por si ocurría algo.

Diego, como si hubiera agotado el resto de sus fuerzas, desprendiéndose de los brazos de su amigo, se dejó caer en el banco.

—Ya lo ves,—dijo con voz trémula y reconcentrada:—el refrán es cierto: *Quien mal anda, mal acaba.* He aquí adónde me han conducido mis crímenes; pero tú, Carlos, eres el hombre más generoso que conozco, pues acabas de abrazarme, aunque soy un malvado, un miserable.

—Diego, yo he borrado de mi memoria el ayer que pasó; por eso, al saber hace poco la gran desgracia en que te hallabas, he venido á despedirme de tí. ¿Qué es lo que puedo hacer en favor tuyo? Pide todo cuanto se halle al alcance de mi voluntad ó de mis fuerzas, y serás obedecido.

—Te creo, Carlos,—añadió Diego.—Hace mucho tiempo que conozco la grandeza de tu corazón; sólo ahora he conocido la maldad del mío. Pero el mal no tiene cura: mañana

el verdugo hará el resto. Afortunadamente, me quitarán la vida en la cárcel, en un calabozo; esto siempre es algo: me disgustaba dar un espectáculo á los habitantes de Madrid. Mas dejemos esto y hablemos de otra cosa. Ya que la casualidad ó la Providencia te han conducido hasta aquí, voy á recomendarte á tres pobres seres á quienes he hecho muy desgraciados, y que se hallan en la mayor miseria. Uno de ellos vivirá poco. Los inmensos padecimientos que ha sufrido por mi causa han abierto una huella en su vida, por la que muy en breve pasará la muerte. Ya habrás comprendido que te estoy hablando de María, á quien apenas reconocerás. En cuanto á mis dos hijas, no tienen aún edad para reconocer que su padre ha sido un monstruo; procura que no lo sepan nunca, para que no me maldigan.

La voz de Diego iba tomando un timbre más suave, más dulce. Sus ojos, secos hasta entonces, comenzaron á humedecerse.

—Juro por ese Cristo crucificado, testigo mudo de nuestra entrevista, que tus hijas serán mis hijas desde mañana, y que si María sobrevive á la enfermedad que la agobia, será para mí una hermana,—dijo Carlos con solemne entonación.

Diego fué á hablar, pero no pudo. En el fondo de su pecho hubo un momento de terrible tempestad, hasta que por fin, exhalan-

do un ruidoso suspiro y dejando caer la cabeza sobre el pecho de su amigo, prorrumpió en un estrepitoso llanto.

Carlos lloró también durante un cuarto de hora.

Por fin Diego levantó la cabeza.

—Escucha, Carlos,—dijo Diego bajando la voz.—Lo que voy á decirte no lo sabe nadie, ni el confesor, que durante la noche pasada ha estado importunándome sin cesar; pero para tí no quiero tener secretos. Cuando te marchaste á servir al rey, yo ya era un falso amigo tuyo, porque codiciaba la hermosura de María, tu prometida; todas las cartas que me escribiste las quemé sin leérselas, hasta que la pobre, creyendo que la habías olvidado, acabó por olvidarte también. Pasaron dos años; yo odiaba á mi padre, porque su carácter duro y miserable me tenía irritado. Deseaba que se muriera; pero no tuve bastante paciencia para esperar una muerte natural que me hiciera dueño de su fortuna y abandonar el pueblo con María. Entonces me asaltó un pensamiento terrible; fuí bastante infame para acariciarle en mi mente... ¡y una noche estrangulé á mi padre!.... Sí, le maté, fuí parricida.

Diego suspendió el relato: le ahogaban los sollozos. Carlos tenía el corazón oprimido, y el mayor espanto se había apoderado de su alma.

—La fortuna de mi padre ascendía á más de tres millones,—añadió el reo.—Vine á Madrid con María y su madre, la prometí casarme y no le cumplí la palabra. Como los remordimientos me perseguían, me quitaban el sueño, para olvidarlos me entregué á una vida desenfrenada; jugué, bebí hasta la embriaguez, y cuando hube derrochado el último duro de una herencia que me recordaba el más atroz de los crímenes, tuve necesidad de robar, y hasta de matar, para que comieran mis hijos y la infeliz mujer que se hallaba unida á mi suerte. Rita, la madre de María, había muerto desesperada, y maldiciéndome por la desgracia de su hija. Pero ¿á qué molestarte con este triste relato? Mi último crimen, por el que los jueces me han sentenciado á la última pena, porque todos ignoran el primero y más imperdonable que todos, va á poner término á una vida que me es odiosa. Ahora que sabes la verdad, recházame ó perdóname; retira tus juramentos si quieres, porque yo no soy digno de que nadie se compadezca de mí.

—Tus hijas serán mis hijas, —contestó Carlos.—¿Qué culpa tienen esas pobres criaturas de los crímenes de su padre? Tú mereces la muerte; pide á Dios que perdone tus crímenes, y no te preocupe el porvenir de los dos ángeles que dejas abandonados.

Carlos sentía el pecho oprimido. La con-

fesión que acababa de hacerle Diego le había turbado hasta el extremo de inspirarle repugnancia la presencia de aquel miserable.

Afortunadamente para Carlos, la campana anunció una visita, y con tal pretexto se despidió de su amigo.

Carlos regresó á la calle de la Magdalena tan conmovido, que acosado por las preguntas de su comandante, se vió precisado á referirle la escena que había tenido lugar en la capilla.

—Grave carga es para un militar esas dos niñas,—le dijo Ricardo;—pero te has comprometido, y será preciso que pensemos en ello.

. . . . . .

Aquella misma noche, un sacerdote bendijo en la capilla la unión de Diego y María.

Terminada la ceremonia, la desposada fué presa de una congoja mortal.

Carlos, que se hallaba en la habitación inmediata esperando que se le permitiera entrar en la capilla, vió que dos hombres sacaron á María completamente privada, y la condujeron á la enfermería.

Carlos fijó una triste mirada en aquella mujer que tanto había amado.

Su palidez y su demacración eran las de un cadáver; difícil le hubiera sido reconocerla, á no saber que era ella.

Cuando entró en la capilla, Diego lloraba, abrazado al sacerdote.

—Buenas noches, Carlos,—dijo Diego.— La pobre María se muere: el médico no cree que llegará á mañana; para venir á casarse ha tenido que dejar el lecho. Yo la he dicho que tú habías venido á perdonarnos y á recoger nuestras hijas. Esta noticia le ha causado mucha alegría, y cayendo de rodillas á los piés de ese Cristo, te ha bendecido, diciendo: «Ya puedo morir, porque mis hijas hallarán un padre en Carlos.» Después, apenas ha tenido fuerzas para pronunciar el *sí*. Se desmayó: es una luz que se apaga, otra víctima que cae sobre mi conciencia.

El confesor se abrazó de nuevo al reo, y comenzó á hablarle de la vida eterna.

Durante aquella noche terrible, Carlos no quiso abandonar la cárcel, pasando unos ratos junto al lecho de María y otros junto al infeliz reo.

Diego preguntaba con frecuencia por su esposa y sus hijas.

La primera continuaba aletargada, y dando pocas señales de vida; las segundas dormían profundamente en la habitación del alcaide.

A las seis entró el verdugo á rogar al reo que le perdonara el homicidio que por orden de la justicia iba á cometer. Diego le perdonó, apartando del ejecutor los ojos con repugnancia.

Antes de partir quiso ver por la última

vez á María; pero fué imposible: la infeliz continuaba sin dar señales de vida.

—¡Cómo ha de ser!—dijo.—Yo quería que me perdonara antes de morir. Vamos.

Fué conducido por algunos dependientes de la justicia, por cuatro hermanos de la Paz y Caridad, seis soldados y el verdugo, á un calabozo, donde debía cumplirse la sentencia.

Carlos se quedó en la habitación del alcaide.

Cuando el reloj de la villa dió las siete de la mañana, Diego entregaba el alma á Dios, terminando su vida bajo la infamante mano del verdugo.

María dejó de existir también pocas horas después.

Sus últimas palabras fueron las siguientes:

—¡Carlos, adiós para siempre! Devuelve á mis hijas en bien todo el mal que te he hecho, y perdona á esta infeliz mujer.

Luego espiró.

CONCLUSIÓN.

Carlos entró en casa de su comandante, llevando á las dos niñas de la mano, herencia recogida al pié de un patíbulo. Llamábase la mayor, de cinco años de edad, María; la menor, de cuatro, Elena, y ambas eran hermosas como su madre.

Desde aquel momento, doña Clara, que recibió con cariño á las pobres huérfanas, comprendió que era preciso que Carlos dejara la carrera de las armas y se ocupara de aquellas dos hijas que le había enviado la Providencia.

Sin consultarlo con Carlos, habló con su esposo y con su hijo.

Quince días después, el comandante llamó á su sargento, y entregándole un pliego, le dijo:

—Esta es tu licencia absoluta. Muchas veces te he oído hablar de la modesta casita de tu propiedad, en donde tú naciste y murieron tus padres. Pues bien, mañana partirás, si quieres, á Marchamalo á cuidar de la educación de las dos niñas de Diego. He aquí la recompensa que mis padres dan al valiente y generoso soldado que me salvó la vida dos veces.

Y Ricardo, diciendo esto, puso sobre la mesa un cofrecillo que contenía doce mil duros en oro.

—¿Para quién es esto?—preguntó Carlos.

—¡Toma! Para tí. Con ese dinero puedes proporcionarte una renta anual de seiscientos duros, y creo que con esa renta podrás vivir y educar á tus hijas.

Fué preciso admitir: no valieron pretextos ni negativas.

Carlos partió para su pueblo algunos

días después, mandó reparar la casa de sus padres, y se estableció con sus dos pequeñas niñas, que le amaron siempre como á su verdadero padre.

Blas y Rosa, que se habían casado, y que como buenos pobres, tuvieron primero un hijo que una capa nueva, estaban orgullosos de que Carlos les llamara sus amigos.

Muchas tardes, á la caída del sol, los transeuntes veían á Carlos sentado á la sombra de la parra, rodeado de multitud de niños, entretenido en contarles historias tan sencillas como interesantes y tan interesantes como morales.

A veces Blas, que venía del campo, dejaba el azadón en el suelo, tomaba asiento entre los niños, y escuchaba con la boca abierta y todos los síntomas de la admiración los cuentos de Carlos, que, siempre bueno, siempre honrado y afable con todo el mundo, llegó á ser la providencia de los pobres de Marchamalo.

FIN DE UN HIJO DEL PUEBLO.

EL

LUGAREÑO.

EL LUGAREÑO.

Los lugareños tienen la desconfianza del gorrión, la malicia de la ignorancia y la rusticidad del hombre de la naturaleza. Con estas tres condiciones viven engañando y siempre se creen engañados.

CAPITULO I.

La pollina, la manga de riego, los agentes de policía y las alforjas.

Madrid es una de las grandes capitales que más ha cambiado de aspecto de veinte años á esta parte. Nada tiene, pues, de extraño que el señor Bruno, sencillo lugareño, al llegar á la puerta de Atocha montado en su borrica, tirando del ramal é inclinando el cuerpo hacia atrás para detenerla, exclamara:

—¡Sóoo!... ¿Si me habré *enquivocao?*

El señor Bruno dirigió una mirada recelosa en derredor suyo, á cuyo tiempo el poderoso silbido de una locomotora hirió los tímpanos de la pollina, que puso las orejas

tiesas, agitándolas como las aspas de un telégrafo antiguo.

El lugareño procuró tranquilizar al asustado herbívoro, que le había puesto en grave peligro de derribarle, y cuando pudo conseguirlo creyó muy del caso orientarse.

Buscó con recelosos ojos una persona que le inspirase confianza para dirigirle la palabra.

—Si esto es Madrid,—se decía para su capote,—esto es el infierno, no cabe duda; y es preciso andarse con piés de plomo, no me jueguen una que sea *soná;* sobre todo, mucho ojo á las alforjas y al cinto. Voy á preguntar á aquel que se pasea por allí, que me parece que tiene cara de hombre de bien.

El señor Bruno dirigió la pollina hacia la escalerilla de piedra que conduce al paseo de Atocha, en donde se hallaba un hombre tomando el sol.

—¡Hola, buen amigo!—le dijo el lugareño.—¿Me haría usted el favor de decirme si eso que se ve ahí es Madrid?

—No señor, eso es el Congo,—contestó el preguntado, dando media vuelta y murmurando en voz baja: «Este paleto se ha querido *quedar* conmigo. ¡Vaya una pregunta!

—¿Qué mosca le habrá picado?—se preguntó el señor Bruno.—Estos madrileños son unos *tufillas*... Pero gracias á Dios, no faltan desocupados por aquí á quienes preguntar.

Y dirigiéndose á otro paseante, dijo:

—Dispense usted la molestia: ¿es eso Madrid? Y no extrañe usted la pregunta, pues desde que se casó con la reina Cristina el difunto Fernando VII no he vuelto por la corte.

—Eso es Madrid, buen hombre,—contestó el paseante.

El señor Bruno dió las gracias á su manera al desconocido, y tomó por la calle de Atocha arriba, dirigiendo miradas á derecha é izquierda con la proverbial curiosidad de los lugareños, sin olvidar las alforjas, que bien repletas, iban colocadas á la grupa de la pollina.

El señor Bruno parecía recordar algo de esta calle; y se hallaba tan embebecido examinando las casas, que no se apercibió del peligro que le amenazaba hasta que el terrible chorro de una manga de riego fué á estrellarse sobre la frente de la pollina, inundando de agua al pobre lugareño, que cayó al suelo más muerto que vivo, sin saber lo que le pasaba.

La burra, asustada y libre del peso de su amo, retrocedió dando saltos y pares de coces, con gran algazara de los transeuntes, que siempre buscan un pretexto para reirse y regocijarse, aunque sea á costa del prójimo.

Dos agentes de la autoridad se acercaron á levantar al asombrado paleto, que giraba sus miradas en derredor con marcadas muestras de espanto.

Afortunadamente, no se había hecho daño alguno; pero el susto le impidió hablar por el pronto, y cuando pudo hacerlo, dijo:

—¿Y mi burra? ¿y mis alforjas?

Uno de los agentes se dirigió á buen paso calle abajo en busca de la pollina, mientras el otro procuraba tranquilizar al asustado paleto.

Por lo general, la malicia está en los pueblos tan desarrollada como la ignorancia, y el señor Bruno, al ver que la burra no se hallaba á su lado, pensó que aquel jeringueo que le habían arrojado al rostro era sólo una treta para robarle la burra. Ya comenzaba á hacer visajes y á coger el cielo con las manos, cuando el agente le dijo:

—Tranquilícese usted, buen hombre; ya sube por ahí mi compañero con la burra.

Volvió los ojos el señor Bruno hacia el sitio indicado, y efectivamente, vió á su pollina.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó.—Más vale que haya sido así; porque esa burra, tan chiquita y todo como usted la ve, es para mí mis piés y mis manos.

Y saliendo al encuentro de la burra, que según el estado de sus orejas no las tenía todas consigo, añadió:

—¡Toma, Cana! ¡Toma, borrega! ¡Ca! ¡Si tiene un genio que ni ella misma puede aguantarle!...

El señor Bruno comenzó á arreglar el aparejo de su caballería, y echando de menos las alforjas, abrió los ojos todo cuanto pudo, y mirando de un modo receloso al agente de policía, exclamó de un modo expresivo:

—¡Oiga usted, aquí faltan las alforjas!

—¿Llevaba usted alforjas? ¿Está usted seguro de ello?

—¡Pues no lo he de estar, santo varón! ¡Ya lo creo que las llevaba! Unas alforjas nuevas, de color de amapola, y dentro de ellas un puchero con arrope, tres docenas de bollos y un queso manchego.

Los dos agentes de la autoridad se miraron con asombro.

Comprendiendo el señor Bruno lo que significaba aquella mirada, exclamó:

—No se hagan ustedes los desentendidos; las alforjas han de *paecer;* de lo contrario, va á haber una que sea *soná.*

—Oiga usted, buen hombre,—contestó uno de los agentes,—yo no he visto semejantes alforjas; la burra la he encontrado cerca de la fuente, la cogí y la he traído.

—Todo eso será verdad, pero mis alforjas no *paecen.* Yo quiero mis alforjas. ¡No faltaba más sino que me quedara sin ellas. Y si no *paecen,* vamos á dar aquí una *manifestación;* porque á mí á bruto no me gana nadie ni á hombre de bien tampoco...

—¿Sabe usted con quién habla?—le pre-

guntó un agente, cuadrándose formalmente delante de él.

—Yo no sé *ná,* ni quiero saber *ná;* á mí lo que me importa son las alforjas, y ésas *paecerán.* ¡Pues no han de *paecer!* ¡Vaya si *paecerán!*

—Pues búsquelas usted,—le contestó el agente volviendo la espalda.

El señor Bruno le cogió por un brazo, y dijo:

—Usted me *trujo* la burra y usted me tiene que traer las alforjas. Ya sé dónde estoy, en Madrid, en el infierno. Aquí todo el mundo está á la *intempestiva,* esperando la ocasión; aquí se tiene mucho *idioma* y mucho *pésquis* para el mal. Pero ya estuve yo otra vez, y sé cómo tratan á los pobres lugareños. Aprendí mucho: como que compré por dos reales una libra de chocolate que era de barro, y no se deshizo aunque estuvo cociendo cinco horas, y una cadena de oro que me costó un duro, y luego era de cobre, más falsa que la mula de la tía *Gaitera.* Desde entonces acá he abierto mucho los ojos.

—A nosotros nos importa poco todo eso,—contestó uno de los agentes.—Siga usted su camino, y menos conversación; de lo contrario, dormirá esta noche en la prevención.

El señor Bruno continuó echando sapos y culebras por la boca; pero al cabo creyó prudente quedarse sin las alforjas, y mon-

tando en la pollina continuó su camino, pensando para su capote que sería un bien para la humanidad pegar fuego á Madrid, con sus habitantes dentro.

A pesar del aturdimiento que le había causado la pérdida de las alforjas, cuando llegó á la Plaza Mayor se detuvo y se dijo:

—Ahora sólo faltaba que hubiera perdido el papel donde el maestro de escuela me apuntó las señas de la casa de don Tadeo.

Introdujo la mano en la faja, sacó la petaca, y de ella lo que buscaba.

—Aquí está,—se dijo.—Del mal al menos.

Y el señor Bruno bajó de la burra, dirigiéndose á un mozo de cordel.

—¿Sabrá usted decirme dónde está esta calle?—le preguntó.

El mozo miró el papel, y después de una pausa, contestó con calma:

—Yo no sé leer.

El lugareño, que tampoco se había tomado la molestia de aprender ni una letra, miró con cierto desprecio al mozo de cordel, diciéndose para sí:

—¡Vamos! He tropezado con uno que es tan bruto como yo.

Y viendo á un guardia civil á pocos pasos de distancia, le hizo la misma pregunta.

—«Calle de las Fuentes,—leyó el guardia,—número 5, cuarto principal, don Tadeo Valdivieso.» Venga usted conmigo.

—¡Gracias á Dios que he tropezado con un hombre de bien!—se dijo el señor Bruno siguiendo al civil, que le condujo hasta la plazuela de Herradores.

—¿Ve usted esa calle?—repuso el guardia.—Pues ahí es. Pregunte usted por el número 5.

El señor Bruno dió las gracias á su guía.

Poco después entraba en un lujoso portal, con la burra y todo.

El portero, que metido en su garita leía tranquilamente *La Correspondencia*, viendo que entraba un huésped de cuatro piés en el portal, limpio como una taza de plata, salió dando voces.

—¿Adónde va usted? ¡A la calle! ¡Fuera de aquí! ¡Qué bárbaro! ¡Meterse en el portal con la burra! ¡Qué salvaje!

—¡Vaya, hombre, que no es la cosa para que se alborote el cotarro de ese modo!—dijo el señor Bruno.—¿No vive aquí don Tadeo Valdivieso?

—Aquí vive. Pero saque usted la burra á la calle.

—¿Y qué va á hacer la burra en la calle?

—A mí eso no me importa.

—Pero hombre de Dios, si la pollina es más mansa que una oveja!

—¡A la calle!—gritó el portero, cogiendo el ramal de la caballería y tirando con fuerza hacia la puerta.

—Bien, hombre, bien, la sacaré. *Paece* usted al tío Cóleras, que hasta en Enero echa chispas.

El portero sacó la burra á la calle, y el señor Bruno, rascándose el cogote como el que tropieza de repente con una dificultad, pensaba que dejando la bestia en la calle, corría peligro de que se la robasen.

—Mire usted, —repuso, dirigiéndose al portero,—yo soy un amigo de don Tadeo; la burra no la puedo dejar sola en la calle; conque haga usted el favor de subir á decirle que aquí está Bruno, el de Mejorada, que no puede subir porque no puede dejar sola á la pollina.

El portero, aunque refunfuñando, subió á dar el recado, y no tardó mucho en bajar con una criada.

—¡Señor Bruno! ¿Usted en Madrid?—dijo.

—¡Hola, muchacha! Aquí estamos *toos*. ¿Y tus amos?

—Le esperan á usted arriba, y me han dicho que lleve yo la burra á una posada.

—¿Conque tú te vas á encargar de la pollina?

—Sí señor.

—Pues mucho cuidado con lo que haces.

—No tenga usted miedo. La llevaré á una cuadra de toda confianza.

—Bien, bien; pero no te olvides de recoger la manta y el albardón.

—Bien.

—Y la *cabezáa,* que es nueva.

—Sí, sí.

—¡Ah! Debajo de la albarda lleva una zalea. Mira, que no se pierda.

Y el señor Bruno, después de hacer mil encargos á la criada, subió, no sin algún recelo, al piso principal, donde le estaban esperando.

CAPITULO II.

El huésped.

Don Tadeo Valdivieso y Rodríguez era uno de esos comerciantes sin tienda que se dedican honradamente á varias clases de especulaciones.

Los negocios están rodeados de casualidades, y una de ellas hizo al buen don Tadeo comprar una casa y algunas aranzadas de viñedos en el pueblo de Mejorada, donde solía pasar un par de meses en el verano.

Para los vecinos de Madrid, el campo, el aire libre de los montes, tiene encantos indefinibles, y gustan mucho de disfrutar de ellos una temporada al año.

Don Tadeo había cobrado cariño al pueblo, había hermoseado su casita, llenándola de comodidades, y de vez en cuándo suspiraba, diciendo:

—¡Qué bien se está en el pueblo!

Además, como tenía la costumbre de los negocios, compraba granos y prestaba dinero á los labradores.

Todos los labradores de Mejorada le conocían; pero con el que había estrechado más íntimas relaciones era con el señor Bruno.

Después de estos ligeros antecedentes, entremos en el despacho de don Tadeo, siguiendo al malicioso lugareño.

—¡Por aquí, por aquí, querido Bruno!—gritó don Tadeo desde la puerta de su despacho.

—¡Alabado sea Dios, señor don Tadeo! *¡Carachi,* y qué ganas tenía de echarle la vista encima!

—¿Conque por fin se ha decidido usted á venir al infierno, como usted le llama?

—¡Ahí verá usted! Yo me dije: «Bruno, tú no has estado en Madrid *dende* que se casó la última vez el difunto rey Fernando VII, que en paz descanse; don Tadeo es un buen amigo, un caballero que tiene mucho *pésquis* y mucha *moralidá,* y como hace cinco meses que no ha estado por el pueblo, me *paece* que no le vendrá mal que vaya yo á darle un abrazo.» Además, vengo á pagar á un chalán las mulas que me vendió el verano pasado.

—Ha hecho usted muy bien en venirse á mi casa.

Y el lugareño y el hombre de negocios se abrazaron como dos buenos amigos.

—Pues sí,—continuó el señor Bruno;—yo tengo una borrica como usted sabe, que está de *non,* es un relámpago. Salí del pueblo antes del alba, y anda que anda, me he *plantao* en la corte en un decir Jesús.

Don Tadeo se sonrió, pensando que al bueno del señor Bruno le había costado siete horas andar cuatro leguas.

—Pero ¿no sabe usted lo que me ha pasado, señor don Tadeo? ¡Ca, si este Madrid está echado á perder! Aquí hay mucha gente que está siempre á la *intempestiva,* esperando la ocasión. ¡Pues no me han robado las alforjas en la calle de Atocha!

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! Y lo he sentido de verdad, pues traía para ustedes un puchero de arrope y unos bollos hechos en casa, de los que le gustan tanto á la señorita. Pero ¡ya lo creo! la burra se vió sobre las narices el jeringazo de agua que le endilgó aquel mal intencionado, me dejó caer, tomó el tole calle abajo, y el caco, que estaba sin duda esperando la ocasión, en cuanto vió *sólida* á la pollina, dijo: «Esta, esta es la mía»; y me *afanó* las alforjas.

—Siento en el alma ese contratiempo.

—Más lo siento yo, que eran una alforjas muy *aparentes.*

Don Tadeo no cesaba de reirse.

—¿Y qué hay de nuevo por el lugar?— preguntó don Tadeo.

—Aquello está como una balsa de aceite. En las últimas *elecciones* han perniquebrado al alcalde: y al padre Anastasio, por meterse á redentor, le arrearon un cantazo en la calva, que si no es por el barbero *Sudamiel* se desangra en mitad de la plaza.

—¡Hombre! ¡hombre! ¿También por allí tienen ustedes cuestioncillas?

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¡Pues si todo el mundo se *pirra* por coger la vara, y eso que no tiene el ayuntamiento ni un ochavo del moro para hacer cantar á un ciego! Estamos muy pobres, don Tadeo; más pobres que las ratas de la iglesia. Desde que cayó *la otra,* y el gobierno *providencial* se hizo cargo de la *cosa* pública, el lugar *paece* una grillera; los unos se han comprado *kipis,* los otros boínas, y en cuanto llega el sábado por la noche... ¡María Santísima!... se arma una de guitarras, de cantares, de *pedrás* y de palos, que parece el lugar *la fin* del mundo. ¡Ya lo creo! Los unos cantan:

¡Viva Prim, viva Serrano,
viva *Trompete* y *Perrat,*
viva el pueblo soberano
y viva la *libertá!*

Y los otros, que tienen, según *paece,* gana de armar camorra, les contestan:

No se canta viva Prim,
ni Serrano ni *Trompete*,
que lo que se canta ahora
que viva don Carlos siete.

Y no crea usted que son estos solos, que otros quedan, los más ternes del lugar, que se ponen en medio de la plaza y entonan al són de las bandurrias y guitarras:

A todos los realistas
les pondremos un bozal,
si no gritan con nosotros:
¡República federal!

—Pues señor, ¿sabe usted que el pueblo está, efectivamente, como una balsa de aceite?

—Lo que yo digo, señor don Tadeo: *¡Tamparantán, que los higos son verdes! ¡Tamparantán que ellos madurarán!* Pero no maduran, *¡carachi!* Lo mismo son unos que otros. A mí me importa poco que haya libertad de *cultivos*, ni *clupes*, ni nada de eso; lo que nos hace falta es pocas contribuciones, como sucedía en tiempo del difunto rey Fernando, ó en tiempo de aquel célebre *menistro* que hizo cuartos de las campanas y dejó á los frailes poco menos que á pedir limosna. Pero yo me estoy aquí charla que te charla, y aún no he preguntado cómo le va á usted con todos esos negocios *nutritivos* que lleva entre ceja y ceja.

—No me va del todo mal, querido Bruno. Y usted, ¿cómo va con sus cosechas?

—Ogaño se ha perdido la del aceite. Pero ahora que me acuerdo, ¿y la señora y la señorita?

—Buenas. Entraremos luego á verlas.

—¡Ah, señor don Tadeo! Yo voy á estarme en Madrid cuatro ó cinco días, y quiero que usted me enseñe el Congreso, el reñidero de Gallos, Palacio, la Plaza de Toros y la casa de las comedias.

—Todo lo verá usted. Pero ahora vamos á comer y á ver á mi esposa y mi hija, que se alegrarán mucho de verle.

—Vamos adonde usted quiera, con la condición de que el día de la fiesta, que es el 15 del que viene, tienen ustedes que venir al pueblo.

—Bien, hombre, bien. Vamos á ver á Dorotea y á Serafina.

—Andando.

CAPITULO III.

Serafinita.

Dorotea era la mujer de don Tadeo; Serafina, su hija. La primera tenía cuarenta años, la segunda quince.

Sus padres la querían mucho, lo que no es muy inverosímil tratándose de una hija á quien no hace sombra ningún hermano.

Un jovencito de diez y ocho años, meritorio del ministerio de la Gobernación, había encontrado á Serafina bastante hermosa para ofrecerle su corazón.

Durante el primer mes, este amor fué un secreto para los padres de Serafina; pero algo hubo de sospechar una noche en el teatro don Tadeo, y tomando la filiación al pollo que hacía telégrafos á su hija, acabó por convencerse de que eran ciertos los toros.

Padre prudente, reprendió á su hija, des-

pués de enterarse de que el novio no ganaba ni para comprar cuellos de camisa; pero Serafina creyó que aquellos consejos eran un rasgo de tiranía: lloró, pateó, y juró amar más que nunca á Bernardo, que éste era el nombre del pollo.

A pesar de estas prohibiciones de su padre, Serafina hablaba con su novio siempre que tenía ocasión, gracias á la criada, que especulaba con el inocente amor de los jóvenes.

La habitación en donde vamos á introducir á nuestros lectores para que conozcan á doña Dorotea y á su hija Serafina, era un gabinete con vistas á la calle, destinado en la casa para pieza de labor.

Tenía esta pieza un armario de pino de grandes dimensiones y una puerta que daba paso á la alcoba.

Cuando entró don Tadeo con su huésped, las dos mujeres se hallaban cosiendo.

—Dorotea, aquí te traigo un amigo de allá del pueblo,—dijo el padre de Serafina.

Serafina y su madre volvieron la cabeza. La polla hizo un gesto de disgusto, dirigiendo una mirada recelosa al armario.

—¡Ah! ¡Es el señor Bruno!—exclamó Dorotea.

—Aquí estamos todos, señora,—contestó el lugareño.—¡Calla! ¿Es ésta la señorita?

—Ya ve usted cómo crece la polla.

El señor Bruno miró en derredor suyo como buscando algo, diciéndose para su capote:

—Pues yo no veo por aquí ninguna gallina.

—Te prevengo, Dorotea, que Bruno se quedará con nosotros algunos días. Disponle una habitación.

—Precisamente en esa alcoba tiene una cama hecha y arreglada.

—Yo estoy bien en cualquier parte; por mí no se molesten ustedes mucho,—añadió el lugareño.—Y si hubiera cuadra en la casa... en un camastro duermo yo tan ricamente oyendo el campanilleo de las mulas.

—¡Jesús! ¡No faltaba otra cosa! Gracias á Dios, señor Bruno, no nos causa molestia el que venga un amigo á vernos y á pasar con nosotros algunos días. Vamos, pues, al comedor. Deja la costura, niña.

Don Tadeo, Dorotea y el señor Bruno salieron del gabinete, dirigiéndose al comedor. Serafina se quedó sola, miró recelosamente en derredor suyo, y luego, dirigiéndose de puntillas al armario, dijo en voz baja:

—¡Bernardo!

—¿Qué?—contestó una voz desfallecida dentro del armario.

—Ten un poco de paciencia; mi mamá ha quitado la llave distraidamente, y no puedo abrirte.

La joven salió del gabinete, y dentro del armario se oyó un suspiro débil.

. . . . . .

El señor Bruno comió con buen apetito, con ese apetito de los hijos del campo que tienen la conciencia tranquila y el cuerpo sano.

Mientras el bueno del lugareño se fumaba un rico cigarro habano que le había dado don Tadeo, éste dijo á su mujer que se vistiera para ir al teatro.

—¿Viene Serafina?—preguntó Dorotea en voz baja.

—No.

—¡Hombre!

—Ya sabes que quiero castigarla. Me carga llevar siempre de edecán á ese pollo empalagoso,—añadió don Tadeo.

Y levantando la voz, continuó:

—Señor Bruno, puesto que desea ver una comedia, voy á llevarle á Novedades, en donde hacen una muy bonita que le gustará mucho: *La Huérfana de Bruselas.*

—Bueno, bueno; iremos donde usted disponga.

Don Tadeo hizo una seña para que le siguiera su hija, y cuando estuvieron en el gabinete que ya conocen nuestros lectores, le dijo, poniendo ese semblante grave é impotente de un padre disgustado:

—Serafina, yo te quiero mucho, y tú has abusado de mi amor paternal.

Serafina inclinó la frente sobre el pecho y suspiró.

El padre añadió:

—Pero viendo que mis prudentes consejos no hacen mella en tu corazón, estoy resuelto á seguir otro sistema. Esta noche te quedas en casa.

—Eso es una tiranía,—contestó Serafina llevándose las manos á los ojos.

—El teatro te gusta mucho,—repuso el padre;—pues bien, te castigo no llevándote al teatro. Piensa detenidamente todo lo que te he dicho respecto á ese mocoso que se ha convertido en tu sombra. Es un hombre sin porvenir, y tú tienes un bonito dote; eres joven, bien parecida, y has recibido una buena educación. Con semejantes condiciones debes aspirar á más. He dicho.

Y don Tadeo salió bruscamente del gabinete.

Durante algunos minutos, Serafina permaneció inmóvil, sentada en una silla. De vez en cuándo sus hermosos ojos dirigían una mirada al armario, y entonces se escapaba un suspiro de su pecho; otro suspiro salía del fondo del armario como un eco lastimero.

Dorotea no quiso marcharse sin dar un beso á su hija, y aprovechando una ocasión, entró precipitadamente en el gabinete.

—Adiós, hija mía,—le dijo.—Tu padre

está irritado contigo, pero yo confío que se le pasará pronto. Ten paciencia por esta noche.

Serafina calló, porque después de todo no le disgustaba que la dejaran sola, pues así podría marcharse sin riesgo alguno el prójimo que se hallaba oculto en el armario.

Serafina oyó pasos que se aproximaban hacia el gabinete.

Juana, la criada de la casa que hemos visto encargarse de la burra del señor Bruno, se presentó.

CAPITULO IV.

El joven del armario.

—¡Ay, señorita!—exclamó la criada entrando.—¡Sólo nos faltaba esto! El señor nos ha encerrado y el pobre señorito Bernardo no podrá salir de casa hasta Dios sabe cuándo.

—Hemos cometido una imprudencia. ¡Oh! Bernardo es un atrevido, un don Juan Tenorio,—repuso Serafina.—Sólo á él se le ocurre venir á verme estando mis padres en casa.

—Y gracias que tuvimos tiempo de encerrarle.

—Pero yo no tengo la llave: mi madre cerró y se la guardó en el bolsillo de la bata.

—¡Serafina! ¡Juana! ¡Abrid por caridad! ¡Me ahogo!—gritó una voz desfallecida que parecía salir del fondo de una tumba.

—¡Corre á buscar la llave!—dijo Serafina.

Y acercándose al armario, añadió:

—Ten un poco de paciencia, Bernardo de

mi alma; pronto saldrás, si es que mi mamá no se ha llevado la llave.

—¡Pues sólo faltaba eso!—contestó la voz.

Juana había salido en busca de la llave, y no tardó mucho en volver diciendo:

—Aquí está.

—Trae.

—¡No ha sido poca fortuna la nuestra!

Serafina abrió.

Un joven que apenas tendría diez y ocho años de edad salió del fondo del mueble. Estaba pálido, casi lívido; le temblaban las piernas, y tuvo que apoyarse en una silla para no caerse.

Verdaderamente hubiera inspirado lástima al hombre de corazón más empedernido. Llevaba el cabello en desorden, el sombrero apabullado, y tenía los ojos hundidos; y como además la demacración de su rostro era extrema, y sus piernas parecían dos alambres suspendidos de las posaderas, gracias al estrecho pantalón y al corto levitín que usaba, bastaba verle para exclamar con marcado interés:

—¡Pobre joven! ¡Cómo le ha puesto el amor! Indudablemente no tiene sangre en las venas.

Bernardo, al verse libre, después de dirigir una mirada recelosa en derredor suyo, como las dos mujeres que se hallaban á su lado le inspiraban confianza, suspiró con

fuerza, y arreglándose los cabellos y la corbata, dijo:

—¡Ay, Serafina de mi alma! ¡Ay, Juana de mis entrañas! ¡Qué horas tan amargas he pasado en ese horrible armario!

—¡Ya lo creo!—contestó ingenuamente Serafina.—Yo, sólo de pensar en tí, me he pinchado dos veces el dedo cuando estaba cosiendo.

Bernardo se reanimó, manifestando el gozo del alma al pensar en aquella prueba inequívoca del amor de su Serafina.

—¿Conque has derramado tu sangre por mí, Serafina?—exclamó cogiéndole una mano.—Permíteme que chupe.

—¡Vamos! ¡No me digas esas cosas!

Bernardo sintió un vahído, le flaquearon las piernas y tuvo necesidad de apoyarse en Serafina.

—¿Qué haces?—le preguntó ésta.

—Es un vahído. Si tardas un poco más en abrirme la puerta del armario, me hallas muerto: hubo un momento que *me creí* cadáver.

—¡Dios mío!

—Sí, Serafina, sí,—añadió Bernardo;—entre esas cuatro tablas he pasado ratos de angustia; he sido un *cadáver* enterrado en vida, que al recobrar el conocimiento se halla encerrado entre las frías paredes de un nicho.

—¡Pobrecito!

—Yo soy muy delicado. Cualquier cosa me afecta.

—Lo cual es una desgracia.

—¡Ah! Tú no sabes el efecto que produce la oscuridad de un armario. Mis narices descansaban sobre un frasco de pimientos en vinagre; aquel olor se introducía por todos mis poros. Al mismo tiempo un ratón me hacía cosquillas en los piés. Tantos atractivos pusieron en movimiento mis nervios, y llegué á creer que el armario era mi tumba.

—¡Oh! ¡Qué bueno eres! Te amaré siempre.

—¿De veras?

—Tu duda me ofende.

—Perdona, angel mío; perdona, palomita mía.

—¡Por Dios, Bernardo, no hables de ese modo!

La voz de Bernardo, voz en estado de *mudanza*, y que por consiguiente tenía todos los tonos conocidos, era una especie de escala discorde, capaz de destrozar los tímpanos á un músico de la murga; pero Serafina encontraba dulces y armoniosos todos los *cambiantes* de la voz de su Bernardo.

El amor tiene el privilegio exclusivo de embellecerlo todo.

—¡Cuánto has sufrido!—repuso Serafina.

—Por tí, Serafina, porque eres el hada de mis ensueños, y por la cual me siento con la fuerza de Sansón, con el valor de Alejandro,

con el coraje del Cid, exceptuando aquellos momentos en que estoy afectado.

—Si me amas como dices, ¿por qué no procuras conquistar las simpatías de mi papá, como has conquistado las mías?

—¿Qué es lo que me propones, desgraciada? ¡Tú quieres que tu padre me arroje por el balcón, cuando al preguntarme mi clase, mi fortuna, le conteste: Meritorio del ministerio de la Gobernación, con dos mil reales de sueldo al año!

—¡Es verdad!—contestó Serafina.

—Esperemos, cándida paloma, purísima azucena, estrella matutina. El gobierno está en crisis, esto no puede durar. Ayer decía un escribiente amigo mío, hombre muy profeta en política, que esta situación se va. Si la noticia es cierta, seremos dichosos, porque soy íntimo amigo del primo de una hermana del cuñado de una tía del presunto ministro futuro. Entonces yo caeré á los piés de tu padre con mi nueva credencial en la mano, y le pediré la tuya.

—Sí, sí, tienes razón; esperemos.

—¡Ay, Serafina! ¡Cuánto siento dejarte! Pero estoy débil, hace más de veinte horas que por mi garganta no han pasado más que suspiros enamorados. Mañana es día festivo y te veré en la verja de San Sebastián.

Serafina suspiró, mirando, ora á Bernardo, ora á Juana.

—Bernardo, no puedes salir de casa,— contestó con entonación dramática Serafina.

—¡Cómo!

—No puedes salir.

—¿Por qué?

—Mi padre se ha llevado la llave.

—La ocurrencia no tiene maldita la gracia. ¿Qué hacer?

Juana, que hasta entonces no había tomado parte en la conversación, dijo:

—¡Toma! No le queda á usted otro remedio que tener paciencia.

—¡Paciencia! Estoy encerrado en un armario desde las diez de la mañana y ya ha llegado la noche. ¿Te parece que he tenido poca paciencia?

—Pues bien, es preciso que tenga usted un poquito más,—repuso Juana.

—Juana, querida Juana,—exclamó Bernardo,—tú has sido siempre nuestra Providencia; tienes astucia; nos has salvado mil veces de caer en manos de don Tadeo; busca, pues, un recurso para que yo salga de esta casa; de lo contrario, estoy perdido.

—Tengo un medio,—exclamó Juana levantándose.

—¡Ya lo decía yo! Habla.

—El señorito pesa poco...

—Adelante,—contestó interrumpiéndola algo ofendido Bernardo.

—Está flaco como un anguila...

—Sigue, mujer, sigue.

—Pues bien, se unen tres sábanas, y si no son bastantes, cuatro; atamos al señorito por la cintura y le descolgamos por la ventana que da al patio; pero antes llamaremos al perro y le tiraremos una libreta para que se entretenga comiendo y no se ocupe del señorito al verle bajar.

—¡Ah! ¿Con que después del peligro del descendimiento me espera el perrito, dispuesto á cenarse mis pantorrillas? No, no, Juana.

—No hay otro remedio; y gracias podemos dar porque la señora no se haya llevado la llave del armario, como acostumbra.

—¡Pero, desgraciada! —exclamó Bernardo.—¿No conoces que estoy desfallecido, que me voy á morir de hambre?

—Por eso no se apure usted; no faltará algo en la despensa con que reponerle las fuerzas.

—Eso me tranquiliza, eso me consuela. Cuando el estómago se siente débil, todo el cuerpo vacila, sobre todo la cabeza.

—Sí, pobre Bernardo; es preciso que te repongas. Vamos, Juana, vamos al comedor.

Y convencidos de la imposibilidad de salir de casa, se encaminaron hacia el comedor.

CAPITULO V.

En el teatro.

El señor Bruno era un lugareño en toda la extensión de la palabra; llevaba una chaqueta larga y ancha, un chaleco de pana sin cuello, un pantalón de paño burdo tan holgado como la chaqueta, una faja negra de estambre y un ancho sombrero.

Un huésped de aquella facha y de aquella naturaleza no era el más á propósito para llevarle al teatro Español ó al de la Ópera, donde el lujo y la elegancia se ven por todas partes, y en donde el gas brilla más que en los otros teatros.

Prescindiendo de estas razones, don Tadeo tuvo otra para llevarle al teatro de Novedades: se representaba *La Huérfana de Bruselas*, melodrama entretenido, interesante, donde no falta un traidor á quien odiar,

una dama joven á quien querer, un galán joven que se hace simpático, y un acompañamiento de truenos, relámpagos y demás accesorios indispensables para entretener al público de buena fe que concurre á los teatros.

Se dirigieron, pues, á Novedades; pero antes entraron en un café, porque á los forasteros es preciso hacerles pasar el tiempo lo más agradablemente posible.

Don Tadeo tomó un palco principal, pues de este modo el señor Bruno podría estar más á sus anchas.

La costumbre es una segunda naturaleza. Cuando una cosa se sabe de memoria es inútil estudiarla. He aquí dos verdades de Pero Grullo, consignadas para decir que al señor Bruno le hizo mucho más efecto el teatro que á los que tienen la costumbre de asistir todas las noches.

Empezó el lugareño por admirarse del telón de *boca;* le parecieron una cosa del otro jueves las figuras que tiene pintadas, produciéndole el efecto del silencio.

—¡Válgame Dios, y qué *aparente* está todo esto!—exclamó el señor Bruno.—¡Y que no se hubieran alegrado poco Anastasia y Benita de ver ese cortinón!

Anastasia era la mujer del señor Bruno; Benita, su hija.

—Pues eso es muy fácil; puede usted traerlas cuando quiera,—dijo Dorotea.

—Las mujeres tienen que quedarse en casa con la pierna rota,—murmuró el lugareño.

—Vamos, querido Bruno, eso es ser muy egoista,—añadió don Tadeo.—¿No viene usted á Madrid?

—Sí señor; pero yo...

—Es usted hombre.

—¡Claro!

Aquí comenzó la orquesta. El señor Bruno se creía trasportado al quinto cielo.

Durante el primer acto el lugareño hizo varias exclamaciones, y al terminarse dijo:

—Me parece que á esa pobre muchacha le sucederá una desgracia, á pesar de la protección que le presta el abuelo del casacón.

El abuelo del casacón era el abate L'Epée.

Llegó el acto segundo, donde el melodrama adquiría toda su fuerza.

El señor Bruno ni siquiera respiraba; tal era el interés que le causaba lo que veía.

De vez en cuándo murmuraba por lo bajo:

—De buena gana le encajaba á ese pillastre un garrotazo en el cogote.

Pero cuando el lugareño no pudo detenerse fué en aquella situación en que Walter se oculta en la cochera.

El señor Bruno, lleno de indignación al ver las infamias de aquel hombre, y tomando la farsa teatral por una verdad palmaria, se puso en pié y exclamó, extendiendo los brazos en dirección al escenario:

—¡No se fie usted, que está ese tunante escondido en la cochera!

Estos arranques de buena fe en medio del silencio de una representación no son extraños al público, pero siempre producen su efecto correspondiente, y se oyeron muchas voces que gritaron:

—¡Fuera!

—¡Silencio!

—¡Bárbaro!

Don Tadeo tiró del señor Bruno hasta sentarle en la silla; Dorotea hubiera querido hallarse fuera del palco. El ruído, los gritos, las carcajadas duraron muy poco, pero lo suficiente para que todo el mundo dirigiera los ojos hacia el sitio de donde había salido la voz estrepitosa del espectador entusiasta.

—¡Qué barbaridad!—dijo Dorotea.

—Nos ha fastidiado usted,—repuso don Tadeo, que se indignó del arranque intempestivo del lugareño.—Aquí no se habla en voz alta, y mucho menos dirigir la palabra á los actores durante la representación.

—Ya lo veo,—contestó en voz baja el señor Bruno.—Todos esos señorones que están en las sillas *colorás paece* que me han dirigido una mirada como si quisieran tragarme. Pero ese tío que quiere apoderarse á la fuerza de la muchacha es un mal hombre.

—¡Bah! Todo eso es mentira,—repuso Dorotea con la mejor buena fe.

—Sí, sí; esto no es otra cosa que un *esperimento* de la verdad. ¡Pero si *paece* de veras!—contestó el señor Bruno.

Durante la representación, el lugareño no volvió á despegar los labios.

Cuando llegó el baile, cuando vió revolverse sobre el tablado del escenario ocho parejas lujosamente vestidas, la admiración y el gozo del señor Bruno llegaron á un grado superlativo.

—¡Esto sí que me gusta! ¡Estas sí que no hacen mal á nadie!—exclamaba con la mirada fija en la escena.—¡Cuidado que son guapas! ¡Y qué *vestimenta* llevan! ¡Ya vale dinero, ya! ¡Vamos! Lo que se ve en este Madrid no se ve en ninguna parte.

Dorotea y don Tadeo se sonreían viendo el entusiasmo de su huésped.

La función teatral, como todas las cosas del mundo, tuvo fin, y nuestros amigos regresaron á su casa.

Al señor Bruno le dieron una bujía encendida en la antesala, y acompañándole hasta la puerta del gabinete, le dieron las buenas noches.

Entró en la habitación que se le había destinado, dejó la luz sobre la mesa, bostezó, se esperezó, levantando los brazos todo cuanto pudo, y se dijo para su capote:

—En mi pueblo ya estaría durmiendo hace tres horas. Y en verdad que tengo sueño.

Se encaminó hacia la alcoba, y cuando iba á abrir la puerta de cristales, se detuvo al oir una voz que decía de un modo débil:

—¡Serafina! ¡Amor mío! ¡Tu padre es un asesino!

El señor Bruno, que había extendido la mano para abrir la puerta, la encogió, retrocediendo un paso.

Al mismo tiempo oyó un golpecito en la puerta del gabinete.

El señor Bruno no las tenía todas consigo. Se hallaba hospedado en casa de una persona decente, de un hombre rico, pero todo lo que pertenecía á Madrid le inspiraba desconfianza.

Además, le parecía que el carácter de don Tadeo era fuerte, arrebatado, recordando que no había podido convencerle ni los ruegos de su mujer ni los de su huésped para que accediera á llevar á la pobre Serafina al teatro.

—Mi delito es el amor. ¿Por qué ha de querer exterminarme? Yo soy un muchacho inofensivo,—volvió á repetir la voz de la alcoba.

—Ahí hay gente,—se dijo avanzando, no sin sobresalto.—Y parece también que llaman á la puerta.

Y efectivamente, así sucedió segunda vez; pero entonces una voz femenina que penetró por el agujero de la cerradura y llegó hasta los oídos del lugareño, dijo:

—Señor Bruno, tenga usted la bondad de abrir; soy yo.

El huésped no tuvo ya duda alguna de que por lo menos una persona quería entrar.

—Veamos primero quién está en la alcoba.

Y aunque no muy tranquilo, abrió la puerta vidriera y entró.

Al pronto no vió á nadie.

Ya iba á salir de la alcoba, cuando la voz débil y apagada dijo:

—¡Asesino! ¡Asesino!

El lugareño dió un salto y salió de la alcoba; se dirigió á la puerta del gabinete y la abrió.

Una mujer entró precipitadamente, cerrando la puerta tras de sí.

El señor Bruno estuvo á punto de caer de espaldas; pero no tardó mucho en reconocerla: era Serafina.

—¡Sálvenos usted, por Dios, señor Bruno!—le dijo.—¡Sálvenos usted!

Y Serafina, que parecía hallarse desconsolada, se arrodilló á los piés del lugareño.

Este estaba absorto: todo cuánto le sucedía era extraño, sorprendente.

—Pero ¿qué le sucede á usted, señorita?—le preguntó levantándola del suelo.

—Un gran conflicto. Mi padre me ha dicho que el día que le encuentre le ahoga entre sus manos. . . .

Y Serafina, bajando la voz y dando á su

entonación un tinte misterioso que sobresaltaba más y más al lugareño, añadió:

—¡El está aquí!

—¿Sí? Pues entonces...

Y el señor Bruno se dijo para su capote:

—Yo no entiendo una jota de toda esta jeringonza.

—El corazón me dice que si le encuentra á estas horas de la noche le mata, ó por lo menos le tira por el balcón.

—¿Por el balcón? Entonces se va á perniquebrar.

—Pero usted será su salvador.

—¡Pues ya lo creo!

—Porque mi padre ha quitado la llave de la puerta y no puede salir.

—¿Y para qué quiere salir á estas horas?

—Para librarse.

—Pero ¿de quién?

—Del peligro qne le amenaza.

—Entonces, será mejor pedir socorro.

—Eso produciría un escándalo. Pero si usted le conociese...

—¿A quién?

—A Bernardo.

—¡Toma! ¡toma! ¡Pues si no hay nadie que plante á una mula una herradura mejor que él!

—¡Cómo! ¿Bernardo sabe herrar los caballos y no me lo había dicho?

—El otro día me cayó mala de un torozón la Cana, y la curó en un periquete. Eso sí;

Bernardo ha tenido una juventud muy *interceptada* con el estudio. Hoy es el muchacho de más *rigen* del pueblo. Bien hace mi hija en tenerle querencia, que al fin y á los *postres,* no tiene desperdicios.

—¿De quién está usted hablando?—preguntó Serafina, que comenzaba á hacerse un lío.

—¡Toma! De Bernardo, el albéitar de mi pueblo.

—¡Ah, vamos! Ya lo comprendo. Pero no es eso; yo hablo de otro Bernardo, de mi novio.

—¿Y es también albéitar?

—No señor, es meritorio.

—¿Y qué oficio es ése?

La voz de la alcoba volvió á decir:

—¡Serafina, tu amor será mi muerte!

—¿Le oye usted?

El señor Bruno se rascó el cogote, y dijo:

—¡Pues si he entrado en la alcoba y no he visto á nadie! ¿Habrá duendes en la casa?

—Es que estará debajo de la cama.

—¿Quién?

—Bernardo.

—¡Ah, vamos! El novio de usted.

—Y como la puerta está cerrada...

—Sí, sí, ya me lo ha dicho usted.

—Y como mi padre tiene la llave no podemos hacerle salir, y si usted no nos protege, estamos perdidos.

—Mande usted en todo aquello que yo pueda servirla.

—Es usted el hombre más bueno...

—¿Y qué es lo que usted quiere?

—Sólo deseo que Bernardo pase la noche con usted; y mañana...

—¿Y va á dormir conmigo?

—No hay mas que una cama en la alcoba; forzoso será que condescienda usted.

El señor Bruno se hallaba aturdido, y queriendo terminar tan difícil situación, exclamó:

—¡Que salga ese hombre si está en la alcoba, y acabemos!

CAPITULO VI.

Noche toledana.

Gracias á la protección de Juana y Serafina, Bernardo pudo fortalecer su decaído estómago, pues la despensa de don Tadeo se hallaba bien provista.

Cuando Juana comprendió que los amos no podrían tardar mucho, dijo:

—Es preciso que usted se oculte, señorito.

—En el armario jamás,—contestó Bernardo.—Hay ratas de día, con que ya podéis suponer si las habrá de noche, que es la hora en que salen á solazarse; y á mí las ratas me inspiran un temor increible. Ocultadme donde queráis, menos en el armario.

Entonces convinieron todos en que Bernardo se ocultara en la alcoba destinada al huésped, y que si se presentaba peligro de ser sorprendido, entonces Bernardo se mete-

ría debajo de la cama y Serafina buscaría una ocasión para interesar al forastero en favor de su amante.

Bernardo obedeció; pero como había cenado bien y además estaba excesivamente cansado, se dijo:

—Mejor será que espere echado en la cama: cuando les oiga me levantaré.

Pero Bernardo tenía diez y ocho años, y á esa edad, cuando se tiende el hombre en una cama, cuando está á oscuras, nada más natural que quedarse dormido.

Y así lo encontraron Serafina y el señor Bruno al entrar en la alcoba.

—¿Le ve usted? ¿le ve usted?—exclamó Serafina.—Duerme como un bienaventurado: es el sueño de la inocencia.

El señor Bruno, con la bujía en la mano izquierda y la derecha colocada delante de los ojos en forma de pantalla, contempló al joven, que tendido sobre la cama, dormía tranquilamente.

Entonces lo comprendió todo, aunque no tenía tan clara la inteligencia como Salomón.

—¿Sabe usted, señorita, que si su padre se entera de todo este belén, habrá aquí un *apocalice*?

—¡Ay! Ya lo sé; por eso necesitamos de la protección del señor Bruno, que va á ser para nosotros la misma Providencia.

Bernardo abrió los ojos.

Al ver á Serafina y al lugareño junto á su cama, se levantó precipitadamente.

—¡*Celestino* del siglo XIX, yo te bendigo si me salvas!—exclamó.

—Oiga usted; yo no me llamo Celestino; me llamo Bruno.

—Es que he buscado un símil para demostrarle mi agradecimiento. ¿Conque por fin accede? ¿Conque podemos pasar aquí la noche?

—Mire usted,—exclamó el señor Bruno,—yo no puedo consentir que pasen ustedes dos juntos la noche en mi alcoba; porque el amor, entre todos los animales, dice el cura de mi pueblo que es el *incesto* más dañino que se conoce.

—¡Ave María Purísima!

—¡Jesús! ¡Pues no son poco maliciosos los lugareños!—repuso Bernardo.—El que quiere pasar la noche solo, solito, soy yo; se entiende, con usted, y por consiguiente no hay ningún peligro, porque yo supongo...

—Eso ya es harina de otro costal. Usted quédese en buen hora, ya que la cosa se ha *manifestado* de esta manera; pero lo que es la señorita, de ningún modo.

—¿Me permite usted que le abrace?—le preguntó Bernardo, que deseaba captarse las simpatías del lugareño.

—¿Por qué no?

—¡Ah! ¡Qué bueno es usted!

—Mañana muy temprano, cuando Juana vaya á la compra,—añadió Serafina,—entrará á buscar á Bernardo para que salga de casa sin que nadie le vea. Yo me retiro.

—¡Ay, Serafina, y qué malos ratos proporciona el amor!

—Súfrelo todo resignado por mí.

—¡Adiós, ángel terrestre!

Bruno y Bernardo se quedaron solos.

—Si le parece á usted,—dijo el señor Bruno,—podemos acostarnos; yo tengo sueño.

—Como usted guste.

—¡Ah! ¿Usted *pernea* durante la noche?—preguntó el lugareño quitándose la chaqueta.

—¿Y qué es eso?

—Que si tira usted coces cuando duerme.

—¡Hombre! Coces... lo que es materialmente coces no, porque no soy ninguna caballería; pero suelo menearme de vez en cuándo.

—¿Ronca usted?—volvió á preguntar Bruno desarrollándose la faja de la cintura.

—No ronco, caballero.

—Pues lo que es yo, dice mi mujer que tengo dos trompetas en las narices; se me oye desde la calle.

—Me parece que voy á pasar una noche divertida,—se dijo Bernardo quitándose la levita.

El señor Bruno se quedó en camisa.

Como no tenía la costumbre de usar cal-

zoncillos ni medias, Bernardo pudo ver unas piernas dignas de producir un desvanecimiento de cabeza al hombre menos delicado.

—Este paleto no se ha lavado los piés desde el tiempo del Empecinado,—murmuró el pollo.

Afortunadamente, el señor Bruno gastaba una camisa excesivamente larga, de esa tela gorda llamada hilo crudo.

Bernardo suspiró, como el que no tiene otro remedio que resignarse, y se desnudó.

Se metieron en la cama.

—¿Se ha persignado usted?—preguntó el lugareño.

—No señor.

—¡Hombre! ¿Puede usted dormir sin hacer la señal de la cruz sobre la frente? ¡Qué Madrid! ¡Qué Madrid!

Bernardo se persignó para no ofender á su compañero de lecho.

La cama no era muy ancha.

El señor Bruno apagó la luz.

El lugareño era un hombre que pesaba siete arrobas y vintiuna libras, mientras que Bernardo no llegaba á las tres y catorce.

La cama, siguiendo las leyes de la gravedad, se hundió por la parte donde descansaba el cuerpo del señor Bruno.

Bernardo, á pesar suyo, se sentía arrastrado hacia el hoyo, como si el cuerpo de su compañero tuviera imán.

—No se acerque usted tanto,—dijo el lugareño.

Bernardo se colocó todo cuanto pudo á la orilla, por dos razones: primera, por no descontentar á su protector; después, porque el lugareño no olía muy bien que digamos, y el joven era bastante delicado de olfato.

—¡Pero, hombre! ¿Es posible que estén ustedes en Madrid tan echados á perder?—le preguntó el señor Bruno.

Bernardo no contestó.

El señor Bruno, que indudablemente no se encontraba del todo bien, dió una vuelta para colocarse mejor, y cogió como una prensa debajo de su cuerpo al delicado pollo enamorado.

Bernardo lanzó un gemido ahogado é hizo esfuerzos inauditos para salir de aquella situación.

—¡Estese usted quieto!—le dijo el lugareño.—Parecen sus piernas de usted unas devanaderas.

—¡Pero si me está usted despachurrando!

—Tiene usted unas rodillas que parecen leznas.

—Sí, no estoy tan gordo como usted.

Al fin se restableció el orden.

Bernardo notó que su compañero respiraba con más desahogo: el sueño descendía tranquilamente sobre los morenos párpados de aquel hijo del campo.

De repente se oyó un ruído en la alcoba, que sobresaltó á Bernardo: el lugareño había lanzado al viento el primer ronquido.

—¡Esto me faltaba! Este hombre sopla como un delfín. Si se vuelve de cara á mí me va á constipar,—se dijo el pollo.—Me menearé un poco, á ver si le despierto.

Fué inútil: los ronquidos continuaron con una regularidad admirable, desesperante; sólo que á medida que el sueño se iba afirmando, crecían, tomaban una entonación más fuerte, más sonora, más poderosa.

—¡Ah!—dijo el pollo.—¡Qué bueno es dormir solo! No oye uno roncar á nadie.

Trascurrieron algunos segundos.

Bernardo hacía esfuerzos por conciliar el sueño; pero todo fué inútil. De pronto sintió un gruñido sordo en el interior de su vientre; luego un pinchazo, y después varios más.

—Me parece que me ha hecho daño la cena,—dijo.—¡Ya me lo temía yo!...

Bernardo notó que, cómo consecuencia del dolor de vientre, sentía necesidad de otra cosa que no hay costumbre de nombrar en letras de molde.

—¡Estoy fresco!—se dijo.

Y un gemido doloroso se escapó de su pecho.

El dolor aumentaba. Bernardo hacía todos los esfuerzos imaginables para contenerse.

—¡Maldita cena! Lo que me ha sentado mal ha sido el plato de pisto. ¿Qué hacer?

Bernardo comenzó á sudar. La situación en que se encontraba era grave. Por fin se resolvió á dar parte á su compañero de lo que sentía.

—¡Señor don Bruno!—dijo.

El lugareño no respondió.

—¡Señor don Bruno!—repitió, cogiéndole por un brazo y sacudiéndole.

—¿Qué? ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? ¿Qué quiere usted?—contestó el señor Bruno entre sueños.

—Me siento malo.

—¿Y á mí qué me importa?—replicó el señor Bruno formulando un gruñido.

—¡Si viera usted que retortijones de tripas tengo!...

—Vuélvase usted boca abajo; así se va el dolor.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—¿Aprieta?

—¡Ya lo creo! Parece que me ha hecho daño la cena. ¿Sabe usted dónde está el número 100?

—El número 100 debe estar al final de la calle.

—¡Dios mío! Entonces, ¿cómo me las voy á arreglar si...

—¿Y qué falta le hace á usted el número 100?

—¡Ah! ¡Si usted se encontrara en mi caso!... ¡Si usted sintiera lo que yo siento!... ¡Uf!...

—Duerma usted y calle,—contestó el lugareño.

Bernardo hizo un esfuerzo supremo.

Trascurrieron unos segundos, y volvieron á oirse los robustos ronquidos del señor Bruno.

Las narices del lugareño le hacían á Bernardo el efecto de las trompetas del juicio final.

Mientras tanto, los sufrimientos del pollo aumentaban, la indigestión se manifestaba á cada instante más terrible, más amenazadora.

Comprendió que era indispensable tomar una resolución, porque permanecer en la cama era un grave peligro.

Un feliz pensamiento asaltó de pronto su mente.

El horrible armario que tantos disgustos le había proporcionado iba á ser entonces su salvador.

—Afortunadamente,—se dijo,—tengo fósforos.

Bernardo se incorporó en la cama, procurando no despertar al lugareño, que roncaba tranquilamente, y se deslizó poco á poco hasta poner los piés en el suelo.

Había dejado la ropa en una silla: lo difícil era encontrarla.

Nada más fácil que desorientarse en una

habitación, por pequeña que sea, cuando se pretende buscar á oscuras un objeto.

Bernardo, con los brazos extendidos, comenzó á buscar lo que deseaba; pero como los dedos no tenían, desgraciadamente para él, la facultad de ver, tropezó con la palmatoria que se hallaba encima de la mesa, derribándola.

Todos los ruídos se aumentan en el silencio de la noche; y como la palmatoria había caído dentro de la palancana de un lavabo, el estrépito fué grande.

El señor Bruno se despertó, y dijo:

—¿Quién anda ahí?

Bernardo iba á contestarle, cuando el ruído que produce un fósforo al encenderse se oyó en la habitación inmediata.

—¿Has oído?—dijo una voz, en la que el pollo reconoció la de don Tadeo.

—Sí. Parece que se ha roto algo en el gabinete,—contestó otra voz femenina, que era la de Dorotea.

—¿Serán ladrones?

—¡Virgen Santísima!

—No te muevas. Aquí tengo el revólver. Veré lo que es.

El señor Bruno se había vuelto á dormir.

La alcoba tenía una puerta de escape, y encima una ventana fija de cristales. A través de ésta penetró un rayo de luz.

Bernardo se estremeció. Dos enemigos le amenazaban: el dolor de tripas y el padre de

su amada. No tenía un momento que perder. Salió de la alcoba, llegó al armario... pero ¡oh, fatalidad! estaba cerrado y habían quitado la llave.

Entonces no tuvo otro remedio que volverse á la alcoba y esconderse debajo de la cama.

Su situación era apurada.

Hizo todos los esfuerzos imaginables para contenerse, pero no pudo.

—Sea lo que Dios quiera,—murmuró en voz baja, exhalando un suspiro.—Yo no puedo más.

Y sin grande esfuerzo se libró del primero de los enemigos que le asediaban.

La puerta de escape de la alcoba se abrió; Bernardo pudo ver á don Tadeo, que con un revólver en la mano derecha y una bujía encendida en la otra entró con muchas precauciones.

Llevaba puesto el gorro de dormir, y se envolvía el cuerpo con una bata.

Al pollo le pareció su suegro más feo que nunca; porque sabido es que el miedo desfigura los objetos, y con justa razón temía que le encontrara, y tomándole por ladrón, le descerrajara un tiro á boca de jarro.

Don Tadeo avanzó hasta colocarse junto á la cama del lugareño.

Este roncaba tranquilamente.

Bernardo no respiraba de miedo.

El dueño de la casa estuvo un momento inmóvil delante del lecho, vacilando entre despertar al señor Bruno ó seguir sus investigaciones.

Afortunadamente, no reparó en la palmatoria que había roto la jofaina, y cuya caída había dado motivo para sobresaltar á don Tadeo.

Por fin se decidió á continuar su registro; salió de la alcoba y comenzó á registrar el gabinete.

Bernardo respiró con más libertad.

Trascurrieron algunos segundos, que fueron un siglo para el pollo enamorado. Ya se creía libre del revólver de don Tadeo, cuando nuevamente vió presentarse el reflejo de la luz en los cristales de la alcoba.

Don Tadeo, poco satisfecho de sus pesquisas, se había decidido á interrumpir el sueño de su huésped y dirigirle algunas preguntas.

Entró en la alcoba.

Bernardo se arrimó todo cuanto pudo á la pared: hubiera querido en aquel momento haberse convertido en una oblea ó evaporarse.

—¡Bruno! ¡Bruno! ¿Duerme usted?—dijo don Tadeo.

El lugareño sólo contestó á esta pregunta con un ronquido poderoso.

—¡Qué bárbaro!—pensó don Tadeo.—¿Es posible que no haya oído nada! Ni un cañonazo le despierta.

Y cogiéndole por un brazo, le sacudió con fuerza.

El señor Bruno abrió los ojos. La luz que llevaba el dueño de la casa le hirió vivamente en las pupilas, hizo un gesto desagradable, y volviéndose del lado de la pared, dijo entre sueños:

—Apague usted la luz.

—Despiértese usted, Bruno. He creído oir un ruído,—dijo don Tadeo.

—Será el gato.

—¡Si no hay gato!

—Pues será el perro.

—¿Quiere usted despertarse?

—Si no se calla usted, llamo á don Tadeo.

Esta amenaza llamó la atención del dueño de la casa.

—Pero ¿qué diablos está usted hablando?

El señor Bruno, que no podía despertarse del todo, hizo un esfuerzo, dió un manotón á la luz y soltó un gruñido.

La alcoba se quedó á oscuras.

El ruído que produjo el candelero al caer y una exclamación enérgica de don Tadeo, llegaron claramente hasta los oídos de doña Dorotea, que se hallaba bastante sobresaltada.

La pobre señora creyó que su marido había tropezado con los ladrones, y comenzó á gritar:

—¡Ladrones! ¡ladrones!

El señor Bruno se despertó entonces, ba-

jando precipitadamente de la cama; y como por desgracia tropezó con don Tadeo, que se dirigía á tientas hacia la puerta de escape, en busca sin duda de otra luz, le agarró por el cuello, diciendo:

—¡Ah, tunante! ¿Conque se va usted de mi cama, cuando me había ofrecido no menearse hasta que viniera la criada á buscarle?

—¡Luces! ¡luces!—gritaba desaforadamente don Tadeo.—¡Aquí, Dorotea, aquí!

—*¡Carachi!* ¿Si me habré *enquivocao?*—se dijo el lugareño, reconociendo la voz de don Tadeo.

Doña Dorotea no se atrevía de miedo á moverse de la cama; pero llamaba con acento desfallecido á Juana, que sospechando lo que pasaba, se levantó de su lecho, encendió una lamparilla y entró en la alcoba. Al ver en camisa al señor Bruno, que tenía cogido por el cuello á don Tadeo, no pudo contener un grito, y volvió la cara á otra parte, llena de rubor.

—¡Calla! ¿Es usted, señor don Tadeo?—exclamó el señor Bruno dirigiendo una mirada en derredor suyo buscando al pollo.

—Sí, yo soy,—contestó sofocado don Tadeo.—Dé usted gracias á Dios que no ha sucedido una desgracia. No sé cómo me he contenido.

—Pero ¿qué es lo que ha pasado?—preguntó el lugareño.

—¿Lo sé yo, por ventura? Oí un ruído es-

trepitoso y me levanté; reconocí la alcoba y el gabinete, no vi á nadie, y entonces quise preguntar á usted si sabía algo; pero usted, en vez de contestarme categóricamente, encajó un sopapo á la luz y se arrojó sobre mí como un perro rabioso.

El señor Bruno comprendió que había cometido una imprudencia, y queriendo corregirla, se esforzó por reirse, diciendo:

—¡Vaya! ¡vaya! Pues eso es sin duda que estaría soñando. Usted perdone, señor don Tadeo.

Este, mientras tanto, había recogido la bujía del suelo, encendiéndola con la luz de la lamparilla.

—Voy en un instante á tranquilizar á mi mujer, y vuelvo para que registremos la casa, no sea que se haya introducido algún ladrón.

Don Tadeo salió, y entonces el lugareño, dando una vuelta por la alcoba, dijo:

—¿Dónde diablos se habrá ocultado el lechuguino?

Bernardo sacó la cabeza por debajo de la cama, y contestó:

—Estoy aquí más muerto que vivo, señor don Bruno.

Esta voz triste y doliente hizo volver la cabeza á Juana, que al ver á Bernardo con el cabello en desorden y extremadamente descolorido, exclamó:

—¡Pobre señorito!

—¿Qué va á ser de mí si me encuentran?

—Si usted no se hubiera meneado de la cama como me dijo... ¡Pero si creo que padece usted el baile de San Vito!—contestó el lugareño.

—¡Si pudieran ustedes echarme á la calle!

—Se me ocurre una cosa,—dijo Juana.

—Habla.

—Bajémosle por el balcón atando dos sábanas.

—Pero ¿y si me caigo?

—El señor Bruno tiene mucha fuerza.

—Lo que es por eso no hay cuidado.

—¡Silencio, que viene el amo!

El pollo volvió á esconderse, el señor Bruno se puso los pantalones, y Juana volvió ruborizada la cabeza hacia la pared.

Juana era una muchacha lista y serena. Comprendiendo que una de las cosas que se miran con más escrupulosidad cuando se registra una casa son las camas, levantó la colcha de la del lugareño, diciendo con serenidad:

—Aquí no hay nada.

Don Tadeo y el señor Bruno salieron de la alcoba, se registró toda la casa, y no encontrando nada, cada cual se retiró á su dormitorio, volviendo á renacer la calma.

—¡De buena nos hemos librado!—dijo el pollo, saliendo de debajo de la cama, así que vió al lugareño solo.

—Oiga usted, mocito, por esta pase; pero si vuelve á *interceptarme* el sueño, si se rebulle en la cama, si se menea, llamo á don Tadeo y se entenderá usted con él.

Bernardo pensó que el lugareño sería muy capaz de poner por obra su amenaza, y guardó silencio. Ya se disponía á meterse en la cama, cuando se oyeron pisadas ligeras en el gabinete. Ya estaba á punto de desmayarse, pero la presencia de Juana en la alcoba le reanimó.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

No perdamos el tiempo. Es preciso que se decida usted á bajar por el balcón. Si el señor le encuentra aquí, sería capaz de matarle.

—¡Ave María Purísima!—murmuró Bernardo.

Juana cogió las dos sábanas de la cama del lugareño, las ató bien, luego ató la faja y dijo:

—El balcón no está muy alto; con esto habrá de sobra para llegar á la calle.

—Pero ¿y si me caigo?

—No tenga usted miedo; todo lo más que puede sucederle es romperse una *pata*.

—¡Qué salvaje!

—No hay otro remedio. La vida de usted y la tranquilidad de la señorita se hallan comprometidas mientras usted permanezca en esta casa.

Bernardo suspiró.

El señor Bruno le cogió por un brazo y dijo:

—Deje usted que le ate.

Bernardo quiso protestar; pero el lugareño le amenazó con llamar á don Tadeo, y tuvo al fin que ceder.

Juana abrió el balcón.

El infeliz Bernardo se encomendaba en silencio á todos los santos de la corte celestial.

—¿Estarán bien fuertes los nudos?—preguntó con acento desfallecido.

—¡Si pesa usted menos que un *gurrión!*...—contestó el lugareño conduciéndole casi á la fuerza hasta el balcón.

—¡Ay, señor don Bruno! ¡Tenga usted mucho cuidado que no se le vaya la sábana de las manos! Sería una desgracia que me estrellara contra los adoquines de la calle.

—¡Pues no es usted poco medroso!—contestó el lugareño.

Y cogiéndole por la cintura, le sacó fuera de los hierros del balcón.

Bernardo cerró los ojos y comenzó á descender, llegando felizmente al suelo.

Una vez allí, respiró, y desatando la sábana que tenía sujeta á la cintura, desapareció precipitadamente por la calle inmediata.

CAPITULO VII.

Lo que sucedió al señor Bruno.

El señor Bruno tenía la costumbre de madrugar, y como le fué imposible conciliar el sueño después de lo que le había pasado, dejó la cama y la alcoba, cuyo perfume era insoportable, y abrió el balcón.

Comenzaba á amanecer. Por las calles apenas se veía alguno que otro transeunte.

El lugareño recordaba todos los acontecimientos de la noche anterior, sin olvidar la pérdida de las alforjas y la copa de aguardiente que todas las mañanas se echaba entre pecho y espalda allá en el pueblo.

Cuando vió venir por la calle una recua de burras de leche, suspiró, recordando su Cana, á la cual no había visto desde el día anterior.

Poco á poco creció la animación, fueron

abriéndose las tiendas, y las calles tomaron ese carácter de vida, de movimiento, que tanto admira á los sencillos habitantes de los pueblos, y del que tan poco caso hacen los hijos de Madrid.

El señor Bruno se dijo:

—Los habitantes de Madrid madrugan poco. Voy á ver si la muchacha me abre la puerta, y daré un paseo por esas calles de Dios.

Se retiró del balcón y se dirigió hacia la cocina, donde Juana estaba encendiendo la lumbre.

—¡Hola, muchacha! Buenos días nos dé Dios.

—Buenos los tenga usted, señor Bruno. ¿Se ha dormido bien?

—De todo hubo en la viña del Señor.

Juana se sonrió maliciosamente.

—¡Ah! Me olvidaba decirte que des una vuelta por la alcoba,—añadió Bruno;—porque como al señorito le dolían las tripas, puede que haya hecho alguna que sea *soná*.

—¿Qué me dice usted, señor Bruno? ¿Habrá sido capaz de...

—Los malos olores son muy *intrépidos*, por todas partes se introducen, y como toda la noche tuvo el sueño *interceptado* á causa de los dolores de tripas...

—¡Pues no faltaba otra cosa!

—Mira, ábreme la puerta; quiero dar un *rumbo* por esas calles. ¡Ah! ¿Dónde está mi

pollina? Quiero ir á *manifestarme* en su cuadra.

—La pollina está en la cuadra del señor Nogales, amigo de mi amo.

—¿Y dónde vive ese señor?

—En la calle de Segovia, número 15.

—Número 15, calle de Segovia, señor Nogales... No lo olvidaré.

Juana pidió la llave á Dorotea, y abrió la puerta al señor Bruno.

Cerca de la casa de don Tadeo había una taberna: el lugareño entró en ella, bebió una copa de aguardiente, y se dijo:

—El aguardiente es muy sano; da mucho *rigen* al cuerpo.

Desde la plaza Mayor se dirigió á la calle de Segovia, y no tardó mucho en encontrar la cuadra donde estaba la pollina.

El mozo le hizo entrar, y el señor Bruno vió á la burra con gran satisfacción, si bien le pareció que estaba un poco triste.

—Podrá estar triste,—contestó el mozo,—pero tiene buen diente.

—El apetito no lo pierde nunca,—contestó el lugareño haciendo una caricia al animal;—pero ¡ya se ve! como está tan acostumbrada á ver el campo...

El señor Bruno echó un cigarro con el mozo, le convidó á una copa en la taberna de enfrente, y despidiéndose de la pollina, salió de la cuadra.

Durante una hora, el bueno del lugareño estuvo vagando á la ventura por las calles de Madrid, sin advertir que hacía un rato le seguía un prójimo. Cuando llegó á la Puerta del Sol oyó una voz que le llamaba:

—¡Señor Bruno! ¡señor Bruno!

El lugareño se detuvo, volvió la cabeza y reconoció á Bernardo, el pollo que tan mala noche le había dado.

—¡Hola! ¿Es usted?—le contestó.

—El mismo, señor Bruno. ¡De buena nos hemos librado!

—Lo que es si le pilla don Tadeo se arma *la fin del mundo.*

El prójimo que seguía al lugareño se acercó á él todo cuanto pudo, y fingiendo que leía un periódico que llevaba en la mano, se puso á escuchar la conversación.

—Me dijo ayer Juana que la familia de don Tadeo se iba con usted á Mejorada.

—Todos los años vienen á la fiesta.

El pollo suspiró. Luego dijo:

—Señor don Bruno, yo no puedo olvidar fácilmente los favores que se me hacen. Anoche me salvó usted la vida. Es preciso que almorcemos juntos. Hoy me hallo en fondos: cobré ayer la mensualidad.

—En verdad que tengo apetito: el no dormir da hambre.

—Entonces, vamos al café Imperial; nos propinaremos un *biftek.*

—¿Y qué demonches es eso?

—¡Ah! ¿No sabe usted lo que es un *biftek*?

—No lo he visto nunca en mi pueblo.

—Pues de seguro que le gustará.

Y Bernardo, cogiendo del brazo al lugareño, le condujo hasta el café indicado.

Cuando el señor Bruno vió el *biftek*, se dijo para su capote:

—Esto debe estar bueno.

Partió el trozo de carne como Dios le dió á entender, y como Bernardo se había olvidado de decir al mozo que le sirviera la carne á la española, estaba como acontece siempre, casi cruda. Al ver la sangre, el señor Bruno miró á su anfitrión, y dijo:

—Esto está crudo: ese bestia se ha olvidado de freir la carne.

—Se come así,—repuso el pollo sonriendo.

—Pues es una cosa que no me gusta.

—Dicen que la carne cruda es más sana.

—Eso será para los enfermos; pero ¿qué falta me hace á mí medicinarme? Estoy bueno.

Y levantando la voz, añadió:

—¡Eh, tú, muchacho! Llévate esto y fríe un poco más la carne, que yo no soy perro para comerla cruda.

El camarero retiró el plato, no sin dirigir una mirada de desprecio al paleto.

Mientras se asaba un poco más la carne, Bruno se comió el panecillo y se bebió dos copas de vino.

Al servir segunda vez el *biftek,* tuvo que sacar más pan y más vino el camarero.

Cuando Bernardo comprendió que el apetito del lugareño comenzaba á hallarse satisfecho, gracias al *biftek* y un plato de riñones salteados, creyó que había llegado la hora de hablarle de su pleito.

—¡Ay, señor Bruno!—le dijo.—Usted puede ser mi ángel tutelar, mi protector. Yo amo á Serafina, y ella me ama á mí, como usted sabe; pero su padre está empeñado en matar nuestra felicidad, oponiéndose á esta inclinación que nace de nuestras almas. Si usted fuera tan bueno, si usted fuera tan amable que intercediese en favor nuestro...

—No sé cómo.

—Convidándome á las fiestas del pueblo, dándome hospitalidad en su casa; de ese modo podría ver á mi adorada Serafina.

—Lo que usted quiere no puedo hacerlo yo; don Tadeo se enfadaría. Además, yo me marcharé pronto, en cuanto pague las mulas que compré este verano, pues he venido exprofeso á traer el dinero á los chalanes.

—¿Se niega usted?

—¡Está claro que me niego! Bastante hice anoche. Además, á mí nunca me ha gustado hacer el oficio de tercero.

—Mata usted todas mis esperanzas.

—Pídame usted otra cosa; pero lo que es eso...

—Yo le creía á usted más blando de corazón,—dijo por fin Bernardo.—¡Cómo ha de ser! Buscaré otra casa en el pueblo donde me admitan, pues si Serafina se marcha me será imposible pasar un mes sin verla.

—Eso ya es otra cosa. Si vive usted en otra casa que la mía, don Tadeo no podrá reconvenirme.

Después de esto, Bernardo se despidió del lugareño, arrepentido de haberle convidado á almorzar.

Se quedó el señor Bruno solo en la Carrera de San Jerónimo, y ya iba á dirigirse hacia la casa de don Tadeo, cuando sintió que le abrazaban con muestras de expresivo cariño.

Grande fué la sorpresa del lugareño, pues no conocía, ó por lo menos no recordaba haber visto nunca al prójimo que le estrechaba entre sus brazos.

—¿Usted en Madrid, señor Bruno? ¡Oh! ¡Cuánto me alegro, y cuánto se va á alegrar también mi noble hermana la baronesa! ¡Le quiere á usted tanto!...

Estas palabras del desconocido aumentaron el asombro del lugareño.

—Yo creo que usted debe haberse *enquivocao,*—dijo el señor Bruno, repuesto un tanto de su sorpresa.

—¡Equivocado! Nada de eso,—añadió el desconocido.—Usted es el flaco de memoria; pero de seguro que en cuanto vea á mi her-

mana la baronesa la recordará perfectamente, y ella se alegrará infinito de verle. Vamos, vamos.

Y el desconocido cogió del brazo al señor Bruno, y le condujo á pesar suyo hacia la calle de la Cruz.

Aunque el señor Bruno no se hallaba muy familiarizado con la aristocrática sociedad de Madrid, le extrañó que una baronesa viviera en una casa de tan modesta apariencia.

El señor Bruno subió hasta el piso segundo, seguido, ó más bien arrastrado por el prójimo, que no cesaba de hablarle del buen efecto que su presencia causaría á su noble hermana.

Llamó el desconocido, abrieron la puerta, y entraron en la habitación.

El señor Bruno se encontró en una sala en donde había algunas personas de ambos sexos sentadas alrededor de una mesa.

Como el hermano de la baronesa le llevaba cogido del brazo y le pasó por la sala conduciéndole rápidamente hacia una puerta cerrada, no pudo fijarse en lo que hacían aquellos prójimos, al parecer muy ocupados.

El señor Bruno y el desconocido entraron en un pequeño gabinete.

—Tenga usted la bondad de esperar aquí,— dijo.—Voy á avisar á mi hermana.

El lugareño se quedó solo.

Aquella habitación, extremadamente pe-

queña, no tenía mas muebles que un sofá, dos butacas de guttapercha y un velador.

En la chimenea ardían algunos troncos.

Cuatro estampas francesas con marcos de caoba adornaban las paredes.

El señor Bruno se entretuvo contemplando aquellas estampas, que representaban tipos de mujeres de la mitología.

El lugareño no encontraba muy decentes los trajes de aquellas *señoras,* que con tan poca aprensión enseñaban lo que la decencia manda tener oculto; pero como no tenía nada que hacer, se entretenía en mirarlas.

Así se hallaba matando el tiempo nuestro buen amigo, cuando se abrió la puerta de la alcoba y se presentó una señora.

Un hijo de Madrid, un hombre conocedor de ciertas clases de la sociedad que llevan un sello característico en el semblante, no se hubiera equivocado con respecto á la mujer que entró en el gabinete. Tendría treinta años de edad, era medianamente parecida, gracias al colorete con que se había embadurnado el semblante, vestía una bata escocesa de vistosos colores, y llevaba arrollado por el cuello un gran collar de abalorios.

El señor Bruno se levantó, á tiempo que la del vestido escocés, con la sonrisa en los labios, se le acercaba tendiéndole una mano.

—¡Mi querido Bruno!—dijo la señora estrechando la mano del lugareño.

El señor Bruno abrió todo cuanto pudo los ojos por ver si reconocía á la baronesa; pero ni por esas: nunca la había visto.

—No puede usted pensarse la alegría que he sentido—añadió la del collar—cuando mi hermano me ha dicho que usted me estaba esperando. Pero siéntese usted, siéntese usted; nada de cumplidos: como si estuviera usted en su casa.

El lugareño caminaba de sorpresa en sorpresa.

—¿Y cómo queda la familia, allá en el pueblo?—preguntó la baronesa.

—Bien, señora; todos están sin novedad.

—Supongo que se hospedará usted en mi casa.

—¿Aquí? Nada de eso: tengo ya casa en Madrid.

—¡Ah, sí! ¡Vamos! Se habrá usted hospedado en casa de don Tadeo.

—¡Calla!—pensó el señor Bruno.—Pues también conocen al señor Rodríguez.

—Eso no implica para que hoy almuerce usted con nosotros.

—El caso es que he almorzado ya, señora.

Y el señor Bruno sintió haber aceptado el convite del pollo, calculando que en casa de una baronesa sería el almuerzo mucho mejor.

—Pues yo no le dejo á usted marchar sin que tome algo, aunque no sea mas que unos pastelillos y una copita de licor.

—Pero ¿dónde habré yo conocido á esta mujer?—se decía el señor Bruno sin poder dar en ello.

La baronesa, entre tanto, tiró del llamador de la campanilla, y se presentó en la puerta de la alcoba el mismo prójimo que había conducido hasta aquella casa al lugareño.

—¿Qué quieres, hermana mía?—dijo.

—Que nos sirvan unos pasteles y unas copas.

Y se sentó, pero más cerca de Bruno.

Distraidamente le cogió una mano, y mirándole de un modo algo atrevido para una señora, continuó:

—¡Ah! ¡Si viera usted qué placer experimento cuando viene á visitarme algún amigo como usted! Porque ustedes los hombres de los pueblos son buenos, honrados y nobles; desconocen el fingimiento de Madrid, y saben querer de veras á las personas que tratan.

El señor Bruno observó que la baronesa le apretaba la mano y le miraba de un modo tan extraño, tan provocativo, que comenzó á sentirse algo molesto.

El hermano de la baronesa se presentó con una bandeja, una botella y dos copas, que colocó encima del velador.

La baronesa sirvió una copa al señor Bruno, que no sabía lo que le pasaba.

El lugareño se bebió la copa de un solo trago, diciendo al terminar:

—*¡Carachi!* ¡Uf! ¿Qué demonches es esto? ¡Parece que me ha entrado un chorro de fuego por el gaznate!

—El bueno de Bruno no está acostumbrado á esta clase de licores. Vamos, un pastelillo para quitar el mal efecto.

—El caso es que el licorcillo es bueno de veras,—contestó el señor Bruno, zampándose un pastel.

La baronesa le sirvió otra copa.

Los ojos del lugareño comenzaron á brillar de un modo sospechoso, pues se había bebido cuatro copas; y aunque hasta entonces sólo había pronunciado alguna que otra palabra, comenzó á perder la cortedad, aumentando de un modo notable su verbosidad.

La baronesa aprovechaba la ocasión para hacerle beber.

El pobre señor Bruno había caído en una emboscada.

—¡Puf! ¡puf! ¡Qué calor hace, señora baronesa! Lo que es el licorcillo me parece que se me está subiendo á la mollera.

—Pues otra copa, querido Bruno. Afortunadamente, tengo aún media docena de botellas.

El señor Bruno se reía de un modo lastimoso; estaba completamente borracho.

—Lo que es de este vino no se cría en mis viñas. ¡Calla! ¡Le veo á usted muchos ojitos en la frente! ¡Le baila á usted la nariz, seño-

ra baronesa! ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Qué gusto me da todo esto!

El lugareño quiso levantarse y no pudo.

—¡Si viera usted qué débiles se me han quedado las pantorrillas!—añadió.—¡Creo que la he tomado, y de las buenas! ¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡Y cómo me gusta este *jarope!*

El señor Bruno apenas podía hablar; sus ojos se cerraron, é inclinó la cabeza sobre el respaldo de la butaca.

Entonces, cuando aquellos dos infames comprendieron que no podía valerse, le cogieron y le entraron en la alcoba, echándole sobre la cama.

El señor Bruno nada decía: un resto de vida quedaba en sus soñolientos ojos, que no tardaron mucho en cerrarse, y se quedó dormido.

La fingida baronesa y el que se llamaba su hermano guardaron silencio por un momento junto á la cama.

—Duerme como un lirón,—dijo el hombre.

—¿Crees tú que lleva dinero?—preguntó la mujer.

—Le oí decir que había venido á Madrid á pagar unas mulas.

—Pero ¿y si no lleva el dinero encima?

—¡Bah! Estos paletos son muy desconfiados, y creen que donde está más seguro el dinero es en su faja.

—Entonces, manos á la obra.

Y los dos comenzaron á registrar al señor Bruno.

La del collar no pudo contener un grito.

—¿Qué es eso?—preguntó su cómplice.

—Un bolsillo. Mira.

—¿A ver?

Efectivamente, sacaron un bolsillo de estambre, de esos que se llaman de carretero. Dentro de él había cuatro mil reales en oro.

—¿Y qué hacemos ahora de este hombre?—preguntó la mujer.

—Dormirá lo menos hasta las once de la noche. De aquí á la plazuela de Santa Ana no hay mucho. Poco antes de que despierte le llevaremos hasta allí y le dejaremos en un banco.

—Puede helarse de frío.

—Tanto mejor para nosotros. Ahora dejémosle dormir.

Y ambos salieron de la alcoba, donde quedó solo, roncando tranquilamente, el pobre lugareño.

CAPITULO VIII.

Un despertar poco grato.

Don Tadeo esperó á su huésped hasta la una, hora en que mandó le sirvieran el almuerzo.

—¿Dónde diantre se habrá metido Bruno?—se decía don Tadeo, contrariado con la tardanza del lugareño.

Sus ocupaciones le obligaron á salir de casa.

Cuando volvió de la bolsa preguntó por su huésped, y le dijeron que aún no había parecido.

—¡Esto es muy extraño!—exclamó.—¿Si se habrá marchado al pueblo?

Y para salir de dudas mandó á Juana á que preguntara al mozo de la cuadra si el señor Bruno había ido por la burra.

Juana volvió diciendo que la burra estaba en la cuadra, que el señor Bruno había

ido por la mañana muy temprano y no había vuelto.

Don Tadeo comenzó á inquietarse, pero no tuvo más remedio que revestirse de paciencia.

Llegó la noche y el lugareño no volvía.

Don Tadeo comió á las ocho de la noche, y salió á la calle en busca de su huésped.

Cansado de correr, regresó á casa á las doce. El señor Bruno no había vuelto.

—Esto es grave,—se dijo.

Y cogiendo un libro, mandó que todo el mundo se acostara, diciendo que él le esperaría.

A las tres de la madrugada don Tadeo no pudo resistir el sueño, y se acostó también.

—No tengo duda alguna,—se dijo;—á Bruno le ha sucedido alguna desgracia.

A las siete de la mañana sonó un tremendo campanillazo que despertó á toda la familia.

Don Tadeo se puso la bata, se echó de la cama, y corrió él mismo á abrir la puerta: era el señor Bruno.

Don Tadeo lanzó un grito de gozo; pero el lugareño, ante esta exclamación de alegría, exhaló un suspiro, y dejándose caer en una silla, murmuró en voz baja:

—¡Ay, señor don Tadeo de mi alma! ¡Madrid está echado á perder! Ahora mismo me marcho al pueblo.

Veamos nosotros lo que le había sucedido al señor Bruno desde que se quedó dormido en la alcoba de la *señora baronesa* hasta que volvió á casa de don Tadeo, desengañado y triste, como el hijo pródigo.

Serían las doce de la noche. El teatro Español acababa de cerrar sus puertas; la plazuela de Santa Ana se hallaba desierta, cuando á un sereno se le ocurrió reconocer los bancos que la adornan, deteniéndose delante de uno en donde estaba un hombre tendido; le cogió por el brazo, le sacudió, y el hombre, por única respuesta, dió una especie de gruñido.

—Es un borracho,—dijo el sereno;—si le dejo aquí, amanece helado.

Y se dirigió hacia la calle del Prado, en busca de un compañero.

—Ven conmigo,—le dijo cuando le encontró.

—¿Qué ocurre?

—Que hay un borracho dormido en la plazuela de Santa Ana.

Los dos serenos se dirigieron hacia el banco, y no sin muchos esfuerzos lograron incorporar al borracho, que les miraba con espantados ojos.

—¡Buena la has cogido!—dijo uno de los serenos sosteniéndole por debajo del brazo.

El señor Bruno, pues él era el borracho, quiso hablar y no pudo; la lengua se le en-

redaba, los ojos se le cerraban y las piernas no podían sostenerle.

El licor que le había puesto en tan tristísimo estado contenía una composición de opio que le había entontecido, pues ni él mismo podía darse razón de lo que le pasaba.

Los dos serenos, dirigiéndole epítetos poco halagüeños, le llevaron casi arrastrando hasta la plazuela de Matute, dejándole sobre el banco del portal de la casa de Socorro.

—¿Qué tiene este hombre?—preguntó el practicante que estaba de guardia.

—Está borracho,—contestó el sereno.

—¿Nada más que borracho?

—Digo, yo creo que nada más. Le hemos encontrado en la plazuela de Santa Ana.

—Pues si está borracho, que duerma.

Y efectivamente, pronto se oyeron los fatigosos ronquidos del señor Bruno.

A las seis de la mañana el lugareño se despertó, extrañando todo lo que le rodeaba; llevóse la mano á la frente como si sintiera en ella un gran dolor, y se dijo:

—¿Dónde estoy?

El practicante, que se paseaba por el portal, le contestó:

—En una Casa de Socorro. Parece que la *mona* ha sido buena, pues no sabe usted lo que le ha pasado.

El señor Bruno se sentó en el banco que le habia servido de lecho. Se sentía entume-

cido, lleno de dolores. Dejó vagar una mirada soñolienta en derredor suyo, y dijo:

—¿Qué es lo que me ha sucedido?

El practicante se rió, pensando que todos los borrachos decían poco más ó menos lo mismo al despertar.

El lugareño, mientras tanto, fué poco á poco serenándose, y recordando de pronto que llevaba el bolsillo en la faja, se puso á buscarle. Se quitó la faja, se registró por todas partes, y cuando tuvo la evidencia de que le habían robado, se dejó caer en el banco y se puso á llorar.

—¿Qué le pasa á usted, buen hombre?—le preguntó el practicante, que había observado todos los movimientos del lugareño.

—¡Me han robado! ¡me han robado!—exclamó.—¡Bien decía yo que Madrid es el infierno!

—Así no volverá usted á emborracharse y tenderse en medio de una calle,—dijo el practicante.

—Pero ¿en dónde me he tendido yo, señor?—preguntó el señor Bruno.

—No lo sé; pero le aconsejo que, puesto que le ha pasado la *turca,* tome las de Villadiego y nos deje en paz. En cuanto á la cuestión del robo, si es que no quiere dar en manos de escribas y fariseos, aguántese usted; porque cuando un individuo cae borracho en la calle, es difícil encontrar al ladrón que

le ha robado, caso que sea cierto lo que dice.

El señor Bruno, como la mayor parte de los españoles, tenía miedo á la justicia, y creyó prudente salir de aquella casa y dirigirse á la de don Tadeo, en donde ya le hemos visto entrar más muerto que vivo.

—Pero ¿de dónde viene usted?—le preguntó don Tadeo.

—¡Calle usted, don Tadeo de mi corazón, que ni yo mismo sabría explicarme lo que me pasa! Pero de lo que no tengo duda es de que me han robado los cuatro mil reales que traía para pagar las mulas. En cuanto mi mujer lo sepa, me arranca los pocos pelos que me quedan.

Como era natural, don Tadeo, que apreciaba al señor Bruno, quiso saber todo lo que había hecho durante el día anterior.

Por la relación que le hizo el lugareño comprendió que había caído en una de esas encerronas que, por desgracia, se llevan á cabo con mucha frecuencia en Madrid.

El pobre señor Bruno ni siquiera se acordaba de la casa adonde le había conducido el fingido barón.

—¡Aquella pícara es la que me ha robado! ¡Sí señor! ¡Ella ha sido!—exclamaba levantando las manos al cielo.—Con aquel licor que me dió me hizo perder el sentido.

—Daremos parte á la policía,—dijo don Tadeo.

—¡Líbreme Dios de semejante cosa! No quiero nada con la justicia; serían capaces de venderme mis campos para pagar los gastos de la causa.

En vano le aconsejó don Tadeo. El lugareño sólo deseaba abandonar Madrid.

—Me marcho, sí señor, me marcho,—y no vuelvo á Madrid aunque se empeñe el mismo Padre Santo. ¡Pueblo mío! ¡Casa mía! ¿Cuándo te veré yo? Vaya, señor don Tadeo, tenga usted la bondad de darme tres ó cuatro pesetas, por si se me ocurre algo en el camino.

Don Tadeo, desesperanzado de convencer á su huésped, y comprendiendo que sería inútil todo cuanto le dijera para detenerle ni un solo día más en Madrid, mandó á Juana que fuese por la burra.

El señor Bruno se despidió de don Tadeo y su familia con estas palabras:

—Cuando yo vuelva á Madrid ya habrá pasado agua por el Manzanares. Yo no sé cómo ustedes, que *paecen* honrados, pueden vivir en esta ladronera.

La burra le esperaba en el portal. Reconoció el aparejo: no faltaba nada, lo cual le causó gran extrañeza; cogió el ramal y se dirigió hacia la puerta de Atocha.

Cuando se encontró en el camino de su pueblo, antes de montar en la burra se volvió hacia Madrid, y echando una bendición y haciendo la señal de la cruz, dijo:

—¡Ya puedes despedirte de mí, refugio de ladrones, cueva de perdición! Te hago la cruz para siempre. Amén.

CONCLUSIÓN.

Algunas horas después el señor Bruno divisó la torre de la iglesia de su pueblo, y se le ensanchó el corazón.

Cuando llegó á las eras, el sol comenzaba á declinar. Unos muchachos que se hallaban allí jugando le reconocieron.

—¡Es el tío Bruno!—dijo uno de ellos.

—¡Eh! ¿De dónde viene usted?—preguntó otro.

—¡Del infierno, hijos míos, del infierno!—contestó el lugareño arreando á la burra.

Y añadió en voz baja:

—Con tal de que mi mujer no me saque los ojos...

Cuando llegó á la puerta de su casa se detuvo, causando gran extrañeza á su familia, que no le esperaba tan pronto.

—¿Ya das la vuelta?—le gritó su mujer desde la cocina.

—Sí, aquí estamos yo y la burra; pero lo que es los cuatro mil reales... volaron.

El señor Bruno opinaba que las malas noticias debían darse pronto.

La mujer de nuestro héroe se quedó parada en medio del portal, sin saber lo que le sucedía.

El lugareño echó pié á tierra, dió una palmada en las ancas de la pollina, que entró en la cuadra como herbívoro que conoce su domicilio.

El señor Bruno contó todo lo que le había sucedido en Madrid, y hubo lágrimas, reconvenciones y otras cosas que omitimos.

Pronto se supo en el pueblo la aventura del señor Bruno.

Se comentó el caso, se rieron grandemente del chasqueado lugareño, y terminó el asunto poniendo un *mote* al pobre señor Bruno.

Desde aquel día se le conoció en el pueblo de Mejorada por el apodo de *El tío Baronesa*.

FIN.

ÍNDICE.

UN HIJO DEL PUEBLO.

Parte primera.

El tributo de sangre.

		Págs.
Cap. I.....	Al pié de una cruz de piedra.....	5
— II.....	Juramento.....	12
— III.....	Una escena intima.....	18
— IV.....	El leal y el traidor.....	26
— V.....	La víspera de un día de luto	33
— VI.....	Amor de madre.....	41
— VII....	De tal árbol, tal astilla.....	54
— VIII...	Donde se prueba la utilidad de tener un amigo boticario.....	65
— IX.....	Donde Diego encuentra el alma de su padre.....	74
— X.....	Parricida.....	87
— XI.....	La ausencia y la muerte.....	99

Parte segunda.

La Batalla de Bailén.

Cap. I.....	La vuelta del soldado.....	107
— II.....	¡Solo en el mundo!.....	116
— III.....	Los pobres y los ricos.....	124
— IV.....	Donde se prueba que el rey no pierde nunca.....	130
— V.....	El que siembra recoge.....	139
— VI.....	El 16 y el 19 de Julio de 1808.....	152
— VII....	Los hermanos de la Paz y Caridad.	165
— VIII...	El reo en capilla.....	170
Conclusión.....		186

EL LUGAREÑO.

Cap. I..... La pollina, la manga de riego, los agentes de policía y las alforjas. 191
— II..... El huésped..... 207
— III..... Serafinita..... 210
— IV..... El joven del armario..... 213
— V..... En el teatro..... 230
— VI..... Noche toledana..... 230
— VII.... Lo que sucedió al señor Bruno..... 248
— VIII... Un despertar poco grato..... 262
Conclusión..... 269